

BIBLIOTECA DE AUTORES ILUSTRES

E. RENAN

Origen del Lenguaje

SEGUNDA EDICIÓN

DOS PESETAS

1905

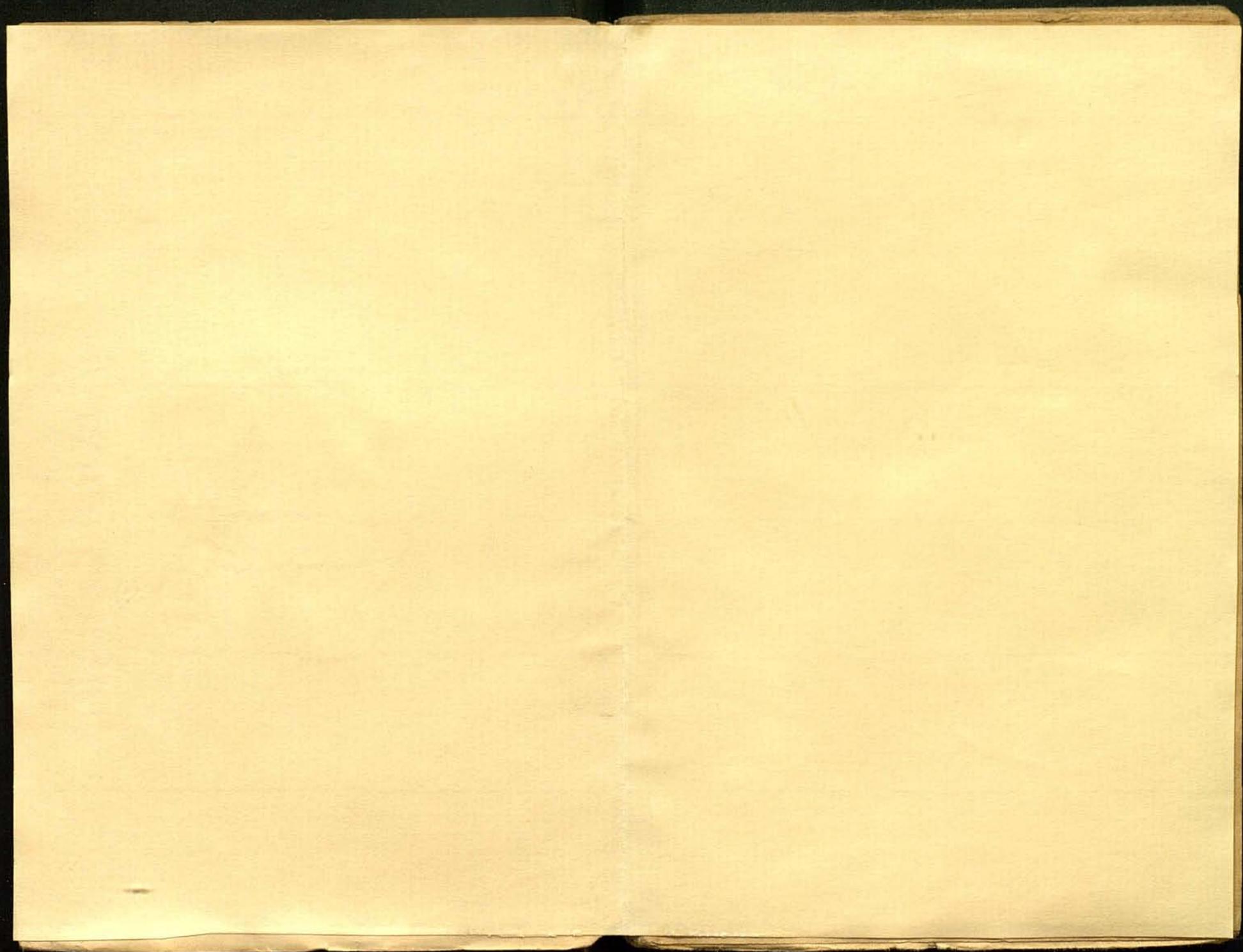
BARCELONA

Imp

UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600090294



NO UPP
NO VAB

VI-2

4

800.1 Ren

1600090294

BIBLIOTECA DE AUTORES ILUSTRES

S. G. G.

Ernesto Renan

ORIGEN DEL LENGUAJE

Traducción de la sexta edición francesa, aumentada y corregida.

DE



FONS S. GILI I GAYA

BARCELONA

Imprenta de Francisco Badia, Dr. Dou, 14

1905

0081-18160

PREFACIO

El ensayo que reimprimo hoy apareció por primera vez en 1848. Al escribirlo, me propuse aplicar á uno de los problemas que de ordinario se ensaya resolver por medio de consideraciones abstractas los últimos resultados obtenidos por la ciencia comparada de las lenguas. Esto explica la manera algo escolástica como se trata el problema, además de ciertos procedimientos que recuerdan más bien la manera de los filósofos que la de los filólogos y la unión disparatada quizás de los viejos datos de la psicología y los nuevos descubrimientos de la lingüística. Apesar del inconveniente de esta clase de estudios, intermediarios entre dos métodos, y en que dos clases de lectores encuentran á su vez sus procedimientos desbaratados, este ensayo fué acogido con una indulgencia que me alienta á reproducirlo hoy, verificando en él algunos cambios y notables adiciones.

Quizás su título sublevará el ánimo de las personas acostumbradas á tomar la ciencia por su lado positivo y que miran con recelo los estudios de fundación reciente que se preocupan de resolver los problemas legados por la filosofía antigua. Respecto á esto me complazco en abrigarme en la autoridad de uno de los fundadores de la filología comparada, M. Jacobo Grimm. En una memoria publicada en 1852, con el mismo objeto y título que la mía (1), el ilustre lingüista se ha propuesto establecer la posibilidad de resolver un problema de tal naturaleza de una manera científica. Como él hace constar, si el lenguaje hubiese sido conferido al hombre como un dón celeste creado sin ayuda de él y fuera de él, la ciencia no tendría derecho ni modo de buscar su origen; pero si por el contrario el lenguaje es obra de la naturaleza humana, si presenta una marcha y un desarrollo regulares, es posible, por medio de legítimas inducciones, poder llegar hasta su cuna. Quizás se me objete el ejemplo de los botánicos y de los zoólogos, que reducen su tarea á describir las especies existentes en la actualidad y se abstienen de hablarnos

(1) *Ueber den Ursprung der Sprache*, Berlin, Dümmler, 1852, (extraída de las Memorias de la Academia de Berlín, 1851), pág. 10 y sig. y pág. 54-55.

de su origen. Sin examinar si el problema de la formación de las especies es ajeno á la ciencia, —por mi parte, creo que la interdicción en que la historia natural parece haber caído es debida á la timidez de los métodos, á la ausencia de una experimentación regular y al poco espíritu filosófico de la mayoría de naturalistas, —mantengamos al menos el principio esencial de que ninguna paridad sabríase establecer entre la cuestión del origen de las especies vivientes y la del origen del lenguaje. Desde la época en que han llegado á ser objeto de una observación seria, las especies de plantas y de animales no tienen casi historia alguna: para decirlo en términos escolásticos, se las estudia en su *esse* y no en su *fieri*. No sucede lo mismo con el lenguaje: éste no debe compararse á la especie, inmutable por su esencia, y sí al individuo, que se renueva sin cesar. La ley de su desarrollo es una curva cuya mayor parte se desarrolla en lo desconocido, pero de la cual apercibimos una fracción bastante considerable para ser posible establecer su ecuación y descubrir su centro.

Además, si algo me ha alentado á presentar de nuevo al público un ensayo cuyas imperfecciones conozco muy bien, ha sido el encontrar una entera conformidad entre los puntos de vista

expresados en él y los del sabio filólogo nombrado no ha mucho. La memoria de M. Grimm concuerda con la mía en todos los puntos esenciales. El objeto principal de su autor es refutar una tesis que he combatido yo también, aunque menos extensamente, porque la creo por su naturaleza fuera del terreno científico: la tesis de la revelación del lenguaje. Nunca lo había sido con tanta fuerza y desarrollo (1). Confieso no obstante que M. Grimm me parece va un poco demasiado lejos en su reacción contra la hipótesis teológica. Cierto que es imposible, bajo todo punto de vista, admitir la revelación del lenguaje, como entendía M. de Bonald, por ejemplo; pero M. Grimm emplea expresiones tan resueltas para presentar el lenguaje como obra del hombre (2), que estoy tentado de incluirle entre los partidarios de la invención libre y reflexiva. No salamente se niega á reconocer en el lenguaje algo innato ó impuesto al hombre, sinó que llega á descubrir en él un progreso artificial, resultante de la experiencia y del tiempo. Admite un estado monosilábico y sin flexiones, en que el material del lenguaje se

(1) Véanse, en particular, pág. 12 y sig. y pág. 33 y sig.

(2) *Ein menschliches, in unsrer Geschichte und Freiheit beruhendes, nicht pöetzlich sondern stufenweise zu Stande gebrachtes Werk* (página 12).

limitó á *algunos centenares de raíces* (1). La formación de las flexiones le parece un segundo momento en la historia del lenguaje; las flexiones son todas para él palabras expresando ideas sensibles que deben haberse aglutinado al final de las radicales y han perdido su sentido primitivo para no ser ya más que simples indicios de relación (2). Así, establece él tres edades en el desarrollo del lenguaje:—una edad primaria de simplicidad y de pobreza, de la cual los chinos nos presentan aún los rasgos esenciales;—una segunda edad, la de las flexiones sintéticas, en que las relaciones de las ideas se expresaban por palabras parásitas unidas al final de la radical, constituyendo así una sola expresión, como sucede en sánscrito, en griego y en latín;—y una tercera edad, en que el pueblo, incapaz de seguir una tan sabia gramática, rompe la unidad de la palabra compuesta y prefiere la coordinación inversa de las partes de la expresión. En la edad segunda, la palabra insustancial, que sirve de expresión á las relaciones, ha producido la flexión uniéndose al final de la radical; pero después la flexión se desprende y la partí-

(1) Pág. 37 y sig., 41 y 47.

(2) Pág. 38-39 y 45.

cula se coloca como si fuese una palabra distinta delante del término que modifica: así proceden las lenguas romanas y las analíticas en general.

Estoy perfectamente de acuerdo con M. Grimm en lo que hace referencia al segundo y tercero de los estados que trata de caracterizar: la marcha desde tiempo constatada de la síntesis al análisis es uno de los principios que sirven de base á mi ensayo. En cuanto al primer estado monosilábico, en que las palabras se habrían de un modo ú otro yuxtapuesto sin base alguna, me es imposible admitirlo. M. Grimm reconoce, con todos los lingüistas, que cuanto más se remonta en la historia de las lenguas, más sintéticas, ricas y complicadas se las encuentra, pero rehusa á seguir su inducción hasta al fin. En lugar de deducir de esta progresión que el lenguaje primitivo, si posible fuese conocerlo, sería la exhuberancia misma, se detiene y supone antes del período sintético otro de infancia, cuya realidad ningún hecho positivo prueba. No creo sea éste un modo de escapar á las analogías: el espíritu humano no puede tan fácilmente evadir tales cuestiones, pues sus leyes se ejercen de una manera continuada. La marcha de las lenguas hacia el análisis corresponde á la marcha del espíritu

humano hacia una flexión cada vez más clara, y esta tendencia común del espíritu humano y del lenguaje ha existido desde el primer día: es pues en éste en que debe colocarse el más alto grado de síntesis. Admito con M. Bopp y M. Grimm que la mayoría de flexiones (temerario sería decir todas) deben su origen á partículas que se han añadido al final de las palabras (1); pero no creo poder deducir de aquí que en cierta época tal aglutinación no tenía aún lugar. La operación por la cual separamos las partículas de la radical es un análisis puramente lógico: es probable que en el lenguaje del hombre primitivo, del mismo modo como sucede en el niño, la expresión del pensamiento se produjese como un conjunto y bajo la forma de una rica complejidad.

Lo que conduce tan amenudo á los lingüistas á presentar el monosílabo elemental de los chinos como el estado primitivo de todas las lenguas, es la inclinación á considerar la simplicidad como el índice de un estado de infancia ó al menos como el carácter de una remota antigüedad. Y es este un error del cual debe guardarse

(1) Véase referente á este punto un muy interesante artículo de M. Benfey en *Allgemeine Monatsschrift* de Kiel, Enero y Octubre de 1854.

muy bien la filología. El chino, con todo y ser totalmente monosilábico, ha servido de órgano á una civilización muy desarrollada: al contrario, las lenguas de los salvajes de América y las de los habitantes del Africa central y meridional, que principian á proporcionar á la ciencia revelaciones inesperadas, ofrecen una riqueza gramatical muy sorprendente (2). Según la hipótesis de M. Grimm, debe suponerse en estos últimos pueblos un poderoso esfuerzo que, en cierta época, les habría hecho salir de la infancia para pasar á la reflexión. De donde debería admitirse que los hotentotes, que tienen un sistema gramatical mucho más desarrollado que el de los chinos, han avanzado más que éstos en la vía del progreso intelectual y que están más lejos de su estado primitivo. Imposible mantener tal consecuencia: las razas salvajes han permanecido siempre fuera del campo de las revoluciones fecundas que son el signo de nobleza de los pueblos civilizados; si hubiesen sido una sola vez capaces de un esfuerzo decisivo, no serían como son tan radicalmente impotentes para toda organización y progreso.

(2) Cf. Pott, *Die Ungleichheit menschlicher Rassen* (Legmo et Detmold, 1856), pág. 86 y sig.

Cada familia de lenguas tiene su marcha trazada, no por una ley absoluta é idéntica para todas, pero sí por las necesidades de su estructura íntima y de su característica. Las lenguas que han sido monosilábicas en su origen, es decir, las lenguas del Asia Oriental, no han perdido nunca la marca de su estado primitivo. Algunas de ellas, tales como la tibetana, la birmana y ciertas lenguas de la península transgangética, han efectuado un verdadero progreso en el polisilabismo gramatical; pero no obstante, un abismo las separa aún de las lenguas verdaderamente gramaticales. Se ve pues claramente que si alguna vez las lenguas indoeuropeas ó las semíticas hubiesen atravesado un estado tal, no habrían sabido llegar á la gramática mejor que los idiomas de que acabamos de hablar, y sobre todo que no habrían alcanzado, ni en lo más mínimo, el grado de flexibilidad gramatical á que las vemos llegadas desde las más remota antigüedad. En general, M. Grimm parece haber compuesto su ensayo únicamente para las lenguas indoeuropeas, cuya teoría general ha contribuído mucho á solidificar. Si hubiese extendido más el círculo de comparaciones, hubiera, según mi parecer, llegado á conclusiones menos sistemáticas y menos absolutas.

Persisto pues, después de diez años de nuevos estudios, en presentar el lenguaje como formado de una sola vez, y como surgido espontáneamente del genio de cada raza. Precisan no obstante algunas restricciones para que una fórmula de tal naturaleza no sea interpretada erróneamente, restricciones que voy á indicar á continuación, aunque el principio en sí me parece generalmente verdadero. Aunque llegado poco á poco á la plena evolución de todas sus manifestaciones, el lenguaje fué integralmente constituido desde un principio, al igual que en el botón de la flor está la flor encerrada toda entera con sus partes esenciales, no obstante estar estas partes muy lejos de haber alcanzado su completa expansión.

Hay un hecho que parece contradecir la opinión que acabo de exponer, y me obliga en consecuencia á entrar en algunas explicaciones. Alguna que otra vez vemos grandes familias humanas hablar idiomas enteramente distintos, apesar de no notarse entre ellas, desde el punto de vista fisiológico, ninguna diferencia fundamental. Así, la antropología no hubiera nunca llegado á hacer distinción entre los pueblos indoeuropeos y los semíticos, si el estudio de las lenguas no hubiese demostrado que el hebreo, el

siro y el árabe de una parte, y el sánscrito, el griego, las lenguas germánicas, etc., de otra, constituyen un conjunto irreductible (1). La hipótesis más natural que se nos presenta para explicar un tal fenómeno es suponer que una raza única, salida de la misma cuna, hase dividido en dos ramas antes de poseer un idioma definitivo. Lo que parece confirmar esta hipótesis es que los dos sistemas de lenguas de que hablamos, aunque enteramente distintas, no dejan sin embargo de ofrecer cierto aire de parentesco, poco más ó menos como dos gemelos que hubiesen crecido á pequeña distancia uno de otro y que á la edad de cuatro ó cinco años hubiesen sido separados por completo (2). El lenguaje

(1) Véase mi *Histoire générale des langues sémitiques*, I v., c. II.

(2) M. Littré (*Revue des Deux Mondes*, 1.º Julio 1857) ha puesto recientemente en duda la legitimidad de tal hipótesis. «El lenguaje, dice, resulta de dos elementos: las aptitudes del espíritu humano y el espectáculo de la naturaleza. Resulta pues que dos grupos de hombres pertenecientes á una misma raza y habitando el mismo lugar, no pueden tener un lenguaje de caracteres diferentes, pues que la aptitud que percibe las impresiones y las impresiones que ponen en juego la aptitud son idénticas.» No puedo estar conforme en este razonamiento. Dos hermanos, que estuviesen á un cuarto de legua uno de otro y sin contacto crearían un lenguaje muy diferente; y es que en el lenguaje, independientemente de los dos elementos muy bien señalados por M. Littré, hay una parte de voluntad libre y de latitud que basta para crear enormes diferencias. El lenguaje sólo es necesario en sus leyes esenciales y aunque en él todo tenga su razón de ser, esta razón no ha sido nunca

aparece pues como un segundo momento en la existencia de la humanidad, y debe admitirse forzosamente un período en que los arios y los semitas vivían juntos sin lenguaje regular, ó todo lo más con el germen rudimentario de lo que ha sido más tarde el sistema indoeuropeo y el sistema semítico.

Verdaderamente esta inducción debe tenerse muy en cuenta. Cuando se aventura uno á hablar de los primeros días de la humanidad, nada debe interpretarse al pié de la letra: la misma expresión *primeros días* no es más que una metáfora para designar un estado más ó menos largo durante el cual ha tenido lugar el misterio de la aparición de la consciencia. Las fórmulas generales empleadas para explicar los fenómenos primitivos no deben creerse intérpretes fieles de lo que hubo de particular y casi de fortuito en estos fenómenos. Algunos días, algunas horas podrían ser decisivas: dos tribus hermanas, ha-

exclusiva. El ario primitivo ha debido de tener un motivo para llamar al hermano *bhratr* ó *fratr*, y el semita para llamarle *ah*: ¿y puede aquí decirse que esta diferencia resulta de las aptitudes diversas de su espíritu ó del espectáculo exterior? Cada objeto, aunque las circunstancias hayan sido las mismas, ha sido susceptible de una multitud de denominaciones; y la elección de una de éstas es debida á causas imposibles de esclarecer.

bitando las vertientes opuestas de la misma montaña, podían constituir el tronco de dos razas diferentes y, por la creación de dos gramáticas diferentes, imponer su individualidad á las generaciones futuras. La sola cosa que me parece incontestable es que la invención del lenguaje no ha sido nunca el resultado de un prolongado tanteo y sí de una institución primitiva, que imprimió á cada raza el sello general de su discurso y el gran compromiso que debió contraer para siempre más con su pensamiento.

Bajo análogas reservas, creo debo mantener como á rasgo esencial del desarrollo inicial del lenguaje la ausencia de toda reflexión, es decir, la espontaneidad. La explicación que se hace necesaria para que esta palabra conserve su sentido propio no debe aplicarse al lenguaje solamente; debe emplearse cada vez que se trata de las obras primitivas de la humanidad. Uno de los progresos más importantes llevados á cabo en nuestro siglo por la crítica es haber entrevisto el carácter impersonal de las grandes creaciones de la antigüedad remota. Ya no se habla de Homero como de un escritor componiendo artificialmente los dos poemas que llevan su nombre; de Licurgo, como de un legislador confeccionando, de su autoridad privada, el Código que por hábiles es-

tratagemas hubiese logrado hacer obligatorio para siempre más. La Iliada y la Odisea son para nosotros la expresión pura del genio de la Grecia heroica; las leyes de Licurgo son las antiguas instituciones dóricas, llevadas á un grado extremo de consecuencia y de tenacidad; son una rectificación considerable de las ideas de la escuela antigua. Pero, por otra parte, es necesario guardarse bien de tomar al pié de la letra las fórmulas un poco vagas que nos hemos acostumbrado á emplear para esta clase de asuntos. La obra espontánea es la obra de la multitud, porque se expresan en ella los sentimientos de todos; pero estos sentimientos han debido de tener un individuo por intérprete. Ha existido un Licurgo, ha existido un Homero (1); pero el primero no ha hecho

(1) O al menos un redactor de poemas homéricos, cualquiera que haya sido su nombre. Me inclino á creer que el nombre *Ὅμηρος* es un nombre genérico para designar un conjunto de poesías ó al compilador de ellas. M. Holtzmann lo ha relacionado, de una manera conjetural, al sánscrito *Samāsa*, que designa un cierto género de exposición de las fábulas antiguas, por oposición al *Vyāsa*; es sabido que dicha palabra ha convertido en la tradición india en un personaje con toda una leyenda perfectamente acabada. Cf. *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung* de Kuhn, t. I, pág. 483 y sig. En todo caso, se hace difícil, y los antiguos lo habían ya reconocido, dejar de distinguir en la primera sílaba del nombre Homero la radical *ὄμ* (*ὄμος, ὄμῶν*, sánscr. *sama*), que sugiere la idea de compilación. Véase Pott, *Etym. Forsch.*, II, pág. 260.

más que consagrar en un sistema más riguroso las antiguas leyes de su nación y el segundo sólo ha dado forma á las inspiraciones de la antigua musa helénica. Ni por una ni por otra parte ha habido invención personal, como en Virgilio ó en los legisladores de las épocas filosóficas. Las mismas poesías populares, tan esencialmente anónimas, han tenido siempre un autor; sólo que este autor no ha dejado en nada la marca de su individualidad y puede decirse con justicia que son la obra de todos. La persona del poeta primitivo es igualmente un hecho secundario, pues el poeta de las épocas primitivas no aparece para nada en sus obras y la belleza de sus cantos es independiente de él. Semejantes producciones pueden llamarse anónimas, aún conociendo las sílabas del nombre de su autor. Conocidos son los autores ó al menos las familias á los cuales pertenecen cada uno de los himnos del Rig-Veda, y no obstante estos himnos pueden ser contados en el número de las creaciones más impersonales que existen.

Otro tanto puede decirse del lenguaje. Cuanto más se penetra en el conocimiento de la remota antigüedad de los pueblos arios y semíticos, más se verán esbozados en la aparente

uniformidad del mundo primitivo las figuras de los sabios, de los iniciadores, de los profetas sin nombre, á los cuales las leyes, las costumbres, las instituciones de la vida civil y religiosa, las poesías sagradas se relacionarán como á inspiradores suyos. Igualmente, detrás del lenguaje veráse al *Richi*, el sabio primitivo, intérprete del genio de su raza; se reconocerá la influencia de ciertas familias privilegiadas; se hallará la escuela remontándose casi al origen del mundo. Lo que parece la obra de todos ha sido pues en realidad la obra de un pequeño número, en que se personifica el espíritu de todos. Ciertamente no pueden comprenderse la organización del lenguaje sin la acción de los hombres selectos, ejerciendo cierta autoridad en todo y capaces de imponer á los demás lo que crean mejor. La aristocracia de los sabios fué la ley de la humanidad naciente; la levadura producida por la civilización ha podido fermentar desde luego en un número casi imperceptible de cerebros predestinados.

Una observación, cuyo germen pertenece á M. Grimm (1), nos lleva á buscar la influencia que los individuos hayan podido ejercer, según

(1) Obra citada pág. 35.

su naturaleza ó sus aptitudes, en la formación del lenguaje. Cuanto más antiguos son los idiomas, más acentuada en ellos es la distinción de las flexiones masculinas y femeninas: nada lo prueba mejor que la inclinación, inexplicable por nosotros, que llevó á los pueblos primitivos á suponer un sexo á todos los seres, incluso á los inanimados. Una lengua que se formase hoy suprimiría el género en todos aquellos casos en que no se tratase del hombre ó de la mujer, y hasta en éstos podría pasarse sin él: la lengua inglesa ha llegado respecto á esto al más alto grado de simplificación, y es verdaderamente extraño que la francesa, que ha abandonado tantos mecanismos importantes del latín, no haya adoptado la regla de que acabamos de hablar. De lo dicho M. Grimm deduce que las mujeres debieron ejercer en la creación del lenguaje una acción distinta de la de los hombres. La vida exterior de las mujeres, que la civilización tiende cada vez más á aproximarla á la de los hombres, estaba en su origen totalmente separada de ésta, y una reunión de mujeres era muy distinta, bajo el punto de vista intelectual, de una de hombres. En nuestros días, el pronombre y el verbo en su primera persona, no han conservado ningún distintivo genérico en la mayoría de idiomas, y el lenguaje de

la mujer no difiere gramaticalmente del del hombre más que por el género de los adjetivos y de los participios que emplea hablando de sí misma. Pero en su origen, la diferencia debió ser mucho más acentuada, como sucede aún en ciertos países de Africa. Para que el hombre al dirigirse á la mujer ó hablando de ella se haya visto obligado á emplear flexiones especiales, debe haber sido preciso que la mujer haya comenzado por poseer ciertas flexiones de su propiedad. Así pues, si la mujer empleó desde un principio ciertas flexiones con preferencia á otras, y provocó estas flexiones en los que la hablaban, fué debido á que ellas estaban más conformes á sus modos de pronunciación y á los sentimientos que su penetración hacía nacer. Es debido á esto que en los dramas indios los hombres hablan sánscrito y las mujeres el prâkrito. Si la *a* y la *i* son las vocales características del femenino en todas las lenguas, es debido sin duda á que dichas vocales se acomodan mejor que los sonidos viriles *o* y *u* al órgano femenino. Un comentador indio que explica el v. 10 del libro III de Manú y está obligado á dar á las mujeres nombres agradables y que sólo signifiquen cosas de expresión dulce, recomienda en particular hacer por manera que

dichos nombres estén compuestos lo más posible de la vocal *a*.

Este ejemplo me parece propio para comprender cómo, en el complejo trabajo del lenguaje, los diversos instintos y también las diversas clases de la humanidad han tenido su parte de influencia. La unidad del lenguaje, como la de la humanidad misma, es la resultante de elementos muy diversos; y, no obstante, apreciándolo sólo en su conjunto, esta resultante parece ser una obra indivisible y espontánea. Al igual que, en las creaciones del genio, la elaboración penosa de los detalles es disimulada por la inspiración general que da vida al todo, aunque las personas poco familiarizadas con el arte de escribir están tentadas de tomar por producciones fáciles y creer construídas de un solo rasgo las obras que han costado los mayores esfuerzos y combinaciones; al igual, digo, la entera espontaneidad de la aparición del lenguaje no excluye los ensayos oscuros, las correcciones, la cooperación de varios. ¡Qué de tanteos y correcciones hubiéramos apercibido si nos hubiese sido posible asistir á la composición de los poemas homéricos! Y, no obstante, ¿impide ello que estos poemas sean el tipo más perfecto de la poesía espontánea?

Réstame decir algunas palabras de los demás escritos acerca la cuestión que me ocupa, aparecidos después de la publicación del presente ensayo.

Un joven sabio de Berlín, dotado de una gran actividad de espíritu, M. Steinthal, se ha ocupado estos últimos años del problema del origen del lenguaje, muy obstinada y resueltamente (1). El autor parece estar más interesado de las consideraciones abstractas y puramente psicológicas que de los datos de la historia y de la filología: sus cálculos se desvanecen muchas veces á fuerza de sutilidades y de formalismos. No obstante, reproduciré sus conclusiones principales, sirviéndome en lo posible de las mismas expresiones del autor.

M. Steinthal piensa como nosotros que el lenguaje no ha sido creado de intención premeditada con una consciencia distinta del fin y de los me-

(1) *Der Ursprung der Sprache* (Berlín, 1851). En este opúsculo, el autor se propone sobre todo comparar los puntos de vista de Herder y Hamann á los de G. de Humboldt, á fin de mostrar la superioridad de este último. La exposición completa de sus opiniones puede leerse en *Grammatik, Logik und Psychologie* (Berlín, 1855), pág. 226-340. Pueden leerse del mismo autor *Die Classification der Sprachen dargestellt als die Entwicklung der Sprachidee* (Berlín, 1850) y dos artículos en los *Wissenschaftliche Beilage der Leipziger Zeitung*, 23 y 27 Noviembre 1856.

dios, y sí que nace en el alma, á uncierto grado de desarrollo de la vida psicológica, de una manera necesaria y por decirlo así ciega (1). El momento en que el lenguaje aparece así en el alma humana constituye una época en el desarrollo de la vida del espíritu; es el momento en que las intuiciones (*Anschauungen*) se cambian en ideas (*Vorstellungen*). Las cosas aparecen instantáneamente en el espíritu en la complejidad misma de lo real; la abstracción es completamente desconocida por el hombre primitivo. El lenguaje aparece cuando el análisis se abre paso en el alma y se obstina en disecar la intuición total y sus diversos elementos. A la vista, por ejemplo, de un caballo á galope, de una llanura nevada, el hombre se formó instantáneamente una imagen indivisa: la carrera y el caballo constituían un solo objeto; la nieve y la blancura eran inseparables. Pero por medio del lenguaje el acto de correr fué distinguido del sér que corre, el color fué separado de la cosa colorada. Cada uno de los dos elementos se fijó en una palabra aislada y la palabra llegó á designar así un desmembramiento de la idea completa. Bajo otro punto de vista, la palabra tiene, no obstante, un sentido más amplio: la pa-

1) *Der Ursprung der Sprache*, pág. 17 y sig.

labra *blanco*, por ejemplo, no sólo expresa un carácter de la nieve, sí que también una cualidad esencial de todas las cosas blancas; su significación es pues más indeterminada y más abstracta que la intuición de la nieve blanca. La intuición abarca siempre un sér ó una cosa en un estado accidental; la palabra, al contrario, designa la cosa haciendo abstracción de este carácter accidental y de una manera general que conviene igualmente á todas las situaciones en que se pueda encontrar.

La transformación de las intuiciones en ideas constituye pues, según M. Steinthal, la esencia y la aparición misma de la palabra. La marcha intelectual que esta transformación supone en los hombres primitivos tiene lugar en cada niño en la época en que se forma su lenguaje y se reproduce de un manera permanente en cada uno de nosotros, en el momento en que hablamos; hablar es siempre transformar intuiciones en ideas. El lenguaje no ha pues aparecido en un momento determinado de la historia, como las invenciones del espíritu humano; nace (*entsteht*) en el momento en que se habla y su esencia es nacer eternamente. Las mismas leyes psicológicas que, aún hoy día, producen el lenguaje en el hombre adulto son las que obran cuando el niño aprende á ha-

blar y que han obrado en la creación original del lenguaje. El hombre más sabio no tiene al hablar consciencia alguna de los mecanismos que producen su palabra; pero estos mecanismos obran en él sin su cooperación reflexiva, del mismo modo como obran en el niño y como han debido obrar en el hombre primitivo.

En cuanto á las condiciones en las cuales se produjo el lenguaje articulado, M. Steinthal se las representa del modo siguiente: en el origen de la humanidad, el alma y el cuerpo eran de tal manera dependientes uno de otro que todos los movimientos del primero tenían eco en el segundo, principalmente en los órganos de la respiración y de la voz. Esta simpatía entre el cuerpo y el alma, que se nota aún en el niño y en el salvaje, era íntima y fecunda en el hombre primitivo; cada acción despertaba en él un acento ó un sonido. Otra ley que jugó en la creación del lenguaje un papel no menos esencial, fué la asociación de las ideas. En virtud de ella, el sonido que acompañaba á una intuición se asociaba en el alma con la intuición misma, si bien el sonido y la intuición se presentaban en la consciencia y en la memoria como inseparables. El sonido llegó así á ser un lazo entre la imagen obtenida por la visión y la imagen conservada en la me-

moria; en otros términos, adquirió significación y llegó á ser un elemento del lenguaje. En efecto, la imagen del recuerdo y la imagen de la visión no son exactamente idénticas: al ver un caballo, ninguno de los demás que he visto otras veces le parece absolutamente en color, en magnitud, etc.; la idea general representada por la palabra *caballo* encierra únicamente los rasgos comunes á todos los animales de la misma especie. Este algo de común es lo que constituye el significado del sonido.

Tales son, según M. Steinthal, las leyes principales que han presidido á la aparición del lenguaje y que presiden igualmente á su desarrollo. Todo el camino que el lenguaje ha recorrido, desde el sonido emitido por el hombre primitivo hasta el idioma más perfecto, ha sido trazado por las leyes de la psicología más que por las reglas de la lógica. Las leyes de la psicología, como las de la naturaleza, obran sin consciencia, aunque sin fin; la lógica, al contrario, motiva prescripciones que se siguen y aplican por reflexión. Pero como las lenguas pertenecen al pueblo, por ser obra de la sociedad y no del individuo, sería necesario crear, para explicarlas, una psicología del espíritu popular. M. Steinthal insiste mucho en esta distinción entre la psicología y la lógica

en sus relaciones con la ciencia del lenguaje: no obstante, el orden de consideraciones en que se apoya parece pertenecer más bien al antiguo método lógico que á la ciencia experimental del espíritu humano.

A decir verdad, el desacuerdo entre los puntos de vista de M. Steinthal y los míos es muy sutil y es únicamente debido á la diferencia entre las fórmulas filosóficas empleadas en Alemania y en Francia. M. Steinthal cree que no debe admitirse en la formación del lenguaje ningún acto de reflexión; teme solamente ver renacer el prejuicio de las ideas innatas y no querría de ningún modo que para evitar los errores de Locke se cayese en los de Leibnitz. Según él, no debe hablarse para nada de las categorías impuestas al lenguaje no menos que á la razón: todo *llega á ser*, aparece, se forma según leyes que entran de lleno en el campo de la ciencia.—Nada más cierto; pero ¿estas leyes, tratándose de la aparición de los fenómenos de la vida, qué son? Sólo categorías fijas, un molde lógicamente preexistente que determina en el ser tal ó cual forma. La expresión *innato*, si otra cosa que esto significa, debe ser descartada. De la bellota sembrada en el suelo, saldrá un árbol cuyos rasgos esenciales pueden ser descritos de antemano. El roble no

es innato en la semilla, pero la bellota está organizada de manera que el roble saldrá infaliblemente de ella con todos sus caracteres naturales.

Otro filólogo, M. Heyse (1), ha emitido sobre el mismo problema opiniones muy parecidas á las de M. Steinthal. El autor rechaza resueltamente la idea de una revelación exterior al hombre; combate, como M. Steinthal, las ideas de Becker en lo que este último llama el *organismo*, es decir la producción necesaria y casi material del lenguaje. El lenguaje, según M. Heyse, ha sido creado por el hombre libremente, pues que al crearlo, no ha obedecido á ninguna causa determinante y ha puesto en él su individualidad personal. lo que no sucede con las funciones propiamente orgánicas. La solución de M. Heyse, aunque ligeramente distinta de la nuestra en los términos, está en el fondo en perfecto acuerdo con las conclusiones expuestas en nuestro ensayo. El autor se sirve casi de los mismos términos que nosotros para expresar el carácter á la vez libre y necesario, individual y general, objetivo y subjetivo, divino y humano, de la producción del lenguaje. Sus ideas acerca la pluralidad de

(1) *System der Sprachwissenschaft*, (Berlín, 1850), obra póstuma publicada por M. Steinthal, pág. 46 y sig. y 164 y sig.

los puntos de aparición no difieren igualmente de las nuestras más que en lo relativo á la forma dogmática bajo la cual el autor ha creído deber de presentarlas.

Imposible decir otro tanto de las conclusiones que M. Bunsen y Max Muller han emitido en estos últimos años, y que parecen haber sido, en Inglaterra al menos, muy bien acogidas (1). Sean cuales fueren mi estima y admiración por esos dos sabios, uno de ellos defensor ardiente de la causa de la libertad y el otro eminente historiador de los Vedas, esto es, de la rama de los trabajos contemporáneas á que pertenece el porve-

(1) Véase la obra de M. Bunsen: *Outlines of the philosophy of universal history* (London, 1854). El escrito de Max Muller titulado: *Letter on the classification of the Turanian languages*, está incluido en ella, t. I. pág. 263 y sig. Véase además la obra de este último: *Survey of languages* (London, 1850) y el artículo titulado: *Comparative Mythology* en los *Oxford Essays*. Los dos sabios autores parecen haber llegado cada uno de por sí al sistema de que acabo de hablar. Desde un principio, habla yo supuesto (*Hist. génér. des langues sémit.*, pág. 466) que M. Muller se había hecho eco de las ideas de M. Bunsen, sin que, en mi opinión, implicase esto otra cosa que una acción honorable. Habiéndome M. Muller hecho saber que la responsabilidad del escrito le pertenecía por entero, me apresuro á retirar la conjetura hecha primeramente. Criticando las ideas sistemáticas de la obra de M. Muller, hice justicia, no obstante, á la penetración con la cual el autor, de acuerdo con los más entendidos historiadores indios, ha señalado las ramificaciones de la raza tártaro-finesa en la India ante-brahmánica.

nir, me es imposible mirar como un progreso el espíritu nuevo que han intentado introducir en la filología comparada. La hipótesis de una familia *turaniense*, por la cual se pretende establecer un lazo de parentesco entre dos lenguas completamente diversas, nos parece gratuita y establecida por procedimientos que en modo alguno pueden ser los de la ciencia rigurosa. Aparte el vasto grupo de lenguas tártaro-finesas, que serían el núcleo de la familia turaniense, debe confesarse que los idiomas reunidos bajo esta designación no tienen más que un solo carácter común, el de no ser ni indoeuropeos ni semíticos. Es verdad que Max Muller responde á esto que el rasgo esencial de las lenguas turanienses es el corresponder á un estado de sociedad nómada y que no es extraño por lo tanto que ofrezcan un carácter esporádico y que no hayan llegado al mismo grado de concentración que las lenguas indoeuropeas y las semíticas, las cuales desde muy antiguo han servido de órgano á vastas asociaciones políticas. Tal respuesta es demasiado cómoda: la clasificación de las lenguas debe hacerse por caracteres positivos de parentesco y nó por el rasgo negativo de que están faltadas de un cierto grado de desarrollo y corresponden á un mismo estado social. En cuanto á las demostraciones de

detalle por las cuales MM. Bunsen y Muller ensayan establecer la identidad primitiva de las tres familias turaniense, indoeuropea y semítica, me parecen demasiado poco satisfactorias. De igual modo lo ha juzgado un espíritu atrevido y severo á la vez, M. Pott, quien, haciendo justicia á las opiniones ingeniosas del sabio M. Muller, le juzga por el conjunto de su obra, poco conforme á los verdaderos principios de la filología comparada y capaz de extraviarse en un estudio ya de sí envuelto de un sin fin de peligros (1).

Las conclusiones de M. Bunsen (2) que se relacionan más directamente al origen del lenguaje me parecen susceptibles de algunas objeciones. M. Bunsen, como M. Muller, supone en el lenguaje una ley de progreso que se verificaría en todas las familias: los diversos sistemas de lenguas representan para él épocas diferentes que el espíritu humano ha debido atravesar para llegar al estado actual. He expuesto ya los motivos que me impiden adoptar esta manera de ver. Sólo en límites muy estrechos puede decirse que un

(1) *Zeitschrift der deutschen morgenländischen Gesellschaft*, 1855, p. 405 y sig. Véase también la obra de M. Pott, titulada: *Die Ungleichheit menschlicher Rassen*, págs. 191, 202, 242, 262, etc.

(2) *Outlines*, II, p. 73 y sig.

sistema de lenguas es inferior ó superior á otro (1). La zoología ha reconocido la imposibilidad de ordenar los animales en una sola serie progresiva, en que un mismo tipo iría perfeccionándose poco á poco desde el pólipo hasta el hombre; admite tipos primordiales distintos, de los cuales cada uno es susceptible de llegar de por sí á una perfección relativa. El mamífero no ha comenzado por ser un reptil ni éste por un molusco. Del mismo modo las lenguas indoeuropeas y semíticas no han comenzado por ser análogas á la china. Los diversos sistemas de lenguas son determinaciones adoptadas de una vez por cada raza,—sin salir unas de otras y bastándose plenamente y llegando al mismo resultado por las vías más opuestas: así, vemos á tal pueblo en estado muy atrasado con un idioma que nosotros juzgamos perfeccionado y á tal otro seguir la marcha de la civilización con un idioma que parece cerrado á todo progreso.

No solamente, en efecto, los diversos sistemas de lenguas, tal como los conocemos, no dejan ver ninguna señal de las transformaciones embrionarias admitidas por M. Bunsen. Esta hi-

(1) Véase la obra de M. Pott, citada ya, *Die Ungleichheit menschlicher Rassen*, pág. 86 y sig.

pótesis tiene en contra otro hecho demasiado evidente: el de la unidad misma de las grandes familias, de la indoeuropea y la semítica, por ejemplo. ¿Cómo explicar la sorprendente homogeneidad que hace que el hebreo, el fenicio, el caldeo, el siro, el árabe, el etíope parezcan fabricados en el mismo molde, que las ramas tan numerosas de la familia indoeuropea tienen de un extremo al otro del mundo las mismas raíces, y en un sentido muy verdadero, la misma gramática? Sólo por una sola hipótesis: quiero decir admitiendo que estos dos sistemas de lenguas hayan llegado á su completo desarrollo antes de la época en que la familia se haya dividido. ¡Cuán poca latitud deja esta condición á la elaboración del lenguaje! Con la tendencia á la separación que agitaba á los pueblos antiguos, el tiempo durante el cual la familia conservó la unión suficiente para que un mismo lenguaje haya podido imponerse á todos los miembros, debió ser muy corto. Así pues, algunos siglos, ó mejor, algunos millones de años serían necesarios para explicar las evoluciones que MM. Bunsen y Max Muller suponen en el origen del lenguaje. Si el paso de uno á otro de los estados embrionarios tuvo lugar después de la dispersión de cada raza, ¿cómo explicar la uniformidad

del resultado al cual las ramas diversas de la familia habrían llegado cada una de por sí? Si el paso se efectuó antes de la dispersión, ¿atravesó el lenguaje en algunos años más fases que en todo el resto de su existencia? Que se considere la gran delicadeza de algunos de los procedimientos que todas las antiguas lenguas indoeuropeas hanse llevado consigo; que se piense en la importancia que tienen en la etimología indoeuropea la colocación del acento, la diferencia entre una vocal larga y una breve y ciertas particularidades en la manera de tratar los nombres y los verbos. ¿No es esto una prueba del porque los indos, los iraníes, los antiguos griegos y latinos, los germanos, los celtas, los eslavos se han separado con una gramática ya netamente caracterizada? Estos pueblos representan no obstante divisiones primitivas y que debieron trazarse desde los primeros momentos de la existencia de la raza. Cuanto más se reflexiona sobre este hecho capital más se es llevado á creer que el lenguaje fué creado sin largos rodeos, en una sociedad muy homogénea, ó mejor dicho, en una familia muy poco numerosa. Si el lenguaje hubiese aparecido ó solamente se hubiese desarrollado en una sociedad ya madura y por consiguiente dividida, sería mucho más múltiple que

no es y no podría ser tan fácilmente reducido á grandes familias.

M. Muller, en un ensayo lleno de observaciones ingeniosas y profundas (1), hace observar con razón que, si no supiésemos nada de la existencia del latín, la comparación de los dialectos romanos bastaría para poder afirmar que estos dialectos, en cierta época, debieron ser confundidos en una sola lengua original. La comparación de los diferentes idiomas indoeuropeos nos conduce igualmente á una época en que el sánscrito no era tal, en que el griego tampoco era el griego, pero en que todas estas lenguas existían no divididas aún. La más bella conquista de la filología comparada es habernos permitido penetrar hasta ese período primitivo, llamado *ario*, en que todo el germen de la civilización del mundo estaba concentrado en un estrecho radio. Así como los dialectos romanos son todos derivados de una lengua que fué hablada desde luego por una pequeña parte de los habitantes de las riveras del Tíber, así mismo las lenguas indoeuropeas suponen una lengua precedente hablada en una comarca muy reducida. ¿Qué motivo, por ejemplo, hubiera podido inducir á los pueblos in-

(1) *Comparative Mythology*, pág. 11 y sig.

doeuropeos á derivar el nombre *padre* de la raíz *pa* y del sufijo *tri* ó *tar*, si esta palabra en su forma completa no constó incluída en el vocabulario de los arios primitivos? ¿Qué motivo les hubiera inducido, después de su dispersión, á derivar el nombre *hija* de una idea tan particular como la de *ordeñar* (en sánscrito *duhitri*, θυγάτηρ, *Tochter*, etc.), si esta palabra no hubiera tenido su razón de ser en las costumbres de una antigua familia pastoral? Otra prueba más decisiva aún: de la palabra *dhava*, que en sánscrito significa *marido*, precedida de la preposición *vi*, que significa *sin*, parece haberse formado *vidhava*, viuda: esta palabra se encuentra en latín (*vidua*) (1), como también en las lenguas germánicas y eslavas y no obstante ninguna de ellas posee la palabra *dhava* con la significación de *marido* ni la preposición *vi* en el sentido privativo. Tal particularidad supone que dicha palabra ha sido formada en la época en que los antepasados de los latinos, los germanos y los

(1) Una objeción bastante grave contra esta explicación derivase del masculino *viduus*, que pertenece á la antigua lengua latina, y que conduciría á relacionar *viduus* y *vidua* á la misma raíz que *dividere*. Cf. Pott, *Etym. Forsch.*, I, 185; II, 276. El epíteto *viduus* atribuído al *Orcus*, porque separa el cuerpo del alma, se relaciona á esta última raíz. Cf. Hartung, *Die Religion der Römer*, II, 90.

eslavos, vivían en común con los antepasados de la raza brahmánica. Este es un punto esencial que nadie ha esclarecido tanto como el sabio filólogo que acabo de citar. Resulta de sus profundas inducciones que las líneas esenciales de la gramática indoeuropea fueron fijadas antes que la familia aria se hubiese dividido en varias nacionalidades. Con mayor razón debe pues decirse otro tanto de la familia semítica, mucho más notable aún que la aria por su unidad.

¿Pero, cómo M. Muller no ha deducido de este hecho capital, tan bien demostrado por él, que el establecimiento de la gramática aria es un hecho primitivo, imposible de traspasar? Las lenguas, sean cuales fueren sus conquistas ulteriores, parten siempre de una comarca muy reducida. La naturaleza misma de las palabras de origen ario descubierta por M. Muller indica una sociedad muy perfecta en el sentido moral, pero poco desarrollada en cuanto á su civilización material. Las expresiones que, en este antiguo idioma, designan la realeza son tomadas de la vida doméstica; las palabras que más tarde han significado *población* aparecen en él en el sentido de *casa*; no hay en él nombres para la caza, la guerra, y, al contrario, se encuentra un vocabulario muy desarrollado para la vida apacible,

ocupada en el trabajo de los campos y en la cría de los ganados. Las artes conocidas son las más simples de todas, tales como la labranza, la molienda, la tejedura y el trabajo elemental de los metales (1). Estamos pues limitados por todas partes, en un espacio cerrado en que no queda lugar alguno para las evoluciones seculares. ¿Se objetará que el antiguo idioma hablado en el Aria no era á su vez más que un desmembramiento de un conjunto lingüístico más extendido, igual que el latín, fuente de los idiomas romanos, sólo representa un individuo en la gran familia indoeuropea? Pero entonces se encontrarán fuera de esta familia otros fragmentos del conjunto destruido. Si el latín hubiese desaparecido por la ciencia, verdad es que no sabríamos el origen directo de las lenguas romanas; pero menos sabríamos ver aún su afinidad con las demás lenguas de Europa: conoceríamos sus hermanas, sin reconocer su madre común. M. Muller hace notar que la conjugación del verbo *ser* difiere más del italiano al francés que del lituano al idioma de los vedas. Así pues, si el ario primitivo sólo fué una rama de un conjunto más extendido, se encontrarían señales de afinidad entre las len-

(1) Obra citada, pág. 24 y sig.

guas indoeuropeas y otros grupos de idiomas. MM. Bunsen y Muller no han podido, pues, según nuestro modo de ver, probar que tal afinidad existe y, sin querer prejuzgar del porvenir de la filología, séanos permitido decir que no se entrevé en el horizonte de los progresos futuros ni tan sólo el esbozo de una demostración de este punto capital.

Añadiré á los escritos precedentes un artículo que M. Henri Ritter, el sabio historiador de la filosofía, tuvo á bien consagrar á la primera edición de mi ensayo en los *Gelehrte Anzeigen* de Göttinga (1). Aprobando mis conclusiones generales, M. Ritter me dirigió algunas críticas que, por venir de tan eminente sabio, han merecido naturalmente mi más seria atención. M. Ritter cree que, por reacción contra la escuela que consideraba el lenguaje como una invención artificial, le he supuesto yo demasiado esencial en la naturaleza del hombre y demasiado íntimamente ligado al pensamiento. Admite él que ha podido existir un pensamiento relativamente desarrollado sin necesidad de la palabra, y que el lenguaje debe haber aparecido mucho tiempo

(1) 18 Agosto 1849.

después del despertar de la consciencia; en fin, en el fenómeno primitivo que le hizo nacer, una parte debió, según él, ser producida por la reflexión. He dicho más arriba que mi opinión sobre la aparición espontánea del lenguaje debía ser considerada con algunas reservas; pero me es imposible conformarme en la opinión de M. Ritter. La distinción establecida por él entre el lenguaje en general y el lenguaje articulado no reviste gran importancia, pues que este último conviene sólo á la expresión de ideas un poco delicadas. M. Ritter atribuye al lenguaje un solo papel, el de comunicar el pensamiento; desconoce otra función de la palabra, no menos importante, y es la de servir de fórmula y de límite al pensamiento. El sordo-mudo sólo puede llegar á juicios precisos cuando puede encerrarlos en signos creados con el modelo de nuestro idioma. Suponiendo que antes del abate de l'Épée, algunos sordo-mudos hubiesen llegado á un cierto grado de desarrollo intelectual, deben tenerse en cuenta las relaciones que pudieran tener por medio de la vista con seres parlantes: la consciencia, en efecto, es contagiosa y se transmite por las más indirectas vías. M. Ritter siente que en lugar de comparar el lenguaje al pensamiento, no lo haya yo comparado preferentemente á las

leyes políticas y sociales, que forman parte de la naturaleza humana, y que no obstante no han sido contemporáneas de su primera aparición. Precisamente me es imposible aceptar esta idea por las razones siguientes: si M. Ritter oye hablar de instituciones políticas reflexivas, de una moral perfeccionada, no es á tales cosas que puede compararse el lenguaje. Si oye hablar del principio de la moral, de la familia y de la vida civil, este principio es tan primitivo en el hombre como la razón y el lenguaje. Remontando hasta la antigüedad de los pueblos arios, se encuentran ciertas costumbres religiosas, ciertas leyes de la vida doméstica, inseparables del lenguaje de estos pueblos y ligadas á sus primeras instituciones.

También está disconforme el sabio historiador en tratar el desarrollo del lenguaje de una manera demasiado independiente de la historia y considerándole sólo como un ser viviente en desarrollo, sustraído á los accidentes exteriores. Su opinión sería fundada si las conclusiones de ensayo fuesen formuladas como teoremas de una verdad absoluta. Ciertamente que los acontecimientos de la historia ejercen una influencia decisiva en la marcha de las lenguas: que el inglés, por ejemplo, tal como se habla hoy, es muy diferente

de lo que hubiera sido el anglo-sajón sin la conquista normanda. Pero, porque el lenguaje haya sido muy amenudo modificado por los hechos exteriores ¿puede deducirse de ahí que ninguna ley íntima ha presidido á su desarrollo? ¿Son menos reales las leyes de la vegetación porque no existe en el mundo una sola planta cuya disposición de las ramas y de las hojas sea lo que debiera ser, si causas particulares de supresión y aborto no turbasen su tendencia á la simetría? El *devenir* del mundo es una vasta red en que mil causas se cruzan y se contrarían y en que la resultante no parece nunca en perfecto acuerdo con las leyes generales de que se la pretende deducir. La ciencia, para establecer sus leyes, está obligada á formular abstracciones, á crear circunstancias simples, que la naturaleza jamás presenta. Las grandes líneas del mundo sólo son una aproximación á la verdad. Consideremos el mismo sistema solar; tenemos un conjunto sometido á leyes de una perfecta regularidad y cuya formación ha debido obedecer á causas muy simples. Y no obstante el anillo de Saturno, y los pequeños planetas y los aerolitos indican bien claramente la influencia individual en la geometría en apariencia inflexible de los cuerpos celestes. Los fenómenos se producen en el mundo

porque tienen razón suficiente para producirse; pero esta razón suficiente jamás es única. No hay dos hechos que se sucedan de la misma manera, ni dos seres que entren en la misma categoría: sólo hay casos individuales dirigidos por las causas fortuítas de cada momento. Cada hecho y cada sér es el límite del que le ha precedido, y no es más que por una extensión de sentido que se da el mismo nombre á los seres y á los hechos que tienen más ó menos analogía entre sí.

Estas explicaciones me han parecido necesarias para prevenir conceptos erróneas á que hubieran podido dar lugar las fórmulas generales de que me he debido servir. Desde que se aspira á salir de las consideraciones puramente dialécticas, la verdad sólo se obtiene aportando al pensamiento límites continuos y procediendo á la iluminación del error por escrupulosas aproximaciones.

I

La ciencia experimental del espíritu humano se ha generalmente limitado á estudiar la consciencia en su desarrollo completo y tal como se manifiesta hoy. Lo que la fisiología y la anatomía hacen con los fenómenos de los cuerpos organizados, lo ha hecho la psicología con los fenómenos del alma, con las diferencias de método exigidas por asuntos tan diversos. Pero, así como paralelamente á la ciencia de los órganos y sus funciones existe otra ciencia que abarca la historia de su formación y de su desarrollo, igualmente, paralela á la psicología, que tiene por objeto describir y clasificar los fenómenos y las funciones del alma, debería crearse una *embriogenia* del espíritu humano que estudiara la aparición y el primer ejercicio de las facultades cuya acción es hoy día tan regular. Pero una ciencia de esta naturaleza sería sin duda más difícil que la que

tiene por objeto constatar el estado presente de la consciencia humana. Tenemos todavía, no obstante, medios seguros que pueden conducirnos de la edad actual á la edad primitiva: nos es del todo imposible la experimentación directa de esta última, pero la inducción, ejerciéndose sobre el presente, puede remontarnos hasta el estado espontáneo, del cual son sólo una forma más desarrollada las épocas reflexivas.

En efecto, si el estado primitivo de la humanidad ha desaparecido sin dejar señal alguna, los fenómenos que le caracterizan tienen aún en nosotros sus análogos. Recorriendo cada individuo de por sí la línea que la humanidad entera ha seguido, la serie de evoluciones del espíritu humano en su conjunto responde de una manera general al progreso de la razón individual. Además, la marcha de la humanidad no es simultánea en todas sus partes: mientras que por las razas nobles se eleva á sublimes alturas, por las razas inferiores se arrastra aún por las humildes regiones que fueron su cuna. Y es tal la desigualdad de su movimiento, que nos es dado, á cada instante, encontrar en las diferentes comarcas habitadas por el hombre las diversas edades que vemos ordenadas en su historia. Las razas, los climas, mil causas de decadencia ó de

elevación hacen que existan á la vez en la especie humana las mismas variedades que se presentan como sucesivas en la serie de sus revoluciones. Los fenómenos que determinaron el despertar de la consciencia se reproducen así en la eterna infancia de las razas imperfectas, que han quedado como testimonio de los sucesos de las primeras edades. Ciertamente no puede decirse en absoluto que el salvaje de hoy sea el hombre primitivo; la infancia de las diversas razas humanas debió de ser muy diferente; los miserables seres, cuyos herederos son los papús y los bosquimanes parecieron poco, sin duda, á los graves pastores que fueron los padres de la raza religiosa de los semitas, á los vigorosos predecesores de la raza esencialmente moral y filosófica de los pueblos indoeuropeos. Pero la infancia, sea cual fuere la variedad de los caracteres individuales, tiene siempre rasgos comunes.—El niño y el salvaje serán siempre los dos grandes objetos de estudio de quien quiera reconstruir científicamente la teoría de la edad primitiva de la humanidad.

Puede aún la ciencia relacionarse de una manera más directa con los tiempos primitivos, por medio del producto mismo del espíritu humano, de las creaciones poéticas en que se expresa, de

los documentos primitivos en que ha grabado sus más viejos recuerdos. Tales creaciones y documentos no principiaron á fijarse por la escritura más que en una época muy lejana ya de la cuna de la humanidad: ¿cómo hubiera podido el hombre legar el recuerdo de una edad en que apenas se poseía á sí mismo y en que, no teniendo pasado alguno, no podía soñar en el porvenir? Pero existe, no obstante, un monumento en el cual están escritas todas las fases de ese Génesis maravilloso, monumento que encierra materiales de todos los siglos y puede hacerles objeto de análisis; poema admirable que ha nacido y se ha desarrollado con el hombre, que le ha acompañado en cada paso y ha recibido el sello de cada una de sus maneras de sentir. Este monumento, este poema, es el Lenguaje. Su estudio profundo será siempre el medio más eficaz de abordar los orígenes del espíritu humano: gracias á él, estamos frente á frente de las edades primitivas como el artista que debiese restablecer una estatua de bronce conforme al molde con que fué construída.

Las lenguas primitivas, es verdad, han desaparecido para la ciencia con el estado psicológico que representaban, y nadie debe hoy fatigarse en su estudio con la antigua filología. Pero

más que una hipótesis, es un hecho evidentísimo que de los idiomas cuyo conocimiento nos es posible, los unos han conservado más que los otros el sello de las leyes que presidieron al nacimiento del lenguaje. En su invención y formación, ninguna ley arbitraria ha jugado el menor papel y no existe ni uno solo de nuestros idiomas más desfigurados que no se relacione por una genealogía directa á una ú otra de las lenguas que hablaron los padres de la especie humana. Sería pueril pretender encontrar señales del mundo primitivo á través de la red de transformaciones en que se han desarrollado tantas lenguas, á través de las numerosas generaciones é idiomas que se han sucedido en ciertas comarcas. Pero existen lenguas conservadas por órganos más firmes, menos variables en sus mecanismos, habladas por pueblos casi sujetos á la inmovilidad, que subsisten aún como testimonios, nó *de la lengua* primitiva, ni tampoco de *una* lengua primitiva pero sí de los *procedimientos* primitivos por los cuales el hombre supo dar al pensamiento una expresión exterior y social.

Digo *procedimientos primitivos* porque á la lengua primitiva en sí es bajo todo punto de vista imposible llegar. Al igual que el geólogo no

puede creer compuesto el centro del globo de los elementos que se encuentran en las últimas profundidades accesibles á la experiencia, sería temerario mirar como absolutamente primitivas las lenguas que, en el seno de una cierta familia, merecen ser consideradas en primera fila de la antigüedad (1).

(1) Esta comparación pertenece á F. Schlegel, *Philosophische Vorlesungen, insbesondere über Philosophie der Sprache und des Wortes*, pág. 74-75.

II

El problema del origen del lenguaje parece haber preocupado muy poco á los antiguos filósofos (1). Es verdad que Platón se preocupa amenudo, demasiado amenudo quizás, de las palabras; pero se confesará que los ensayos de etimología que se encuentran en su *Cratilo*, por ejemplo, no presentan señal alguna de un método verdaderamente científico. Aristóteles dió en su *Περὶ Ἑρμηνείας* el primer ensayo de una gramática general; pero ésta está tan lejos de la filología comparada, entendida en su sentido moderno, como la dialéctica del análisis experimental de la razón. Lucrecio ha emitido sobre la formación del lenguaje opiniones notablemente ingeniosas, pero contaminadas de la falsa hipótesis que preocupaba á la escuela epicúrea, esto es, la idea de

(1) Referente á la historia de la filología general en la antigüedad, véase Lersch, *Sprachphilosophie der Alten* (Bonn 1834-41).

una primitiva humanidad viviendo en estado salvaje y casi bestial (1). Entre la solución groseramente materialista que hacía atravesar al lenguaje todas las fases de una invención lenta y progresiva, que parece haber sido la de los sabios (2), y una creencia poco razonada en el innatismo del lenguaje, que parece fué la de los ignorantes (3), la antigüedad no conoció ninguna diferencia (4): la extrema imperfección de la filología y sobre todo de la filología comparada no podía de ningún modo dar lugar á una teoría más aproximada á la verdad.

Fué sobre todo en el siglo XVIII que la filosofía atribuyó una justa importancia al estudio

(1) *De Nat. Rerum*, libro V, v. 1027 y sig. Las opiniones análogas de Epicuro pueden leerse en Diógenes Laercio, lib. X, § 75 y sig.

(2) Véase Diodoro de Sicilia, *Bibl.*, lib. I, § 8.

(3) La experiencia de Psamético, citada por Herodoto (lib. II, capítulo II.—Cf. C. Muller, *Fragmenta hist. græc.*, I, 22-23) es una prueba de ello. Este rey, queriendo saber cual de los dos pueblos, egipcio y frigio, era más antiguo, hizo alimentar dos niños por dos cabras y sin que oyesen hablar ningún lenguaje. La primera palabra que pronunciaron fué *βροτός*, que en idioma frigio significa *pan*. (Cf. P. Boetticher, *Arica*, pág. 33; Gosche, *De Ariana lingua armen. Indole*, pág. 29) de donde se dedujo que ésta era la lengua primitiva. En la edad media, la opinión pública atribuyó la misma experiencia á Federico II; pero puso en ella un refinamiento de delicadeza: las dos pequeñas criaturas, dice el cronista, murieron por falta de canciones que las hiciesen dormir. (De Raumer, *Gesch. der Hohenstaufen*, t. III, pág. 491).

(4) Véase sin embargo San Gregorio de Niza, *Contra Eunomium*, Orac. XII, pág. 814 y sig. (París, 1638).

analítico del lenguaje. Desde fines del siglo XVII, Locke, colocando en su *Ensayo* el estudio de las palabras al lado del de las ideas y Leibnitz, cooperando por medio de sus *Nuevos Ensayos* en esta empresa interesante, y consignando en ellos las notas juiciosas que sabía emitir sobre todas las cuestiones, llamaron la atención de los pensadores. Leibnitz sobre todo, con una admirable penetración de espíritu, entrevió los rasgos esenciales del método comparativo y adivinó sus más elevadas aplicaciones. La mayoría de los filósofos franceses, Condillac, Maupertius, Rousseau, Condorcet, Turgot y Volney, abordaron más ó menos directamente los problemas relativos al lenguaje; pero, como sucede casi siempre, limitaron sus investigaciones en el campo de las cuestiones teóricas antes de entregarse resueltamente al estudio pacienzudo de los detalles positivos. Creyóse satisfacer por una hipótesis superficial, una de las más graves dificultades de la psicología, y no se soñó en otra cosa que en crear una teoría del lenguaje sin el estudio comparativo de los diversos idiomas; era renovar la temeridad de la física antigua, que aspiraba á crear un sistema general del mundo y su origen, antes de adquirir conocimientos especiales sobre cada una de las partes del universo.

Aunque las hipótesis del siglo XVIII sean muy poco idénticas entre sí, exponremos la manera general como consideraron el lenguaje los pensadores de aquella época, y el espíritu que dieron al problema de su primera aparición. La filosofía del siglo XVIII tenía una muy marcada tendencia á las explicaciones artificiales, en todo cuanto hace referencia á los orígenes del espíritu humano (1). Se consideraba al hombre con el mecanismo actual de sus facultades, y se transportaba indiscretamente al pasado este mecanismo, sin pensar en las diferencias profundas que debieron de existir entre las primeras edades de la humanidad y el estado actual de la conciencia. Parecía que el hombre había siempre reflexionado, combinado, razonado igual que en nuestros días, y cada vez que los filósofos de la época de que hablamos quieren representarnos al hombre primitivo, nos sorprendemos de ver solamente en él al hombre moderno con su rico desarrollo

(1) Debe hacerse excepción de Turgot, que parece haber tenido sobre el lenguaje las más avanzadas opiniones. (Véase el opúsculo intitulado: *Sur les Réflexions philosophiques de Mauvertius sur l'origine des langues*, Œuvres, t. II, pág. 103 y sig.). En cuanto á Rousseau, no obstante haber combatido la opinión de Condillac, en su *Discours sur l'Origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, cae igualmente, cuando ensaya formular una hipótesis, en la de la invención sucesiva.

de las facultades racionales. Así el lenguaje constituía una *invención* como cualquier otra: el hombre había un día imaginado la palabra como las artes útiles ó á voluntad. Y esta invención se la sujetaba á las mismas leyes de progreso sucesivo que todos los productos de la inteligencia reflexiva. Hubo un tiempo en que el hombre no fué, como se había supuesto en la antigüedad, más que un *mutum et turpe pecus* (1). Los deseos más simples de la sociedad condujeron desde luego á la creación de un *lenguaje natural*, consistente en ciertas expresiones de la fisonomía, en ciertos movimientos del cuerpo, en ciertas entonaciones de la voz. A medida que las ideas se multiplicaron, se sintió la insuficiencia de un tal lenguaje y se buscó un medio de comunicación más cómodo. Entonces se pensó en la palabra; se establecieron convenciones amistosamente y así nació el *lenguaje artificial* ó articulado (2). Este primer lenguaje fué, como todas las creaciones humanas, defectuoso y pobre en

(1) Horacio, lib. I, sát. III, v. 99.

(2) Es sorprendente que psicólogos como Th. Reid y Dugal Stewart hayan podido insistir en una distinción tan superficial y creer que la expresión por la palabrada es menos *natural* que la expresión por el gesto. Véanse los *Esquisses* de D. Stewart, 1.^a parte, sec. XI, y su *Phil. de l'Esprit humain*, continuación de la segunda parte.—Reid Œuvres, t. II, pág. 88 y sig. y 104, etc. (trad. Jouffroy).

su origen Poco á poco completóse y llegó al grado de riqueza en que le vemos hoy, poco más ó menos, según la comparación de Adelung (1), del modo como la canoa del salvaje ha llegado á ser el buque de las naciones civilizadas. Así el lenguaje pasó por todos los grados de un perfeccionamiento acompasado. Según Smith, primeramente sólo se compuso de sustantivos; según Brosses comenzó por la interjección; todos llegaron á creer que fueron necesarios muchos siglos para llegar á la conquista de sus elementos constitutivos.

Esta hipótesis es quizás, de todas las que han sido ensayadas para explicar el origen de la palabra, la más falsa, ó, por mejor decir, la menos rica en verdad. Los filósofos que la propusieron habían comprendido perfectamente, es verdad, que el hombre fué el solo interventor en la invención del lenguaje, que es del ejercicio natural de sus facultades y nó del exterior de donde ha recibido el dón de la expresión articulada; pero cometían un error atribuyendo á las facultades reflexivas y á una combinación voluntaria de la inteligencia un producto espontáneo de esa fuerza viva que ocultan las facultades humanas, que

(1) Introducción al *Mithriadate*.

no es ni la consideración ni el cálculo y que produce su efecto de sí misma y por su propia tensión.

La reacción filosófica que señaló el principio del siglo XIX se hizo sentir en la solución dada al importante problema que nos ocupa y sugirió conclusiones que, aunque parciales, se aproximaron más á la verdad. Ya Herder y Hamann, con la facultad de intuición que les caracterizaba, habían entrevisto bajo una forma, poco científica, es verdad, la unidad interior, la savia verdaderamente divina del lenguaje. La escuela francesa obedeció á tendencias análogas y procuró restringir en favor de la razón universal de la humanidad la importancia exagerada que el siglo XVIII había concedido á la razón individual. El siglo XVIII se había fanatizado por la libertad, ó mejor dicho, por el capricho del hombre. Una de las escuelas que ensayaron restablecer la causa del espiritualismo y de la religion lo atribuyó todo á Dios; y el lenguaje, que había pasado por una invención puramente humana, fué tenido después por una *revelación* divina. Desgraciadamente, esta expresión, que en su sentido metafórico sería la más exacta quizás para expresar la aparición maravillosa de la palabra, fué entendida en su sentido mezquinamente literal. Por

otra parte, la tesis de referencia no fué en sus autores y defensores, bastante desinteresada para que pueda ser revestida del carácter científico; sólo se la sostenía en provecho de un sistema teológico y político, al cual parecía querer atribuírsele la autoridad de un dogma de fe.

En cierto sentido, se puede, no obstante, ver un verdadero progreso en la opinión adoptada resueltamente por MM. de Bonald, de Maistre y de Lamennais y más tarde por M. Gioberti. La nueva escuela demostraba perfectamente la incapacidad del hombre en inventar la palabra (1); excluía así el lenguaje de la esfera de las invenciones vulgares, concediéndole un puesto aparte y viendo en él la obra de Dios. Nada más verdadero, si se sabe interpretar; pues lo que es efecto de la espontaneidad es más bien obra de Dios que del hombre y es preferible atribuirlo á la causa universal que á la acción particular de la libertad humana. Con todo eso, tal opinión, en su expresión rigurosa y más en el sentido dado á ella por sus autores, distaba mucho de no ser maliciosa. ¿Qué significa, en efecto, la revelación del lenguaje? Si se entiende de una manera mate-

(1) De Bonald, *Recherches philosophiques*, I, pág. 163 y sig. (3.^a edic.)

rial, si se supone, por ejemplo, que una voz del cielo haya dictado al hombre los nombres de las cosas, tal concepción es tan groseramente antropomórfica, se aparta tan completamente del verdadero método científico, es tan antipática á todas nuestras ideas fundadas en las leyes naturales, que no es necesaria ninguna refutación para un espíritu iniciado en los métodos de la crítica moderna. Además, como ha dicho M. Cousin, «la institución del lenguaje por Dios evita las dificultades, pero no las resuelve. Los signos inventados por Dios no serían para nosotros signos y sí sólo cosas que tendríamos que transformar en signos, dándoles tal ó cual significación (1).»—Si se entiende por revelación el juego espontáneo de las facultades humanas en el sentido de que Dios, habiendo creado en el hombre todo cuanto es necesario á la invención del lenguaje, puede ser llamado su autor, se está muy cerca de la verdad; pero esto es servirse adrede de una expresión desviada y singular, habiendo otra más filosófica y más natural con que expresar el mismo hecho.

Así pues, la intención y los argumentos de

(1) Prefacio á las *Œuvres philosophiques de Maine de Biran*, t. IV, pág.XV.—Véase también el *Cours* de 1829, 20.^o lec.

los que fueron los primeros en sostener la teoría de la revelación del lenguaje, eran, como ya lo he dicho, esencialmente teológicos. Creyeron ver el dogma capital de su filosofía escrito en un pasaje del Génesis; pero fueron en esto, según nuestro parecer, unos exégetas desgraciados. «Jehová, dícese, habiendo formado de la tierra todos los animales de los campos y las aves del cielo, los presentó al hombre para que éste viese cómo les nombraba, y todos los nombres que les dió son sus nombres (1). Y el hombre dió nombres á todos los animales, á las aves del cielo y á las bestias de los campos; pero ninguna halló parecida á él.» (Gén. II, 19-20.) Aunque sea poco razonable aplicar á estos antiguos relatos, concebidos por el espíritu más simple, interpretaciones filosóficas en las cuales sus autores estaban muy lejos de soñar, ¿cuál sería la proposición que resultaría del pasaje citado, si se considerase como un símbolo? Según mi modo de ver, sería cuando menos muy diferente de la que se ha querido deducir. Además de no tratarse en el pasaje del Génesis más que de una cierta clase de palabras y nó del lenguaje en general, de explicarse

(1) El narrador creía que el lenguaje que se hablaba en su época era el lenguaje primitivo.

por este pasaje la formación del diccionario y nó la de la gramática, el verdadero autor de la nomenclatura, que vemos en escena, es el hombre, el hombre obrando por sus propias fuerzas, bajo la presidencia de Dios. Si la filosofía quisiese revestir de un mito poético sus más exactas fórmulas sobre la aparición del lenguaje no encontraría otro más bello que éste: Dios enseñando á los hombres á hablar, como el padre á su hijo. Dios dirigiendo las causas ocasionales que ponen en ejercicio las facultades, dejando obrar á éstas por sí mismas. Pero si, en lugar del sentimiento vago de una gran verdad, se busca en las antiguas tradiciones un dogma exacto, se falsea á la vez su letra y su espíritu y para sustraerse á un mito se adopta una fábula (1).

Mientras tanto, inmensos progresos se efectuaban en la ciencia de las lenguas y preparaban socorros inesperados á la filosofía y á la historia. En 1808, un hombre cuyas desviaciones de espíritu no deben hacer olvidar su genio, Federico Schlegel, indicó en su obra titulada: *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*, los rasgos

(1) Véanse las excelentes reflexiones de M. Jacobo Grimm referente á lo que debe entenderse por *revelación* en la antigüedad. *Ueber den Ursprung der Sprache*, pág. 23 y sig.

esenciales del método comparativo y entrevió la unidad de la familia indoeuropea. En 1816, M. Bopp publicó su *Conjugations system der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache* (Francfort), en que fué aplicado por primera vez el nuevo método. Una nube de rivales y de discípulos, entre los cuales deben citarse á Guillermo de Humboldt, Jacobo Grimm y Eugenio Burnouf, siguieron las huellas de dichos dos grandes maestros y fundaron definitivamente la ciencia experimental del lenguaje (1). En lugar de proceder como la antigua filología por aproximaciones artificiales y puramente exteriores, se consideró el lenguaje como un todo orgánico, dotado de vida propia: se buscó la ley de ésta y se reconoció en cada familia de lenguas una vegetación sujeta á leyes uni-

(1) Además de las obras citadas, deben leerse, por sus conclusiones generales, G. de Humboldt: *Ueber das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachenwicklung*, en las memorias de la Academia real de Berlín (clase de historia y de filología), 1820-1821, pág. 239, y sobre todo la admirable introducción del mismo sabio á su Ensayo sobre el kavi (*Ueber die Kawi Sprache auf der Insel Java*): *Einleitung über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*. Los dos discursos del doctor Viseman sobre el estudio comparado de las lenguas encierran opiniones ingeniosas, aunque amenudo contradictorias, desarrolladas con mucha fortuna.

formes. El problema del origen del lenguaje no recibió más que soluciones materiales y groseras, mientras fué considerado éste como un agregado inorgánico, á la formación del cual no había precedido ninguna razón interior. M. de Bonald, que no tenía respecto al lenguaje puntos de vista superiores á los de los filósofos del siglo XVIII, no hizo en el fondo otra cosa que seguir sus huellas, buscando en el exterior la causa del lenguaje. Pero, á partir del día en que la ciencia de las lenguas llegó á ser una de las ciencias de la vida, el problema de los orígenes del lenguaje ocupó su verdadero lugar, el de la consciencia creadora. Su generación fué siempre misteriosa; pero se supo ver al menos á qué orden hechos debía relacionársela y de qué género de concepciones debía ser deducida.

III

Si el lenguaje, en efecto, no es ni un dón exterior ni una invención tardía y mecánica, sólo resta un partido á tomar, el de atribuir su creación á las facultades humanas obrando espontáneamente y en su conjunto. El deseo de exteriorizar el hombre sus pensamientos y sus sentimientos es natural en él: todo lo que piensa lo expresa interior y exteriormente. Nada hay pues arbitrario en el empleo de la articulación como signo de las ideas. Y no es por una mira de conveniencia ó de comodidad, ni por imitación de los animales, que el hombre ha escogido la palabra para formular y comunicar su pensamiento, sino porque la palabra es en él natural, tanto referente á su producción orgánica como á su valor expresivo. En efecto, si se concede al animal la originalidad del grito, ¿por qué negar al hombre la originalidad de la palabra? ¿por qué obstinar-

se en no ver en ésta una imitación de aquél? Sería absurdo considerar como un descubrimiento la aplicación que el hombre ha hecho del ojo á la visión, de la oreja á la audición: igualmente lo es pues llamar invención al empleo de la palabra como medio expresivo. El hombre tiene la facultad del signo ó de la interpretación (1), como tiene la de la vista y la del oído; la palabra es el medio que emplea para ejercer la primera, como el ojo y la oreja son los órganos de los otros dos. El uso de la articulación no es fruto de la reflexión, del mismo modo como el uso de los diferentes órganos del cuerpo no es resultado de la experiencia. No existen dos lenguajes, natural el uno y artificial el otro; pero la naturaleza, al mismo tiempo que nos revela el fin, nos revela los medios que deben servir para alcanzarlo. Lucrecio ha expresado esta idea en tan bellos versos que es imposible dejar de citarlos:

At varios linguæ soni tus natura subegit
Mittere, et utilitas expressit nomina rerum;
Non alia longe ratione atque ipsa videtur
Protrahere ad gestum pueros infantia linguæ,
Quom facit ut digito quæ sint præsentia monstrent.

(1) Nadie lo ha demostrado mejor que M. Ad. Garnier, *Traité des acultés de l'âme*, t. II, pág. 451 y sig.

Sentit enim vim quisque suam quod possit abuti.
Cornua nata prius vitulo quam frontibus exstant,
Ollis iratus petit atque infensus inurget.
At catulei pantherarum scymneique leonum
Unguibus ac pedibus jam tum morsuque repugnant,
Vix etiam quum sunt dentes unguesque createi.
Alituum porro genus alis omne videmus
Fidere et a pennis iremulum petere auxiliatum.

Es pues pura imaginación creer en un primer estado en que el hombre no hablaba seguido de otro en que conquistó el uso de la palabra. El hombre es por naturaleza parlante como lo es pensante, y tan poco filosófico es atribuir un principio voluntario al lenguaje como al pensamiento. ¿Quién osaría decir que las facultades humanas son invenciones libres del hombre? Y no obstante inventar el lenguaje hubiera sido tan difícil como inventar una facultad. Siendo el lenguaje la forma expresiva y el vestido exterior del pensamiento, uno y otro deben ser tenidos por contemporáneos.

Así, de una parte, la palabra es obra del hombre y de las fuerzas que residen en él; de otra, no hay nada reflexivo, nada combinado artificialmente en el lenguaje, no menos que en el espíritu. Todo es en él obra de las fuerzas internas de la naturaleza humana, obrando incons-

cientemente y como bajo la impresión viviente de la Divinidad. «Las lenguas, dice Turgot, no son obra de una razón dirigiéndose á sí misma (1).» El error del siglo XVIII fué atribuir á la combinación, á una voluntad libre y obrando sobre sí misma, lo que sólo era producto natural de las facultades. En resúmen, el siglo XVIII no comprendió lo suficiente la teoría de la actividad espontánea. Preocupado sobre todo de la potencia reflexiva del hombre, se entregó demasiado á la esfera de las invenciones humanas. En poesía, no supo distinguir la composición artificial de la inspiración sin segunda intención literaria, que produjo las grandes obras originales. En política, el hombre creó libremente y con deliberación la sociedad y la autoridad que la regía. En moral, halló y estableció el deber como una ley útil. En psicología, pareció el autor de los

(1) Obras, t. II. pág. 139. Sorprendente es ver á Maine de Biran añadir, después de haber citado tales palabras: «Respondo que las lenguas instituidas solo pueden ser obra de una tal razón. M. Turgot reprocha á Maupertius la suposición de un filósofo que forma el lenguaje á sangre fría. No sé ver lo que hay de absurdo en esta hipótesis. Sin la facultad de reflexionar, no habria la institución del lenguaje propiamente dicho. ¿Porqué pues el lenguaje no ha de ser formado á sangre fría por un hombre reflexivo que quisiese fijar sus ideas y sin darse cuenta?» (*Oeuvres philosophiques*, t. II. pág. 323).—Véase también la memoria del mismo autor sobre la *Influence de l'habitude sur la faculté de penser*, secc. II. c. I y sig.

resultados más necesarios de su constitución. Sin duda, el hombre produce en un sentido todo lo que resulta de su naturaleza; emplea en ello su actividad; adopta la fuerza bruta que conduce al resultado; pero la dirección de esta fuerza no le pertenece; adopta la materia, pero la forma viene de lo alto. El verdadero autor de las obras espontáneas de la consciencia es la naturaleza humana, ó, si se prefiere, la causa superior de la naturaleza. En estos límites, es indiferente atribuir la causalidad á Dios ó al hombre. La espontaneidad es á la vez divina y humana. Este es el punto de conciliación de opiniones incompletas más bien que contradictorias, que, según que se refieran á un aspecto del fenómeno más bien que al otro, tienen sucesivamente su parte de verdad (1).

Cada familia de idiomas es pues salida del genio de cada raza, sin ningún esfuerzo y sin ningún tanteo. La razón, que reflexiona y combina, ha intervenido casi tan poco en la creación del lenguaje como en sus transformaciones. Nin-

(1) Véanse las conclusiones ingeniosas de M. Cousin sobre el análisis de la consciencia espontánea, en el Curso de 1818 y en el de 1822, 6.^a y 7.^a lección. Véase también en los *Fragments philosophiques*, el fragmento titulado *Du premier et du dernier fait de conscience*. Las mismas opiniones se encuentran en la introducción de G. Farcy, en el tercer volumen de la *Philosophie de l'esprit humain* de Dugald Stewart.

guna revolución artificial y conscientemente ejecutada puede admitirse en el desarrollo de las lenguas; por ellas, no hay ni concilios ni asambleas deliberantes, y no se las reforma como una constitución viciosa. Es por esto que el pueblo es el verdadero artista de las lenguas, porque es el que mejor representa las fuerzas espontáneas de la humanidad. Los individuos no son competentes en él, sea cual fuere su genio; el *lenguaje científico* de Leibnitz hubiera probablemente sido, como medio de transmisión del pensamiento, menos cómodo y más bárbaro que el iroqués. Los idiomas más bellos y más ricos han surgido con todos sus recursos de una elaboración silenciosa é ignorada. Al contrario, las lenguas manoseadas y artificiosas llevan el sello de este origen en su falta de flexibilidad, en su construcción defectuosa, en sus defectos de armonía. Cada vez que los gramáticos han querido reformar una lengua con un plan premeditado, sólo han logrado hacerla empalagosa, sin expresión, y amenudo menos lógica que el más insignificante patué.

Que se lean, por ejemplo, las notas de Duclos á la *Gramática general* de Port-Royal: quizá nunca se ha puesto más ingénuamente de relieve la pretensión que domina en el si-

glo XVIII de criticar las leyes naturales. A cada instante el académico busca ocasión de demostrar las inconsecuencias y las *faltas* que encierra el lenguaje tal como el pueblo lo ha creado. Sonríe con desprecio de las torpezas de la costumbre, y querría corregir los desbarros por la razón de los gramáticos, sin saber ver que los giros que quiere suprimir son ordinariamente preferibles á los que él quiere introducir en sustitución de aquéllos. El espíritu humano, abandonado á sí mismo, es incapaz de saber ver las anomalías de un idioma. El lenguaje de los niños y del pueblo es de ordinario más expresivo que el consagrado por los gramáticos. Sucede con esto, como en todo, que la obra artificial del hombre, cuando se atribuye una misión reformadora, destruye la obra de la naturaleza, única viviente y verdadera. Recorriendo el diccionario de la lengua francesa, vemos que las palabras verdaderamente nacionales son obra del pueblo, mientras que las introducidas por los gramáticos conservan siempre la señal del pedantismo y de una latinidad mal disimulada (1). Existen algunas lenguas que pueden ser llamadas artificiales, en el sentido de que, partiendo de un fondo tradicional, le des-

(1) Véase Egger, *Notions élém. de Gramm. comparée*, c. XXI, § 3.

arrollan fuera de las necesidades y de los sentimientos populares; tal es, por ejemplo, la lengua rabínica. La obscuridad y la barbarie de tales lenguas traspasan todo cuanto pueda imaginarse. El sordo-mudo, antes del sistema mecánico que se le enseña en las escuelas, es mil veces más comunicativo que después de su educación. Abandonado á sí mismo, créase medios de expresión con una fuerza, una originalidad y una riqueza asombrosas (1). Pero, así como el instinto en el animal está en razón inversa de la inteligencia, así también el sordo-mudo, á medida que sus medios artificiales de comunicación se multiplican, pierde su potencia inventiva, que ya no pueden reemplazar procedimientos facticios cuya adquisición es tan enojosa como difícil.

Así, el hombre primitivo pudo, desde sus primeros años, elevar el edificio que nos asombra, y cuya construcción nos parece tan prodigiosamente difícil; y lo pudo elevar sin trabajo, porque era un niño. Pero hoy, que la razón reflexiva ha reemplazado al instinto creador, apenas si el genio basta para analizar lo que el espíritu de los primeros hombres dió á luz bajo todos con-

(1) Véase un folleto publicado por el Instituto de los sordo-mudos de París: *Les Sourds-Muets au XIX^e siècle*, y á Ad. Garnier, *Traité des facultés de l'âme*, t. II, pág. 461-62.

ceptos sin ayuda alguna del pensamiento. Y es que las palabras *fácil* y *difícil* no tienen sentido alguno aplicadas á lo espontáneo. ¿Cuando los más grandes filósofos, dice M. de Bonald, son impotentes para analizar el lenguaje, cómo niños sin experiencia hubieran sido capaces de crearlo? Esta objeción sólo puede hacer referencia á una invención reflexiva. La acción espontánea no tiene necesidad de ser precedida de la percepción clara del fin y de los medios á emplear. El mecanismo de la inteligencia es aún más difícil de analizar que el del lenguaje, y no obstante el hombre que desconoce por completo la psicología sabe tocar los resortes de su espíritu tan bien como el mejor filósofo. El niño que aprende á hablar y la humanidad que crea el lenguaje no hallan mayores dificultades que la planta ó el animal que llegan á su completo desarrollo. En todas partes está el Dios oculto, la fuerza infinita que obrando en la ausencia ó en el sueño del alma individual, produce tan maravillosos resultados y desafía á la ciencia á comprender lo que la naturaleza ha producido sin esfuerzo.

Es pues la razón popular, es decir, la razón espontánea, la potencia creadora del lenguaje. La reflexión no toma en ello la menor parte; las lenguas hanse formado por entero en el molde

mismo del espíritu humano, como Minerva en el cerebro de Júpiter: son, como ha dicho Fr. Schlegel «el producto viviente del hombre interior.»

De aquí la consecuencia de que no es por yuxtaposiciones sucesivas que se han formado los diversos sistemas de lenguas, sino que, como sucede con los seres vivientes de la naturaleza, el lenguaje desde su primera aparición fué dotado de todas sus partes esenciales (1). En efecto, desde el momento de su constitución, el espíritu humano fué completo. El primer hecho psicológico encerró de una manera implícita todos los elementos del hecho más avanzado (2): la reflexión sabia no contiene un dato más que el fenómeno interior por el cual el hombre se reveló á sí mismo. ¿Quién se atrevería á sentar la hipótesis de que el hombre haya sucesivamente conquistado sus distintas facultades? Así pues, siendo en todas las épocas el lenguaje paralelo al espíritu humano y como la expresión adecua-

(1) Es en este sentido que Fr. Schlegel ha llamado á la aparición del lenguaje una creación de una sola vez (*Hervorbringung im Ganzen*) y la ha comparado á un poema que resulta de la idea del todo y no de la reunión atomística de las partes (*Philos. Vorlesungen*, pág. 78-80). Cf. Humboldt: *Ueber das vergleichende sprachstudium* etc., pág. 247. Goethe ha expresado análogas ideas: *Dichtung und Wahrheit*, X^o Buch (t. XXV de sus obras completas, Cotta, 1830, p. 307).

(2) Véase Cousin, *Cours* de 1818, 5.^a lección.

da de su esencia, estamos autorizados para establecer una rigurosa analogía entre los hechos relativos al desarrollo de la inteligencia y los relativos al desarrollo del lenguaje. Es pues tan poco filosófico suponer el lenguaje llegando penosamente á completar sus partes, como suponer el espíritu humano buscando sus facultades unas tras otras. Las lenguas deben ser comparadas, no al cristal que se forma por aglomeración alrededor de un núcleo, sino al germen que se desarrolla por su fuerza íntima y por la atracción necesaria de sus partes. En ellas sólo hay las unidades facticias que resultan de capas superpuestas y de aumentos sucesivos.

IV

La filología confirma las inducciones que hemos establecido hasta aquí sólo por datos psicológicos. En la historia de las lenguas no hay ni un solo ejemplo de una nación que se haya creado un idioma nuevo, ó haya sometido el antiguo á modificaciones libremente determinadas. Si las lenguas pudiesen corregirse, ¿por qué el chino, sin flexiones y categorías gramaticales no hase modificado en ese sentido, que nosotros consideramos esencial para la expresión del lenguaje? (1) ¿Por qué las lenguas semíticas no han sabido jamás inventar un sistema que satisficiese los tiempos y las modas, y llenar así una laguna que hace tan difícil en estas lenguas el sentido de la

(1) El chino vulgar alcanza, es verdad, una mayor determinación que la lengua clásica; pero no posee en modo alguno el principio de la gramática, en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Véase A Bazin, *Grammaire mandarine* (Paris, 1856).

oración? ¿Cómo explicar el que después de siglos y siglos de contacto con alfabetos más perfectos y apesar de las numerosas dificultades que lleva consigo la ausencia de vocales regularmente usadas, los semitas no hayan nunca logrado creárselas (1)? Cada lengua ha quedado aprisionada de una vez para siempre en su gramática (2) Puede suceder que, sufriendo influencias exteriores, cambie enteramente de dirección y de fisonomía; puede enriquecer ó renovar su diccionario: pero su gramática es su forma individual y característica; no puede alterarla sino recibiendo un nuevo nombre y cesando de ser lo que es.

Así, cada familia de lenguas correspondió, desde los primeros momentos de su existencia, al conjunto del espíritu humano. Algunas profundas investigaciones han obligado á los lingüistas á

(1) Dr. Wiseman, *Discours sur les rapports entre la science et la religion révélée*. Primer discurso sobre la historia de las lenguas, segunda parte.

(2) Una experiencia vulgar confirma este resultado. Un hombre transportado fuera de su patria, sobre todo si se le supone incapaz de aprender una lengua de otro modo que por la costumbre, llegará al cabo de algún tiempo á emplear algunas palabras aprendidas en el país que habite; pero no sabrá despojarse de los giros de su idioma y de sus idiotismos nacionales. Dichos giros han envejecido con él y se han, en cierto modo, asimilado con su pensamiento. ¡Con cuánta mayor razón debe de suceder así tratándose de los pueblos considerados en su conjunto! Es por esto que, en la clasificación de las lenguas, las consideraciones gramaticales son mucho más importantes que las lexicográficas.

renunciar á las tentativas por las cuales la antigua filología se empeñaba en derivar una de otra las partes de la oración. Todas estas partes son primitivas; todas coexistieron en la lengua de los patriarcas de cada raza, menos distintas, sin duda, pero con el principio de su individualidad. Mejor sería suponer los más complicados procedimientos desde un principio que crear el lenguaje palabra tras palabra, fragmento tras fragmento, y admitir que un solo momento no representó en su armonía el conjunto de de las facultades humanas. La gramática de cada raza (y la gramática constituye la parte esencial de una lengua) ha sido creada desde un principio. El molde de un idioma una vez construído constituye una individualidad indestructible, un término fijo, imposible apenas de franquear después. «Resulta, dice M. de Humboldt, que por grandes que sean los cambios de una lengua bajo muchos conceptos, el verdadero sistema gramatical y lexicográfico de la lengua y su estructura en general permanecen las mismas, y que en el límite en que este sistema se transforma, como el paso de la lengua latina á las romanas, se debe colocar el origen de una nueva lengua. Las lenguas parecen pues haber pasado por una época en que su forma ya no ha cambiado más en su esencia. Este

debe ser su verdadero punto de madurez; pero, para hablar de su infancia, sería necesario saber aún si alcanzan esta forma insensiblemente ó si su primer paso no es quizás esta misma forma. Hé aquí una cuestión sobre la cual, dado el estado actual de nuestros conocimientos, no me atrevería á emitir opinión alguna (1)».

Poco debemos detenernos en esta duda al ver que los progresos de la filología comparada, no solamente no han hecho descubrir ninguna lengua que haya completado su sistema en una época histórica, sinó que han establecido más fuertemente que nunca la imposibilidad de revoluciones verdaderamente radicales en el seno de una lengua. Las lenguas semíticas son quizás, de todas, las que ofrecen el ejemplo más aparente de una transformación orgánica. Tal es la facilidad con que el sistema de las lenguas semíticas se presta á reducir á un estado más simple que se está tentado de creer en la existencia histórica y en la prioridad de este estado en virtud del principio, tan amenudo erróneo, de que la simplicidad es anterior á la complejidad. Desde un principio, tal idea nació en los sabios consagrados

(1) G. de Humboldt: *Lettre à Abel Rémusat sur la nature des formes grammaticales en général, et sur le génie de la langue chinoise en particulier*, pág. 72.

al estudio de las lenguas semíticas, y ha sido adoptada, al menos como probable, por Michaëlis, Adelung, Klaproth, Gesenius, G. de Humboldt y Bunsen (1). Como se trata de un hecho que, de ser adoptado, tendría para la lingüística graves consecuencias, debemos entrar aquí en algunas objeciones.

Se sabe que, en el estado actual de las lenguas semíticas, todas las raíces verbales son trílteras; el pequeño número de raíces cuadríteras que se encuentran en el hebreo, el siro y el árabe, no son raíces reales: son formas derivadas ó compuestas que nos hemos acostumbrado á considerar como palabras primitivas y simples. Y hasta las mismas raíces trílteras no parecen ser el último grado alcanzado. Entre éstas, hay, en efecto, clases enteras que sólo parecen trílteras por una ficción gramatical: tales son los verbos llamados *cóncavos* y *geminos*, que son bilíteros y monosilábicos en casi toda su conjugación. Otras clases de verbos, aunque más realmente trílteros, se distinguen por la debilidad de una de sus radicales, que, en ciertos casos, se convierte en vocal ó cesa de pronun-

(1) Para más detalles sobre este punto, léase mi *Histoire générale des langues sémitiques*, t. I, c. III, § I y t. V, c. II, § I.—Véase también Wiseman, disc. citado, 2.ª parte.

ciarse: tales son los verbos llamados *débiles ó imperfectos*. En fin, los verbos que son constantemente trílteros, no dejan, por eso, de ser susceptibles de análisis. Entre sus tres radicales, hay casi siempre una más débil que las demás y que parece relacionarse menos esencialmente á la significación en sí. Se llega pues así á representarse cada raíz semítica como esencialmente compuesta de dos letras radicales. Los monosílabos bilíteros obtenidos por este análisis habrían servido, en la hipótesis expuesta, de tronco común á los grupos enteros de radicales trílteras que ofrecen todas una misma significación, modificada por la adición de la tercera letra. Serían, en cierto modo, los elementos primitivos é irreductibles de las lenguas semíticas. En efecto, casi todas las radicales bilíteras están formadas por onomatopeya, y, si debe de ensayarse establecer algunas relaciones entre la familia indoeuropea y la semítica, es ciertamente en este punto que es preciso buscarlas.

El sistema de lengua simple, monosilábica, sin categorías gramaticales bien acentuadas, al cual se llega de esta suerte, parece, á simple vista, deber de ser considerado como lógicamente anterior al sistema actual de las lenguas semíticas. ¿Pero, puede sentarse la hipótesis de

que estas lenguas hayan realmente atravesado un estado tal? Hé aquí sobre lo que, el espíritu prudente, convencido de que no sabrá adivinar *a priori* las vías infinitamente múltiples del espíritu humano, se abstendrá de emitir su opinión. ¿Cómo concebir, en efecto, el paso del estado monosilábico al estado tríltero? ¿Qué causa asignar á esta revolución? ¿A qué época atribuirla? ¿Sucedió, como lo confesaban ingénuamente los antiguos lingüistas, cuando las ideas se multiplicaron y se sintió la necesidad de establecer más diferencias, ó, como Gesenius se inclinaba á creer, en el momento de la introducción de la escritura? ¿Fué por casualidad ó de común acuerdo que se hizo esta innovación gramatical? Es necesario abstenerse ante las imposibilidades que sugieren al espíritu tales hipótesis. El paso del estado monosilábico al tríltero es de los que hubieran sido imposibles sin un alto grado de reflexión. Las únicas lenguas monosilábicas que conocemos, las del este del Asia, no han traspado jamás libremente su estado. Nada hay, por consiguiente, que autorice á transformar en hecho histórico la hipótesis del monosilabismo primitivo de las lenguas semíticas (1). Tal hipó-

(1) Dos hebraizantes alemanes, MM. Fürst y Delitzsch, se han recientemente resuelto en favor de la teoría de las raíces bilíteras, apo-

tesis sólo es en el fondo una manera cómoda de representarse los hechos, y la filosofía general no está obligada á modificar por esta aparente excepción sus principios mejor establecidos.

Hemos demostrado, según mi parecer, que el hombre no da fin á su lenguaje hasta tanto no lo invente conscientemente. No obstante, con todo y mantener que el lenguaje primitivo poseía los elementos necesarios á su integridad, estamos muy lejos de pretender que los mecanismos de una edad más avanzada existían ya en su completo desarrollo en el lenguaje primitivo, y sí sólo sostenemos que todo debió de estar en él confundidamente y sin distinción. Sólo el tiempo y los progresos del espíritu humano podían operar el discernimiento en una síntesis tan oscura, asignando á cada elemento su papel individual. En una palabra, la condición de la vida era ahí co-

yando en ella un nuevo sistema de filología y de exégesis. No sabemos ver en ello otra cosa que un juego pueril en el análisis de raíces y en las aproximaciones ensayadas por dichos dos sabios. Las raíces son en filología lo que los cuerpos simples en química. Sin duda que nos es dado creer que tal simplicidad es sólo aparente y que no oculta una composición íntima; pero el descubrimiento de tal composición está prohibido á la ciencia, porque el objeto que se trata de analizar está cerrado á todo medio de investigación. Las raíces de las lenguas se nos presentan, sino como unidades absolutas, al menos como hechos constituidos, más allá de los cuales es imposible que la filología pueda llegar, sin incurrir en las mismas faltas que la alquimia.

mo en todas partes, la evolución del germen primitivo y sintético, la distribución de las funciones y la separación de los órganos. Las lenguas, como los productos organizados por la naturaleza, están sujetas á la ley del desarrollo gradual; pero tal desarrollo no es ninguna condición grosera y operándose por el exterior. Las lenguas viven del mismo modo que el hombre y la humanidad que las habla, es decir, en un *fieri* continuo; se descomponen y recomponen sin cesar por una especie de vegetación interior y de circulación de fuera á dentro. La semilla que se siembra encierra potencialmente todo lo que un día será el sér; el germen se desarrolla, las formas van constituyéndose en sus regulares proporciones, lo que era potencia se transforma en acto; pero nada se ha creado, nada se ha añadido al vegetal: tal es la ley de todos los seres sometidos á las condiciones de la vida. La ley del lenguaje fué pues la misma; los primeros ensayos por los cuales el hombre procuró determinar sus vagas percepciones sólo fueron rudimentarios, pero este rudimento contenía todos los elementos del progreso ulterior. Había una gran distancia de la expresión sintética y oscura, en la cual envolvíase el pensamiento primitivo, á la perfecta claridad del instrumento que el espíritu

moderno se ha creado; pero, después de todo, el ejercicio actual del pensamiento difiere más profundamente aun del pensamiento de los primeros hombres, sin que debamos admitir por eso la hipótesis de un principio nuevo añadido al sistema general del espíritu humano.

Nada prueba mejor esta savia interior del lenguaje que la comparación de los dialectos en el seno de una misma familia cuya unidad no pueda ser disputada. Insistamos de nuevo en el ejemplo de la familia semítica; el parentesco de los diferentes idiomas que la componen demuestra: 1.º, que estos idiomas se han desarrollado en condiciones muy desiguales, y 2.º, que son los que han existido por más tiempo y han podido por lo tanto enriquecerse de los progresos de un gran número de siglos. Así, el hebreo hubiera indudablemente llegado á un sistema de formas análogas á las del árabe, si hubiese atravesado las mismas circunstancias de tiempo y de progreso que éste. El hebreo posee en germen todos los procedimientos que constituyen la riqueza del árabe; pero detenido mucho antes que éste en su desarrollo, no ha podido dar á sus procedimientos la extensión y la regularidad de que eran susceptibles. El hebreo rabínico es una prueba de ello: esta lengua artificial y escolástica

ha llegado á satisfacer necesidades racionales bastante avanzadas; solamente que en todo idioma en que el pueblo no tome parte activa el desarrollo, en lugar de ser un progreso, constituye un verdadero caos.

Esta es la razón del porqué las lenguas son consideradas decididamente en la categoría de las cosas vivientes. De una parte, en efecto, hay un molde impuesto, del que cada idioma, sean cuales fueren sus variaciones, no puede salirse jamás; y de otra, dicho molde es bastante amplio para que pueda sufrir aquél considerables movimientos y perpetuas vicisitudes. El ser organizado, no obstante haber, por una íntima asimilación, renovado sus partes constitutivas, es siempre el mismo, porque la misma forma ha presidido siempre á la reunión de sus partes; y esta forma es su alma, su personalidad, su tipo, su idea. Lo mismo sucede pues con las lenguas. Si, de un lado, los caracteres de familia son inmutables; si es verdad, por ejemplo, que una lengua semítica no sabría por ninguna serie de evoluciones alcanzar los procedimientos esenciales de las lenguas indoeuropeas, de otro lado, en el interior de las familias, pueden también operarse vastas metamorfosis, nó de forma, sinó de fondo. Las familias se nos presentan como tipos constituídos de

una vez para siempre y reducidas á destruirse ó á permanecer tal cual son. Al contrario, cada lengua en particular puede desarrollarse según su genio propio y, sin salirse del tipo general á que pertenece, sufrir las modificaciones impuestas por el tiempo, el clima, los sucesos políticos, las revoluciones intelectuales y religiosas. Nada menos filosófico que hacer de una vez para siempre la estadística de una familia de lenguas y considerar los idiomas que la constituyen como individualidades idénticas á sí mismas durante toda su existencia. Cada uno de estos grupos naturales se parece á un cuadro en que la masa de los colores, fundiéndose uno en otro, se mezclasen, se absorbiesen, se limitasen por degradaciones insensibles;—ó mejor aún, á una vegetación sobre un tronco común, en que la rama aislada, asimilándose sucesivamente las partes que han servido para la vida del conjunto, crece y florece ó se atrofia y muere, según que las causas diversas que obran en ella favorezcan ó priven su desarrollo.

V

Así, desde su primera aparición, el lenguaje fué tan completo como el pensamiento humano que representaba; pero sus partes confusas esperaban algunos siglos para su perfecto desarrollo. Es difícil, dado el estado actual de los estudios filológicos, trazar con precisión los caracteres de la lengua que el hombre creó, cuando el despertar de su consciencia. Pero dichos caracteres debieron ser, sin embargo, muy diversos si el lenguaje, como lo hacen suponer sólidas inducciones, se produjo paralelamente en fracciones distintas de la humanidad. Existen no obstante algunos rasgos de la espontaneidad primitiva que el estudio de las lenguas, ayudado de una sana psicología, nos permite determinar.

El primero de ellos fué sin duda el papel predominante que jugó la sensación en la creación, ó, por mejor decir, en la elección del signo. Al

igual que el espíritu humano reviste sus primeras percepciones, no de la forma general, que sólo se obtiene por medio de la eliminación y del análisis, sino de la forma particular, la cual se manifiesta en un sentido más sintético, pues que encierra un dato accesorio confundido con la verdad absoluta, al igual, digo, las lenguas primitivas, ignorando casi por completo la abstracción, dieron una forma eminentemente concreta á la expresión del pensamiento. Sin duda alguna, la razón pura se reflejaba en ellas como en todos los productos de las facultades humanas. El más humilde ejercicio de la inteligencia implica las nociones más elevadas. Igualmente la palabra, en su estado más simple, suponía categorías transcendentales y absolutas; pero todo estaba expresado en una forma derivada de la sensación, lo que revela de una manera asombrosa el estudio de las lenguas más antiguas. Mientras que su sistema gramatical encierra una metafísica muy elevada, se ve en todas partes, en las palabras, transformarse una concepción material en símbolo de una idea. Parece que el hombre primitivo no vivía casi en sí mismo y sí solamente confundido con el mundo, del que se distinguía apenas. «El hombre, ha dicho M. Maine de Biran, de buenas á primeras no se separa

de los objetos de su representación; existe por entero fuera de sí mismo; la naturaleza y él son una misma cosa (1).» Así, *enagenado por sí mismo*, se transforma, como dice Leibnitz, en el espejo concéntrico en que se refleja la naturaleza de que forma parte. ¿Quién podría hoy, en nuestro estado reflexivo, con nuestros refinamientos intelectuales y nuestros groseros sentidos, volver á la antigua armonía que existía entonces entre el pensamiento y la sensación, entre el hombre y la naturaleza?

El lenguaje primitivo fué pues el producto común del espíritu y del mundo: considerado en su forma, era la expresión de la razón pura; en su fondo, sólo el reflejo de la vida sensible. Los que han pretendido deducir el lenguaje exclusivamente de la sensación se han engañado igual que los que han asignado á las ideas un origen puramente material. La sensación sólo ha producido el elemento variable y accidental, que hubiera podido ser completamente distinto de lo que es, es decir, la palabra: pero la forma racional, sin la cual las *palabras* no hubieran constituido jamás una *lengua*, ó, en otros términos, la *gramática*, es el elemento puro y transcendente

(1) T. III de su *Œuvres*, p. 42-43.

que da á la obra un carácter verdaderamente humano. El error del siglo XVIII fué el tener apenas en cuenta la gramática en sus análisis de la oración. Los sonidos solos no forman lengua alguna, como las sensaciones solas no forman un hombre. Lo que constituye el lenguaje como el pensamiento, es el lazo lógico que el espíritu establece entre las cosas. Una vez reservado á la inteligencia este elemento superior, que constituye la originalidad del espíritu humano, se puede sin escrúpulo alguno abandonar al mundo inferior todo lo que no hace más, por decirlo así, que echar materia á los moldes preexistentes de la razón.

La *traslación* ó la *metáfora* ha sido de esta suerte el gran procedimiento para la formación del lenguaje. Una analogía ha sugerido otra y así el sentido de las palabras ha variado de la manera más caprichosa en apariencia: y hasta amenudo debe haber desaparecido la significación primitiva, dejando sólo subsistentes las acepciones derivadas. De ahí, en el seno de una familia de lenguas, la diversidad extraordinaria que hace que idiomas derivados evidentemente de un mismo tronco, tales como el francés, el alemán, el ruso, el indostánico, el persa, etc., habiendo divergido cada vez más, no se reco-

nozcan ya, y que sólo una ciencia profunda pueda establecer su parentesco. Cada pueblo se apropió en la creación del lenguaje metáforas de relaciones diversas, según su carácter íntimo y la naturaleza que le rodeaba; las analogías que han conducido al hombre del norte no han sido las mismas que ha presidido á la asociación de ideas del del mediodía, y así se ha formado un extraño tejido de derivaciones, en algunas de ellas absolutamente inextricable hoy.

Tomemos por ejemplo el hebreo, que representa un estado muy antiguo del lenguaje. Parece que el fenómeno que ha ocasionado la creación de las radicales de esta lengua, y en general de todas las semíticas, ha sido casi siempre físico. «Estoy conforme, dice Herder, en que el pensador abstracto no encuentre la lengua hebrea muy perfecta; pero su forma activa hace que sea muy favorable al poeta. Todo en ella nos dice: ¡Vivo, me muevo, obro; yo no he sido creada para el pensador abstracto, para el filósofo profundo, y sí sólo para los sentidos, para las pasiones!... La lengua hebrea, añade, es enérgica, pero sería injusto decir que es grosera. Lo repito, las palabras más rudamente expresadas son imágenes y sensaciones; la lengua ha sido creada, es verdad, por pechos profundos y órganos nuevos y

robustos, pero bajo un cielo puro y ligero, y por una imaginación viva y penetrante, que, asiendo siempre la cosa en sí, la marcó con el sello de las pasiones (1).» En efecto, si se recorre la serie de las raíces que nos han quedado de dicha lengua, apenas se encuentra una sola que no ofrezca un primer sentido material, el cual, por pasajes desviados, ha sido aplicado á las ideas morales.

Se trata, por ejemplo, de describir un sentimiento del alma; el hebreo ha recorrido al movimiento orgánico que ordinariamente es su signo. Así, la *cólera* se expresa de una infinidad de maneras igualmente pintorescas, y todas derivadas de acciones físicas. Tan pronto la metáfora está tomada del *rugido* rápido y animado que la acompaña (2), como del *calor*, del *hervor*; tan pronto de la acción de *romper* con estrépito, como del *temblor*, de la *espuma* que sale de la boca del animal furioso. El *desfallecimiento*, la

(1) *Esprit de la poésie des Hébreux*, Dial. 1 y 10.

(2) Una misma palabra significa *nariz* y *cólera* en hebreo. Esta misma imagen se encuentra también en los griegos. Καὶ οἱ αἰεὶ ὀριμεῖα κολὰ ποτὶ ῥῖνι κἀθηται (Teócr. *Idil.*, I. v. 48).—Τοῦ δ' ὠρίνετο θυμός, ἀνὰ ῥῖνας δέ οἱ ἴδῃ Δριμὸς μένος προὔτυψε (Odís. XXIV, 318).—*Ira cadat naso* (Perseo, *sát.* V, 91.—Πρᾶος τὴν ῥῖνα..... τῆς ῥίνος οὐδέν κολῶδες (Filóstr. *Icon.* II, 11 y 12).—Cf. Winckelmann, *Hist. de l'art.* t. I, 1, IV, c. 3.

desesperación son siempre expresados en hebreo por la *licuefacción* interior, la *disolución del corazón*; el *temor* por el *relajamiento de los riñones*. El *orgullo* se traduce por la *elevación de la cabeza*, el cuerpo altanero y tieso. La *paciencia* es la *longitud* (longaminidad): la *impaciencia*, la *brevedad*. El *deseo* es la *sed* ó la *palidez*. El *perdón* se traduce por una infinidad de metáforas tomadas de la idea de *cubrir*, ocultar, borrar una falta por medio de una capa que la cubra. El libro de Job es todo entero un modelo de esa manera de expresar delicadísimos sentimientos religiosos por imágenes sensibles. *Mover la cabeza*, *mirarse unos á otros*, *dejar caer los brazos*, etc., son maneras que el hebreo prefiere para traducir el *desdén*, la *indecisión*, el *abatimiento*, á las expresiones puramente psicológicas. Hasta puede decirse que el hebreo está completamente faltado de éstas. Cuando emplea palabras que el uso ha consagrado ulteriormente al sentido moral, prefiere añadir á ellas la pintura de las circunstancias físicas: «Se encolerizó y su rostro se inflamó (1)»;... «abrió la boca y dijo»... etc.

(1) «Se encolerizó y su rostro se puso...» (Gén. III, 5), para expresar una indignación concentrada.

Otras ideas más ó menos abstractas han recibido signo, en la misma lengua, por un procedimiento parecido. La expresión de lo *verdadero* está deducida de la solidez, de la estabilidad; la de lo *bello* del esplendor, la del *bien*, de la rectitud ó del olor; la del *mal*, de la desviación, de la línea curva ó del hedor. *Hacer* ó *crear*, es primitivamente *tajar, cortar; decidir* algo es *dividir* (1); *pensar* es *hablar*, como en cierto pueblo de la Oceanía, que *pensar* se traduce por *hablar para el vientre* (2). El *hueso* significa la substancia, la intimidad de una cosa, y sirve en hebreo de equivalente al pronombre *ipse*.

Todas las lenguas presentarían igualmente hechos análogos, con grados diversos de evidencia, según hubiesen permanecido más ó menos fieles al espíritu primitivo. Así, en nuestra lengua, las palabras *propensión, inclinación, aversión*, y muchedumbre de otras expresan estados del alma por actitudes del cuerpo. En griego, *ἐπιεμαι, ὀρέγομαι, desear*, significan propiamente *ir hacia, extenderse hacia*. *πλημμελέω*, sig-

(1) El sentido de las palabras *decidir* (en alemán *entscheiden*), *μειρομαι (εἰμαρμένη), κρίνειν, discernere* está fundado en la misma metáfora.

(2) Gesenius, *Lexicon manuale*, pág. 75.—*Journal des Savants*, 1817, pág. 433 y sig.

nifica *cantar falso* (*πλημμελέω*), y en consecuencia *cometer una falta*. El *soplo* en todas las lenguas ha sido sinónimo de la *vida*, á la cual sirve de signo físico. Es un caso bien digno de reflexión el que los términos más abstractos de que se sirve la metafísica tengan todos una raíz material, aparente ó nó, en las primeras percepciones de una raza sensitiva (1). El verbo *ser*, del cual M. Cousin decía osadamente en 1829 (2): «No conozco lengua alguna en que la palabra francesa *être, (ser)*, se exprese por otra correspondiente que represente una idea sensible»; el verbo *ser, digo*, en casi todas las lenguas, se deriva de una idea sensible. La opinión de los filólogos que asignan al verbo hebreo *haia* ó *hawa (ser)*, la significación primitiva de *respirar*, y buscan en esta palabra señales de onomatopeya, no deja de parecer cierta. En árabe y en etíope, el verbo *kâna*, que tiene la misma significación, significa primitivamente *tenerse en pié (exstare)*. *Kum (stare)* en hebreo tiene el significado, junto con sus derivados, de *sér (substancia)* (3). En cuanto

(1) Locke, *Essai*, I, III c. I, § 5.—Leibnitz, *Nouv. Essais sur l'entendement humain*, I, III, c. I, § 5. Compárese una curiosa disertación de M. Pott, en la *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung* de MM. Aufrecht y Kuhn, t. 11, pág. 101 y sig.

(2) *Cours* de 1829, 29.ª lección.

(3) Gesenius, *Thes.* s. h. v.

á las lenguas indoeuropeas, han compuesto el verbo sustantivo con tres verbos diferentes (1): 1.º *as* (sánser. *asmi*, ἐμμι, εἰμι, *sum*); 2.º *bhû* (φύω, *fui*, alem. *bin*, persa *buden*); 3.º *sthâ* (*stare*, persa *hestem*), convertido en parte del verbo *ser*, al menos como auxiliar, en las lenguas modernas de la India y en las lenguas romanas (*stato*, *été*) (2). De estos tres verbos, el tercero es notoriamente un verbo físico y significa *tenerse en pié* (3). El segundo parece haber tenido el sentido primitivo de *soplar* (4). En cuanto al primero, parece relacionarse al pronombre de la tercera persona (5); pero este pronombre mismo, por más abstracto que sea, parece relacionarse igualmente á un sentido concreto en su origen.

Tales transformaciones en las ideas, fundadas en tan agudas analogías, nos asombran porque ya no caben en el espíritu humano de nuestros días. Debemos necesariamente admitir en los primeros séres parlantes un sentido especial de la naturaleza, que daba á todo su significación, que veía el alma en el exterior y viceversa. Se-

(1) Cf. Bopp, *Conjugationssystem der Sanskritsprache*, pág. 88 y sig.—Benfey, *Griechisches Wurzellexicon*, I, 24 y sig., II, 105 y sig.

(2) Debe mencionarse además el español *sido de situs*.

(3) Bopp, *Glossarium sanscritum*, pág. 387.

(4) Pott, *Etymologische Forschungen*, I, pág. 217.

(5) *Ibid.*, pág. 273.

ría una verdadera aberración considerar como un grosero materialismo, sin comprender, sin sentir más que el cuerpo, el estado sensitivo en que vivieron los creadores del lenguaje: al contrario, vivían en un alto grado de armonía, gracias á la cual el hombre primitivo veía el uno en el otro, expresaba el uno por el otro los dos mundos abiertos delante de él. El paralelismo entre el mundo físico y el intelectual fué el rasgo distintivo de las primeras edades de la humanidad. Tal es la razón de los símbolos, transportando al dominio de las cosas religiosas el procedimiento empleado para el desarrollo del lenguaje; tal es la razón de la escritura ideológica, dando cuerpo al pensamiento y aplicando á la representación escrita de las ideas el mismo principio que presidió á su representación por los sonidos. En efecto, el sistema de nomenclatura que hemos descrito ¿es otra cosa que un simbolismo, un jeroglifismo continuo, y todos esos hechos no se agrupan para atestiguar la estrecha unión que, en su origen, existía entre el alma y la naturaleza?

Sin embargo, como un tal estado estaba lejos de excluir el ejercicio de la razón, pero que la tenía solamente encerrada en imágenes concretas, creemos deben de admitirse como primitivas en su

significación varias palabras que corresponden á categorías esenciales del espíritu, y sin las cuales los mismos datos de la sensación serían incompletos, como son ciertos pronombres y ciertas partículas simples (1). No es que pretendamos que el origen de esas palabras sea absolutamente inmaterial y que no se oculte en ellas una especie de onomatopeya subjetiva, por decirlo así; solamente decimos que la razón de su formación ha podido estar en el hombre mismo y nó en el exterior. Estas palabras, en efecto, pertenecen tanto á la gramática como á la lexicología; y la gramática es por entero obra de la razón y nó del exterior. La distinción entre las palabras *llenas* y las *vacías*, que dominaba la antigua gramática (2), encuentra aquí su perfecta

(1) Algunos filólogos han creído encontrar la razón del *vav*, que en todas las lenguas semíticas corresponde á la conjunción copulativa *y*, en el sentido de la palabra *vav* como sustantivo, que significa *gancho*, *clavija*. Tales conjeturas son al menos tan verosímiles como las que relacionan μέν con μένω y ὅς con ὄξω. Cf. Hoogeveen, *Doctrina particularum linguæ græcæ*, c. 14 y 20. Consúltense también las disertaciones de M. Bopp: *Ueber einige Demonstrativstämme und ihren Zusammenhang mit verschiedenen Präpositionen und Conjunctionen im Sanskrit und den mit ihm verwandten Sprachen* (Berlín, 1830), y *Ueber den Einfluss der Pronomina auf die Wortbildung im Sanskrit und den mit ihm verwandten Sprachen* (Berlín, 1832).

(2) *Grammaire générale* de Port-Royal, 2.^a parte, cap. 13, 23.—Cf. Aristóteles, *Poét.*, cap. XX.

aplicación. Las primeras, que podríamos llamar *objetivas*, designando cosas y constituyendo por sí mismas un sentido, han tenido todas por causa de su aparición un fenómeno exterior; las segundas que podríamos llamar *subjetivas*, no designando más que una relación ó una mira del espíritu, han debido casi siempre tener una causa puramente psicológica. Una vez hecha esta reserva, ó, mejor dicho, esta distinción, la ley general que hemos establecido conserva su perfecta verdad.

VI

Hemos ensayado de demostrar cómo, en la designación de las ideas metafísicas y morales, la humanidad primitiva se dejó guiar por las analogías del mundo físico. Pero, ¿qué ley siguieron las primeras nomenclaturas en la expresión de las mismas cosas físicas? La imitación ú onomatopeya parece haber sido el procedimiento ordinario por el cual se formaron los apelativos. Siendo á la vez la voz humana *signo* y *sonido*, es natural que se tomase el sonido de la voz por signo de los sonidos de la naturaleza. De ahí resulta que, como la elección del apelativo no es arbitraria y nunca se decide el hombre sin más ni más á asimilarse sonidos para convertirlos en signo de sus ideas, no existe un solo signo que no haya tenido su razón suficiente y no se relacione, á través de mil transformaciones, á una elección primitiva. Así pues, el motivo determi-

nante de la elección de las palabras ha debido de ser, en la mayoría de casos, el deseo de imitar el objeto que se quería expresar. El instinto de ciertos animales basta para llegar á este género de imitación, que, por falta de principios racionales, permanece en ellos infecuoado.

El lenguaje de los primeros hombres solo fué pues, en cierto modo, el eco de la naturaleza en la consciencia humana. Las sensaciones primitivas han sido profundamente borradas y sería hoy día imposible, en la mayor parte de lenguas, hallar los sonidos á los cuales debieron su origen; no obstante, ciertos idiomas conservan aún por fortuna las huellas de los procedimientos que presidieron á su creación. En las lenguas semíticas y en el hebreo en particular, la formación por onomatopeya es muy sensible en un gran número de raíces, y sobre todo en las que conservan su carácter antiguo y monosilábico. Aunque más rara y difícil de descubrir en las lenguas indoeuropeas, la onomatopeya alcanza aún las ramas primitivas más cultivadas de esta familia, de tal modo que los primeros que, entre los griegos, decantaron sus flexiones hacia el lenguaje, dejáronse llevar de ella y fueron arrastrados al sistema peligroso de la unión esencial entre la

palabra y el sonido (1). ¿Podía, por ejemplo, expresarse la *rotura* de un modo más pintoresco que por la raíz *ράγ* (*ρήγνυμι, ρήσσω, ῥώξ*); sánscrito: *rug*; celto-bretón: *rogan*; ó por su forma latina *frac*, aleman: *brechen* (2)? ¿Las voces *frem. strep, strid*, no son igualmente la pintura natural del ruido en sus diversos grados? Los antiguos filólogos han reunido numerosos ejemplos de este modo de imitar en nuestras lenguas occidentales (3).

Se objetará en vano contra esta teoría la diferencia de las articulaciones por las cuales los diversos pueblos han expresado un hecho físico idéntico. En efecto, un mismo objeto se presenta á los sentidos de mil maneras, entre las cuales cada familia de lenguas elige á su gusto la que le

(1) *Τὰ γὰρ ὀνόματα μιμητικά ἐστί* (Arist., *Retór.* 1, III, c. 1, § 2). La cuestión, célebre en las escuelas de la antigüedad: *Φύσει τὰ ὀνόματα ἢ θέσει*, era generalmente resuelta en el sentido de *φύσει*, pero amenudo por razones bien frívolas. (Véase Auli Gellii, *Noct. Att.*, 1, X. c. V.) Cf. Egger, *Apollonius Dyscole*, pág. 62 y sig.; Lersch, *Sprachphilosophie der Alten*, 1.^a parte.

(2) La raíz *frac, brach*, es idéntica á la raíz *ράγ*. La *f* y la *b* inicial representan la aspiración inseparable de la *r*, indicada en griego por el espíritu fuerte ó digamma. Igual sucede con el *βράχος* eólico por *ῥάχος*. Benfey, *Griech. Wurzellex.*, II, pág. 14.

(3) Leibnit, *Nuevos Ensayos*, lib. III, c. 1 y 2.—Véanse también los trabajos de la escuela holandesa, Dan. de Lennep, *Observationes ad Lennep, De Analogia*, págs. 256, 280 y 439.

parece característica. Tomemos como ejemplo el trueno. Por bien determinado que sea tal fenómeno, impresiona al hombre de muy diversas maneras y puede ser igualmente descrito ó como un ruido sordo, ó como un estallido ó bien como una súbita explosión de luz, etc. De ahí una multitud de denominaciones: Adelung dice haber descubierto más de 353, todas derivadas de las lenguas europeas y todas evidentemente fundadas en la naturaleza. Añadamos que si en muchos casos la onomatopeya no es más sensible es debido á ciertas particularidades de organización ó de pronunciación que dan á las articulaciones un valor diferente en boca de pueblos diversos. La palabra china *lei* no imita aparentemente en nada el ruido del trueno, pero, no obstante, se le parece si se considera que la *l* representa *r* (*rei*), en el idioma mandarín. Igual sucede con el groenlandés *kallak* (*karrak*) y el mejicano *tlatlatnitzel* (*tratrtnitser*) (1).

Por estas raíces imitativas se opera en apariencia la reunión de familias de lenguas profundamente distintas respecto al léxico y á la gramática. El mismo procedimiento ha dado igual

(1) Cf. Adelung, *Mithridate*, t. I, preliminares, pág. XIV. Comp. F. Grimm, *Ueber die Namen des Donners* (Berlin, 1855).

resultado en varios puntos á la vez, y la unidad del objeto ha creado en consecuencia la unidad de la imitación. Por este motivo, la radical *lh* ó *lk* sirve de base á una familia de palabras muy extendida, que se encuentra en las lenguas semíticas é indoeuropeas para expresar la acción de lamer ó tragar. Hebreo: *luah* (tragar), *lahak* (lamer); siro: *lah* (lamer); árabe: *lahika* (lamer); sánscrito: *lih* (lamer), *lak*, *lag* (gustar); *λείω*, *lingo*, *ligurio*, *lingua*, *lechen*, *to lick*, *leccare*, *lécher* (1). Igual sucede con la radical *grf*, indicando la acción de coger, *kr* indicando el grito, etc.

Sería demasiado riguroso exigir al lingüista la justificación de la ley de onomatopeya en cada caso particular. ¡Existen tantas relaciones imitativas que escapan á nuestras percepciones y que impresionaban vivamente al hombre primitivo! La sensibilidad era en éste tanto más delicada cuanto menos desarrolladas eran sus facultades racionales. Los sentidos del salvaje percibían mil sensaciones que escapan á los sentidos ó mejor á la atención del hombre civilizado. Poco familiarizados en la naturaleza, sólo vemos uni-

(1) Cf. Gesenius, *Lexicon man.*, págs. 527, 529; Bopp, *Glossarium sanscritum*, págs. 301, 283; Pott, *Etymol. Forschungen*, I, pág. 283; Benfey, *Griech. Wur.* II, pág. 28.

formidad en los accidentes en que los pueblos nómadas y agrícolas vieron numerosas diversidades. Debido á ello, la lengua hebrea, no obstante y ser muy pobre, posee una gran variedad de palabras para expresar los objetos naturales, como la lluvia, etc. En árabe, esta riqueza de sinónimos llega á un grado casi increíble. Un filólogo árabe escribió un libro sobre los nombres del león, en número de 500, y otro sobre los de la serpiente, en número de 200. Firuzabadi, el autor del *Kamus*, dice haber escrito un libro sobre los nombres de la miel y confiesa que los encontró en número de 80 y que aun existen otros más. El mismo autor asegura que existen al menos 1000 palabras para significar la espada, y otros autores, (lo que puede creerse aún más) han encontrado más de 400 para expresar la desgracia (1). Sin duda, la leyenda puede haber tenido su parte en estos datos (2); pero un trabajo que no permite ninguna duda acerca la exhuberante sinonimia del árabe es el de M. de Hammer, quien, en una memoria especial (3), ha enumerado una tras otra

(1) Pococke, *Specimen hist. Arabum*, pág. 158 (ed. White).

(2) M. de Hammer me escribía que un examen profundo del *Kamus* le hizo considerar estos datos como anécdotas hiperbólicas.

(3) *Das Kamel* (Mem. de la Acad. de Viena, clase de filosofía é his-

las palabras relativas al camello y ha encontrado 5744. El lapón cuenta igualmente unas 30 palabras para designar el rengífero según su sexo, su edad, su color, etc. El antiguo sajón poseía, según se dice, más de 15 para designar el mar, que no obstante no ofrece variedades específicas.

Debe admitirse en los primeros hombres un tacto delicado que les hacía comprender, con una precisión de que no podemos formar idea, las cualidades de las cosas susceptibles de servir de motivo á las denominaciones. La facultad de interpretación, que no es más que una sagacidad extrema en comprender las relaciones, estaba en ellos más desarrollada que en nosotros: veían mil cosas á la vez. No teniendo ya nada que crear en el lenguaje, hemos en cierto modo olvidado el arte de dar nombres á las cosas, pero el hombre primitivo poseía esta facultad que el niño y el hombre del pueblo ejercitan aún con tanta ingenuidad y osadía. La naturaleza les hablaba más que á nosotros, ó mejor, encontraban en sí mismos un eco secreto que respondía á todas las voces del exterior y las traducía en articulaciones, en palabras. De ahí esos bruscos pa-

toria, t. VII). Los nombres de vestidos árabes, tan sabiamente recogidos por M. Dozy, en una obra muy extensa y no obstante incompleta, son otro ejemplo del mismo género.

sos en que la razón se pierde para nosotros, acostumbrados á procedimientos lentos y penosos. ¿Cómo es posible posesionarse hoy día de las impresiones fugitivas de los ingénuos creadores del lenguaje por el examen de palabras que han sufrido tantos y tantos cambios y que están ya tan lejos de su acepción original? ¿Quién es capaz de descubrir los caminos caprichosos que siguió la imaginación y las asociaciones de ideas que la guiaron, en esa obra espontánea, en que tan pronto el hombre, tan pronto la naturaleza, reanudaban el hilo roto de las analogías y cruzaban su acción recíproca en indisoluble unidad?

Sin embargo, no debe creerse que la imitación por onomatopeya haya sido el único medio empleado por los primeros nomencladores. Muchísimos otros procedimientos, actualmente perdidos, ó reducidos á una insignificante influencia y como en estado rudimentario, debieron contribuir al trabajo de la formación del lenguaje. Ninguna costumbre más funesta para la ciencia existe que la de reducir todos los hechos á una misma explicación y elevar el edificio entero de una teoría sobre una base única. «En lo que hace referencia á las lenguas, dice M. de Humboldt, es necesario guardarse de formular aseveraciones generales.»—«Es una suposición gratuita y verda-

deramente errónea, dice Fr. Schlegel, la de atribuir á todo un origen idéntico al del lenguaje y al desarrollo del espíritu humano. La variedad respecto á este punto es, al contrario, tan grande que, de todas las lenguas, apenas se encontraría una sola que no pudiese ser empleada como ejemplo para confirmar una de las hipótesis formuladas sobre el origen de las lenguas (1).» Así la onomatopeya está lejos de encontrarse en el mismo grado en todas las lenguas. Si, por una parte, domina casi exclusivamente en las razas sensitivas, como en las semíticas, subsiste, por otra, mucho menos en las lenguas indoeuropeas. El sánscrito posee ciertas palabras que parecen no haber tenido nunca más que un sentido conceptual. «La lengua inda, dice aún Schlegel, es casi por entero un vocabulario filosófico ó más bien religioso... Constituye una prueba más para demostrar que el estado primitivo del hombre no ha sido en todas partes un estado análogo al del bruto, en el cual el hombre habría recibido después de largos y penosos esfuerzos, su débil é incoherente participación en la ley de la razón. Al contrario, demuestra que, si no en todas partes, al menos en la región que nos ocupa, la más

(1) *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*, parte 1.^a, c. V.

clara y penetrante inteligencia ha existido desde un principio entre los hombres. En efecto, sólo debió precisar semejante aptitud para crear una lengua que, hasta en sus más simples elementos, expresa las nociones más elevadas del pensamiento puro y universal, como asimismo el completo lineamiento de la consciencia, y nó por figuras, sinó por expresiones verdaderamente directas y claras (1).» Hay algo que rebatir en ese entusiasmo natural que se siente al principio de un estudio fecundo en resultados nuevos: el sánscrito, por ejemplo, no sabría ser más exclusivamente espiritualista que los demás miembros de la familia idoeuropea, de que forma parte (2). Es cierto, sin embargo, que cuanto más se remonta hacia la antigüedad, tanto más simple é inmediato se le encuentra. Los vedas, que nos presentan una imagen purísima del ario primitivo, ofrecen una mezcla de espíritu metafísico é imaginación, en que los instintos de nuestra raza, poetas y filósofos á la vez, se descubren con mucha originalidad.

(1) *Ibid.* Véase también *Philosophische Vorlesungen*, pág. 57 y 67-69.

(2) En sánscrito, varias palabras relacionadas á cosas intelectuales, son derivadas de imágenes físicas. Así *comprender* es *estar por encima de...* compárese el alemán *ver-stehen* y el griego *ἐπίστασθαι*, *ἐπίστασις*. La misma metáfora existe en árabe

En resumen, el capricho no ha tenido la menor parte en la formación del lenguaje. Sin duda, no puede admitirse que exista una relación intrínseca entre el nombre y la cosa. El sistema que Platón ha tan sútilmente desarrollado en su *Cratilo* (1), la tesis de que existen denominaciones naturales y que la propiedad de las palabras se reconoce por la imitación más ó menos exacta del objeto, podría todo lo más aplicarse á los nombres formados por onomatopeya, y para estos mismos, la ley de que hablamos sólo establece una correspondencia. Las denominaciones no tienen únicamente su causa en el objeto denominado (sin lo cual serían las mismas en todas las lenguas), y sí en el objeto denominado visto á través de las disposiciones personales del sujeto apelante. Nunca, para designar una cosa nueva, se elige el primer nombre que viene á mano (2);

(1) Este sistema es el de todos los pueblos primitivos. Los salvajes se muestran muy curiosos por saber el nombre de los objetos desconocidos por ellos: parecen suponer en ese nombre algo de absoluto. La misma idea se encuentra en el fondo de la experiencia de Psamético. Nuestros antepasados del siglo XIII consideraban igualmente el francés como lengua natural de todos los humanos. Uno de los historiadores de San Luis cuenta que un joven sordo-mudo de nacimiento, natural de una de las extremidades de la Borgoña, fué curado milagrosamente en el sepulcro del santo rey, y se puso incontinenti á hablar, nó la lengua de su país, sinó la de la capital. *Hist. litter. de la France*, t. XVI, pág. 159).

(2) Los curiosos ejemplos que M. Charma (*Essai sur le langage*,

al contrario, la sílaba que se adopta para ello tiene siempre su razón de ser. Nada más admirable que la potencia de expresión del niño y la fecundidad que despliega para crearse una lengua propia, antes que le haya sido impuesta la oficial. Las analogías secretas y amenudo imperceptibles por las cuales la gente del pueblo forma los apodos ó motes, los nombres de lugares y, en general, todas las palabras que no le han sido impuestas por el uso, son igualmente objeto de extrañeza por parte del observador. Al día siguiente de establecerse un ejército en país desconocido, todos los lugares importantes ó característicos tienen ya nombre, sin que haya intervenido en ello la menor convención. Lo mismo sucedió pues con las denominaciones primitivas.

París, 1846, pág. 66), ha reunido para probar lo contrario, no pertenecen en modo alguno á un lenguaje real y sí solo á una especie de *argot* ó lenguaje artificial. Así pues, el *argot* no prueba nada en contra de nuestra tesis, la cual sólo se aplica á las lenguas creadas para el uso serio de la vida. No obstante, sería fácil probar que el *argot* no es tan arbitrario en su formación como á primera vista parece. Véase Pott. *Die Zigeuner*, t. II, introd.,—y el *Essai sur les langues fourbesques* de B. Biondelli, en los *Studi linguistici* de este autor (Milano, 1856), y los *Études de philologie comparée sur l'argot*, de M. Fr. Michel (París, 1856). La química que, en cierta época, tuyo la pretensión de no dar á los cuerpos simples más que nombres desligados de toda significación, ha renunciado á ello, á causa de las ridiculeces é imposibilidades en que constantemente tropezaba.

La razón que determinó los primeros hombres á la elección puede escaparnos, pero nó por eso deja de existir. La relación entre el sentido y la palabra no es nunca *necesaria*, nunca *arbitraria*; es siempre *motivada*.

VII

Otro de los caracteres que los progresos de la filología comparada nos autorizan para asignar á las lenguas primitivas, como en general á las primeras creaciones del espíritu humano, es la síntesis y la exuberancia de las formas. Es muy corriente creer que la simplicidad, que relativamente á nuestros procedimientos analíticos es anterior á la complejidad, lo es también en el orden de los tiempos. Tal idea es un residuo de las viejas bases de la escolástica y del método artificial que los lógicos aplicaban á la psicología. De que el *juicio*, por ejemplo, se presta á descomponerse en *ideas* ó puras aprehensiones desligadas de toda afirmación, la antigua lógica concluía que la pura aprehensión precede en el espíritu al juicio afirmativo. Así pues, el juicio es, al contrario, la forma natural y primitiva del ejercicio del entendimiento: la idea, como la en-

tienden los lógicos, no es más que un fragmento de la acción total por la cual procede el espíritu humano. El primer acto que el espíritu del hombre establece, lejos de comenzar por el análisis, es obscuro, complejo, sintético; todo está en él indistinto, confuso. «Los hombres vulgares, dice Turgot, no hacen nada simple. Sólo los hombres perfeccionados pueden conseguirlo. (1)»

La formación de las categorías gramaticales constituye un ejemplo del principio que ensayamos establecer. Analizando las lenguas más antiguas, vemos como poco á poco se borran los límites de esas categorías y se llega á una raíz fundamental que no es ni verbo, ni adjetivo ni sustantivo, pero que es susceptible de transformarse en los tres. Existen también algunas lenguas que no han traspasado nunca este primer estado y que menos han logrado formarse un sistema completo de categorías gramaticales. Un ejemplo de ello es la lengua china, que no funda su gramática en la clasificación de las palabras, pero que fija por otros procedimientos las relaciones de las ideas. Tal debió suceder, según una seductora hipótesis, con las lenguas semíticas: á lo menos, es cierto que, abriéndose paso

(1) *Œuvres*, t. II, pág. 109.

bajo su forma actual, vense desvanecer todas las categorías y aparecer una radical neutra y apta para revestir todas las formas. ¿Pero, es esta una razón para afirmar que la radical pura ha en efecto precedido á la distinción de los nombres y de los verbos? Nó, ciertamente. El tema primitivo que se oculta bajo las formas derivadas, aunque constituye por sí solo la parte esencial de esas formas, no ha existido nunca en estado simple. Afirmar que en el origen del lenguaje no había nombres ni verbos es igualmente falso como afirmar que existían solos. Las ideas fueron expresadas desde un principio con todo su cortejo de determinativos y en una perfecta unidad.

La historia de los diferentes sistemas de conjugación da lugar á consideraciones análogas. En nuestras lenguas modernas, el sujeto, el verbo, como asimismo varias relaciones de tiempo, de modo y de voz, se expresan por palabras aisladas é independientes. En las lenguas antiguas, al contrario, estas ideas se acumulan muy amenudo en una palabra única y se expresan por una flexión. La sola palabra *amabor* encierra la idea de amar, la noción de la primera persona, y la del futuro y del pasivo. En alemán se representan estas cuatro nociones por cuatro palabras se-

paradas, diciendo: *Ich werde geliebt werden*. Sin duda *Εγώ ειμι λβων* sería mucho más analítico que *λβω*, y, al decir de los gramáticos, debería creerse que tal era la forma primitiva. No obstante, no es de dudar que se haya principiado por la expresión compuesta, y que el espíritu, antes de disecar el pensamiento y expresarlo parte por parte, no haya primeramente procurado traducirlo en su unidad (1). La aglutinación debió ser el procedimiento predominante en el lenguaje de los primeros hombres, como la síntesis, ó, mejor, el sincretismo fué el carácter de su pensamiento. De ahí la influencia recíproca de las palabras, gracias á la cual el período constituye un todo de partes conexas; de ahí también la sabia construcción, disponiendo las partes de la oración con tanta armonía, que la inteligencia de una de ellas supone la percepción colectiva del conjunto; de ahí, en fin, en la escritura antigua, la ausencia de puntuación, la reunión de las palabras dispuestas de tal manera que la oración parece constituir una sola proposición.

El estudio de las lenguas confirma estos re-

(1) Todo esto ha sido muy bien entrevisto, antes de la creación de la filología comparada, por Adam Smith en sus *Consideraciones sobre el origen y la formación de las lenguas*, á continuación de su *Teoría de los sentimientos morales*.

sultados de una manera decisiva. El lenguaje del niño, en apariencia más simple, es en realidad más comprensivo y limitado que el en que en la edad madura se expresan los pensamientos. Los lingüistas hanse sorprendido de encontrar, en los pueblos que pueden ser considerados como primitivos, lenguas sintéticas, ricas, complicadas hasta el extremo de llevar á las generaciones posteriores á examinar el lenguaje de sus antepasados, en la necesidad de otro más fácil (1). Así, el groenlandés sólo hace una palabra de todas las de una frase y la conjuga como un verbo simple (2). El azteca y la mayoría de las lenguas americanas abrevian de tal modo que casi se hace imposible descifrar la composición y la aglutinación de las palabras (3): cada frase de dichas lenguas no es más que un verbo en el que van com-

(1) Nadie ha expuesto esta gran ley con más desarrollo y precisión que M. Fauriel. Véase su obra póstuma: *Dante et les Origines de la langue et de la littérature italienne*, t II, 1.^a, 2.^a y 3.^a lecciones. Puede consultarse también un artículo del mismo autor en la *Revue indépendante* de 25 de Julio de 1843 y la noticia de M. Ozanam: *M. Fauriel et son enseignement* (*Correspondant*, 10 de Mayo de 1845).

(2) Cf. Balbi, *Atlas ethnographique*, tab. XXXVI.

(3) A. de Humboldt, *Vues des Cordillères*, texto, págs. 59 y 316; G. de Humboldt, *Lettre à Abel Rémusat*, pág. 52; Du Ponceau, *Mémoire sur le système grammatical de quelques nations indiennes de l'Amérique du Nord*, París, 1838. Para algunas restricciones, véase el artículo de M. Aubin sobre las lenguas americanas, en la *Encyclopédie du XIX^e siècle*.

prendidas todas las demás partes del discurso. El japonés y las lenguas del mar Pacífico dan lugar, según M. Abel Rémusat y M. G. de Humboldt, á la misma observación (1). El mongol declina un firmán entero y el sánscrito, sobre todo el de los comentadores, reemplaza la sintaxis por flexiones, declinando también en cierto modo la idea misma. El vasco, en fin, que M. G. de Humboldt considera como una de las lenguas que más fieles han permanecido al espíritu primitivo, posee hasta once modos para los verbos (2) y una prodigiosa variedad de formas gramaticales y flexiones (3).

Posible sería, estudiando una tras otra las lenguas de los países de que la humanidad tiene conocimiento, comprobar la marcha del lenguaje de la síntesis al análisis, que es la marcha general del espíritu humano. En todas partes la lengua antigua ha desaparecido para dejar paso á un idioma vulgar, que, á decir verdad, no constituye ninguna lengua diferente y sí sólo una edad diferente de la lengua precedente. El

(1) G. de Humboldt, *Lettre à Abel Rémusat*, pág. 74.

(2) Indicativo, consuetudinario, potencial, voluntario, forzado, necesario, imperativo, subjuntivo, optativo, penitudinario é infinitivo.

(3) Véase el Ensayo sobre el vasco, por G. de Humboldt á continuación del *Mithridate* de Adelung y Vater.

idioma primitivo, más sabio, repleto de flexiones para expresar las relaciones de las palabras, más rico hasta en el orden de las ideas, aunque ese orden fuese comparativamente restringido, parece la imagen de la espontaneidad primitiva, en que el espíritu confundía los elementos en una obscura unidad. El dialecto moderno, al contrario, más claro, más explícito, separando lo que los antiguos confundían en indisoluble unidad, rompiendo los mecanismos de la antigua lengua para dar á cada idea y á cada relación su expresión aislada, corresponde á un progreso de análisis y á la necesidad cada vez más imperiosa de una pronta comprensión.

Si recorremos, por ejemplo, las diversas ramas de la familia indoeuropea, exceptuando los idiomas de la India, encontramos el sánscrito con su admirable riqueza de formas gramaticales, sus ocho casos, sus ocho modos, sus numerosas desinencias que enuncian con la idea principal gran número de nociones accesorias. Pero pronto ese rico edificio se derrumba. Desde la época de Alejandro, encontramos dialectos vulgares nacidos de la lengua antigua, usados en los edictos del gobierno; los primeros escritos budistas mismos parecen haber sido marcadamente

señalados de una fisonomía popular (1). El pali, que representa esa edad primitiva de alteración, lleva en sí impreso un notable espíritu de análisis. Las leyes que han presidido á la formación del pali, dice M. Eugenio Bournouf, son las mismas cuya aplicación encontramos en otros idiomas; y son generales porque son necesarias... Las inflexiones orgánicas de la lengua madre subsisten en parte, pero en evidente estado de alteración. Generalmente desaparecen, y sus casos son reemplazados por partículas y sus tiempos por verbos auxiliares. Los procedimientos varían en cada lengua, pero el principio es siempre el mismo, es constantemente el análisis, tanto en el caso de que una lengua sintética sea de repente hablada por bárbaros, que, no comprendiendo su estructura, suprimen y reemplazan sus inflexiones, como que abandonada á su curso natural, y á fuerza de ser cultivada, tienda á descomponer y subdividir los signos representativos de ideas y de relaciones, como descompone y subdivide sin cesar las ideas y relaciones mismas. El pali parece haber sido objeto de ese

(1) Bournouf, *Introd. à l'histoire du Budah. indien*, I. pág. 105 y *Le Lotus de la bonne loi*, apéndice X.—Lassen, *Indische Alterthumskunde*, II. pág. 222, 486 y sig.—Weber, *Akademische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*, pág. 167 y sig.

género de alteración: es el sánscrito mismo, pero nó tal como lo hablaría una población extranjera para la cual sería nuevo, sinó el sánscrito puro, alterándose y modificándose de sí mismo á medida que va siendo más popular (1).» El prâkrito, que representa la segunda edad de alteración de la lengua primitiva (2), está sometido á las mismas analogías: es menos rico, menos sabio, más simple y más vulgar. Y, en fin, el kavi, otra corrupción del sánscrito, formado en país extranjero, participa de los mismos caracteres; es el sánscrito sin sus inflexiones y empleando en lugar de éstas las preposiciones y los verbos auxiliares de los dialectos de Java (3). Pero estas tres lenguas mismas, formadas por derivación del sánscrito, experimentan pronto la misma suerte que su madre; quedan igualmen-

(1) Véase *Essai sur le pali* de MM. Bournouf y Lassen, pág. 140-141. Debo decir, no obstante, que, según hábiles historiadores, el pali sería un idioma primitivo paralelo al sánscrito y no derivado de éste. En efecto, en el pali se encuentran formas propias de declinación y de conjugación que no pueden ser explicadas por la alteración de la lengua clásica. Igual serían otros varios dialectos de la India.

(2) *Ibid.*, pág. 158-159 y 189.—Lassen, *Institutiones linguæ prâcriticæ*, pág. 39, 59 y sig.

(3) Cf. Crawford, *Asiatic Researches* de la Sociedad de Calcuta, vol. XIII, pág. 161; W. Schlegel, *Indische Bibliothek*, t. I. pág. 407 y sig., y sobre todo W. de Humboldt: *Ueber die Kawi-Sprache auf der Insel Java* (Berlín, 1836-39).

te reducidas á lenguas muertas, sabias y sagradas: el pali, en la isla de Ceplán y la Indo-China; el prâkrito, en los djainas; el kavi, en las islas de Java, Bali y Madura; y en su lugar nacen dialectos más populares aún: el hinduí, el bengalí, el mahratta y demás idiomas vulgares del Indostán.

En la región iránica, el zend, el pehlvi y el pazend ó parsi son reemplazados por el persa moderno. Así pues, el zend, con sus palabras largas y complicadas, su ausencia de preposiciones y su manera de suplirlas por medio de casos, representa una lengua eminentemente sintética. El persa moderno, al contrario, es una de las lenguas más pobre en flexiones: puede afirmarse sin miedo á exagerar que una gramática persa ocuparía tan sólo una decena de páginas. En la región del Cáucaso, el armenio y el geórgico modernos suceden igualmente á sus respectivos antiguos. En Europa, el antiguo eslavo, el gótico, el antiguo nórdico y el antiguo alto-alemán ceden su puesto á los idiomas eslavos y germánicos modernos. Y en fin, del análisis del griego y del latín, sometidos á un largo trabajo de descomposición durante los siglos bárbaros, salen el griego moderno y las lenguas neo-latinas. Y, en resumen, ¿qué son el italiano, el español, el francés

y el valaco, sinó el latín mutilado, privado de sus ricas flexiones, reducido á fragmentos de palabras, supliendo por la acumulación de monosílabos la sabia organización del idioma antiguo? ¿qué el griego moderno, sinó el griego antiguo descompuesto, simplificado, embotado? Esos idiomas derivados son absolutamente en relación á las lenguas á que deben su origen, lo que el pali, el pâkrito, el bengalí y demás dialectos modernos del Indostán son al sânscrito (1). La similitud con que se ha operado la descomposición de idiomas tan diversos y separado por tan largos intervalos es ciertamente uno de los hechos más extraordinarios de la lingüística. Que el hombre del pueblo, en Italia, en Francia, en España, en Grecia, en las orillas del Danubio y del Ganges, se haya visto obligado á tratar exactamente de la misma manera la lengua antigua para acomodarla á sus necesidades; que dos lenguas tan distantes en el tiempo y en el espacio como el pali y el italiano, por ejemplo, ocupen relativamente á sus lenguas madres situaciones absolutamente idénticas (2); constituye sin duda la mejor prueba de lo que hay de necesario en la

(1) Véase Fauriel. *Dante et les Origines de la langue et de la litter. ital.*, t. II, 3.^a lección.

(2) Burnouf y Lassen, *Essai sur le pali*, págs. 141, 187, etc.

marcha de las lenguas y de la tendencia irresistible que conduce á los idiomas á despojarse de su forma demasiado sabia para revestir otra más simple, más cómoda, más popular.

Aunque las lenguas semíticas presenten una marcha mucho menos decisiva hacia el análisis que las lenguas indoeuropeas (1), se encuentran en ellas numerosas señales de la inclinación del pueblo á substituir por giros más desarrollados los giros más complejos del viejo idioma. El hebreo, su tipo más antiguo, presenta una tendencia marcada á acumular la expresión de las relaciones en la raíz esencial: la aglutinación es en él un procedimiento constante; no solamente el sujeto, sí que también el régimen pronominal, las conjunciones y el artículo forman una sola palabra con la idea principal. «Los hebreos, parecidos á los niños, dice Herder, quieren decirlo todo á la vez. Expresan por una sola palabra lo que nosotros por cinco ó seis. En nuestro idioma los monosílabos inacentuados preceden ó siguen á la idea principal, modificándola; en hebreo, se juntan á ella como incoativo ó como su final y la idea principal queda en el centro, formando con

(1) He ensayado indicar las causas de esta diferencia en mi *Histoire générale des langues sémitiques*, t. V, c. I, § 2 y 3.

sus dependencias un todo único que se produce en una perfecta armonía (1). En tiempo de la esclavitud, se nota en el hebreo una cierta propensión á reemplazar por perífrasis los mecanismos gramaticales de la antigua lengua, y esta tendencia es aún más acentuada en el hebreo moderno ó rabínico. El hebreo, desde entonces, retrocede para dejar paso al caldeo, al samaritano y al siro, dialectos más analíticos, más largos y algunas veces más claros. Estos dialectos acaban á su vez por ser absorbidos por el árabe, que acentúa aún más que las antiguas lenguas semíticas el análisis de las relaciones gramaticales. Pero el árabe es también demasiado sabio para el uso vulgar de un pueblo analfabeto. Los groseros soldados de los primeros califas no pueden tener en cuenta sus flexiones delicadas y variadas; el solecismo se multiplica y se convierte en costumbre, con gran escándolo de los gramáticos, y se corrigen tales errores abandonando las flexiones finales y reemplazándolas por el mecanismo más cómodo de la yuxtaposición de las palabras. De ahí, al lado del árabe literal, que llega á ser patrimonio exclusivo de las escuelas, el árabe vulgar de un sistema mucho más simple,

(1) *Esprit de la poésie des Hébreux*, 1er Diálogo.

menos rico en formas gramaticales, menos elegante, pero llegado bajo muchos conceptos á un grado más avanzado de determinación.

Las lenguas del Asia central y oriental presentarían varios fenómenos análogos, en la superposición del chino antiguo y del chino moderno, del tibetano antiguo y del tibetano moderno. Pero los hechos que acabamos de citar bastan para probar que, en la historia de las lenguas, la síntesis es primitiva, y que el análisis, lejos de ser la forma natural del espíritu humano, no es más que el resultado lento de su desarrollo.

No es pues más que por una hipótesis puramente artificial que se supone un estado monosilábico y sin flexiones en el origen de todas las lenguas. Sin duda, las radicales esenciales de los idiomas primitivos sólo fueron en general compuestas de una sola sílaba, pues que, como ha dicho muy bien G. de Humboldt, no hay motivo para designar un solo objeto por más de una sílaba, mientras las palabras simples satisfagan la necesidad de dar nombre á las cosas y que, por otra parte, procurando reproducir la impresión exterior, impresión rápida é instantánea, el hombre sólo debió escojer su parte más caracte-

rística (1). Pero, concediendo que la expresión desnuda de cada idea fuese tal (lo que quizás exigiría aún muchas restricciones) (2), al menos debe mantenerse que, en la oración, la *palabra* se producía completa y con toda su unidad: aunque más bien las ideas, agrupándose, contraían entre sí una relación tan estrecha que la *proposición* se manifestaba como un todo y reunía lo que es hoy la *palabra* en nuestro estado analítico. En efecto, cuánto más se remonta en la historia de las lenguas, más pronunciada se encuentra la tendencia hacia la aglutinación, es decir, la inclinación á soldar en un todo compacto lo que más tarde se ha contentado en yuxtaponer. Las lenguas que fueron desde un principio monosilábicas han permanecido siempre siendo tales. El chino, que ha llegado á realizar verdaderos progresos en determinación, lo ha alcanzado sin perder su carácter esencial (3). El tibetano y el birmano, que, bajo la influencia de otras lenguas,

(1) G. de Humboldt, *Ueber die Kawi-Sprache*. Einleitung, página CCCLXXXIX y sig. Compárese Adelung, *Mithridate*, t. I, disc. preliminar, pág. X y sig.

(2) M. Abel Rémusal ha señalado las reservas con que debe atribuirse el monosilabismo al chino, que es no obstante la lengua monosilábica por excelencia. (*Fundgruben des Orients*, III, pág. 279). Véase también Bazin, *Mém. sur les principes généraux du chinois vulgaire*, en el *Journal Asiatique*, Junio y Agosto de 1845.

(3) Véase Bazin, *Grammaire mandarine*, pág. XVII y sig.

han hecho esfuerzos mucho más grandes que aquél hacía la gramática, han siempre conservado el sello imborrable de su forma primitiva. Puede pues afirmarse que, si las demás lenguas hubiesen atravesado el estado monosilábico, no habrían llegado nunca más á despojarse de él.

VIII

La exhuberancia de las formas, la indeterminación, la extrema variedad, la libertad sin cortapisas, caracteres que, si se sabe interpretarlos bien, están estrechamente unidos entre sí, debieron también constituir uno de los rasgos distintivos de la lengua de los primeros hombres. El pueblo, de una parte, aspirando sin cesar á un mayor grado de claridad, simplifica instintivamente la lengua que habla, sin inquietarse por nada de la elegancia y la corrección. El inglés y el persa nos muestran hasta á qué grado de extenuación y de pobreza gramatical pueden así llegar los más bellos idiomas. El trabajo literario, por otra parte, lejos de acentuar la riqueza de las lenguas, sólo hace en cierto modo empobrecerlas y regularizarlas. Los idiomas antiguos son siempre más ricos en formas que los que han sufrido la revisión de los gramáticos. El papel

de éstos consiste en hacer una selección en la riqueza excesiva de las lenguas populares y eliminar toda repetición. La lengua griega y la latina, por ejemplo, presentan sinnúmero de palabras que no poseen las formas ordinarias y que llenan sus lagunas recibiendo de las demás las formas que les faltan; tales son φέρω, οἶω ó οἴθω, ἐν-έγκω, *fero, tuli*, etc. Nadie creerá sin duda que *fero* y *tuli* sean los tiempos de un mismo verbo y no obstante son dos verbos incompletos en el estado actual de la lengua, que, después de haber verdaderamente existido como independientes, no han podido escapar á la eliminación de las superfluidades más que sosteniendo sus restos mutuamente, y formando así un solo verbo facticio, acomodado á las necesidades de la lengua reglamentada y definida. En efecto, la raíz *bhri, ber* posee en todas las demás lenguas indoeuropeas las formas que faltan en latín y en griego á *fero*: la raíz *tul* vuelve á hallarse completa bajo la forma *tollere*, τολῆναι (1). ¿Cuándo se vé á γυνή hacer el genitivo γυναικός, puede creerse en la legitimidad de parecida derivación? ¿No es

(1) El supino *latum* se relaciona á la misma raíz como abreviación de *tlatum*. Cf. Pott, *Etymol. Forsch.*, I, 265. Referente á las palabras οἴθω y ἐνέγκω, véase Pott, I, 122 y 156 y Benfey, *Griechisches Wurzellexikon*, I, 356 y II, 21-22.

más verosímil que, en las formas superabundantes de la lengua original, el uno se exprese por γυνή y el otro por γυναιξ (1) y que algunos miembros de esas dos formas sean los únicos llegados á la consagración gramatical?

Dicha gran ley resalta sobre todo con evidencia del examen de las conjugaciones en los idiomas diversos. Las lenguas más perfectas, cuando no han sufrido ninguna refundición gramatical, el griego y el hebreo por ejemplo, difieren considerablemente, en la manera de tratar el verbo, de las lenguas reformadas, como el latín. En hebreo, los verbos cuya raíz es más evidentemente monosilábica pueden amenudo conjugarse de dos ó tres maneras diferentes, y los que participan de una misma raíz bilítera, aunque diferentes por su forma y su significación, se confunden amenudo entre sí (2). El mismo hecho se encuentra en la lengua griega, sobre todo en Homero y los poetas antiguos. Εἶμι, *yo voy*, deriva sus tiempos de εἶω, εἶ, ἔω, lo que no quiere decir que estos verbos hayan realmente existido, pero

(1) La forma γυναιξ parece derivarse de γυνή y de τξ (εἶκω, ἕκελος) *imago feminae*, como ἄνθρωπος de ἀνδρός y de ὄψ, *facies hominis*. Compárese el alemán *Weibsbild*. Véase Pott, II, 45 y 440, y Benfey, II, 118.

(2) Cf. Gesenius, *Lehrgebäude der hebr. Sprache*, § 112 y 113

sí que la radical primitiva se modifica sucesivamente conforme á esos tipos diversos. Οφλω, ὀφείλω y ὀφείλλω, sólo son variaciones de la raíz primitiva ὀφλ. Βαίνω, βάζω, βῆμι;—Κέω, κείω, κέτιμαι, κέομαι (κέονται);—κνίω, κνήθω, κνίζω, pueden ser igualmente considerados. Parece á primera vista que ὀφλω, por ejemplo, debe ser mirado como la forma primitiva, de donde, por derivación, se habría formado ὀφείλω, ὀφείλλω, etc.; pero puede muy bien ser, al contrario, que sean estas últimas formas que, con muchas otras aún, hayan existido desde un principio como variedades caprichosas de una lengua toda instinto.

La misma consecuencia debe deducirse de las confusiones que los más antiguos poetas griegos admiten, como los hebreos, entre verbos muy diversos por su sentido, pero análogos por su forma. Δέω, que significa *edificar, construir*, es muy distinto de δαμάω, δαμαζω, δαμνημι, etc.; pero la identidad de la radical δμ basta para establecer entre ellos una comunidad de tiempo: δέμω se encuentra en el perfecto y en el aoristo pasivo con δαμάω (δέδηκα, δέδημαι, ἐδάμην), y recíprocamente δαμάζω deriva su aoristo segundo pasivo (ἐδάμην) de la forma δέμω. La radical δάω ha producido δαίω, δαίομαι, δάινυμι, διδασκω, verbos que, no obstante y ser sus significaciones diferentes, ofrecen con-

fusiones análogas. Lo mismo sucede con χράω, *traducir un oráculo*, χράομαι, *servirse*, χρῆζω, *desear*, χρῆ, *es preciso*, χραίνω, *tocar*. Estas palabras son, bajo el punto de vista de nuestras lenguas artificialmente determinadas, otras tantas irregularidades, ó, si se prefiere, *barbarismos adquiridos*, denotando una lengua en que el literato no tiene, como el pueblo, otra regla que la analogía general. El latín, al contrario, ofrece muy pocas confusiones de esta índole. En latín, todo lo que no es gramaticalmente regular es decididamente un *barbarismo*, porque esa lengua, tal como ha llegado hasta nosotros en los libros, ha experimentado un trabajo de perfeccionamiento reflexivo.

La forma ordinaria que se da á las gramáticas de las lenguas antiguas crea casi siempre errores sobre el carácter de indeterminación que ensayamos explicar en este momento. Para no hablar más que del hebreo, á juzgar por obras tan imponentes por su volumen, la riqueza de detalles y su sabio método como las *Gramáticas razonadas* de Ewald ó de Gesenius, podría creerse que se trata de una lengua sujeta en sus menores detalles á reglas inflexibles. Y, no obstante, nada más inexacto. El más erudito de los antiguos hebreos, un Isaías, por ejemplo, no hubiera llegado

á concebir la posibilidad de un tratado tan ordenado de la lengua que hablaba. Generalmente, las gramáticas más prolijas son las de las lenguas menos confusas, pues, en tal caso, las anomalías ahogan las reglas. En el estado primitivo de libertad, cada cual hablaba á su modo, imitando á los demás sin renunciar á su derecho de iniciativa y sin soñar en la observancia de un conjunto de leyes impuestas. Enseguida aparece el gramático, que, buscando á todo precio fórmulas que encierren todos los casos posibles y desesperando de ver sus principios generales inutilizados de continuo por los caprichos del lenguaje, se salva multiplicando las excepciones, que constituyen igualmente á sus ojos nuevas especies de reglas. Las lenguas antiguas permiten sinnúmero de construcciones, en apariencia poco lógicas, frases inacabadas, suspendidas, sin consecuencias, que los gramáticos creen explicar por anacolutas, elipsis de preposiciones, etc. Igualmente es superficial buscar reglas rigurosas en anomalías en que sólo hubo elección instintiva, y considerar esas anomalías como faltas, pues nadie tuvo la idea de ver en ellas transgresiones de leyes que no existían, y que, por otra parte, apesar de tales giros irregulares se llegaba perfectamente á la inteligencia. La

verdad es que el literato antiguo, empleando tales maneras de hablar, no pensaba ni en observar ni en violar el reglamento, y que el lector ó el oyente contemporáneo, en presencia de semejantes giros, no abrigaba tampoco ninguna segunda intención.

Nunca, pues, el lenguaje, fué más individual más propio, más subdividido en lo que hoy podemos llamar dialectos, que en el origen del hombre. Es corriente creer que las variedades dialécticas se han formado en una época relativamente moderna y por divergencia de un tipo único y primitivo. Parece, á primera vista, que nada hay más natural que colocar la unidad frente á las diversidades; pero surgen graves dudas cuando se ven las lenguas dividirse con el estado salvaje ó bárbaro, de lugar á lugar, y casi me atrevo á decir de familia á familia. El Cáucaso, por ejemplo, ofrece en muy pequeño espacio sinnúmero de lenguas enteramente distintas (1). La Abisinia presenta un fenómeno análogo (2). El número y variedad de los dialectos de América extrañaron en gran manera á M. de Humboldt (3). Pero esas diversida-

(1) Pott, *Die Ungleichheit menschlicher Rassen*, pág. 238-39.

(2) Jobi Ludolfi, *Historia Æthiopica*, 1, I, c. XV, núms. 40 y sig.

(3) A. de Humboldt, *Vues des Cordillères* págs. VIII-IX.

des nada son en comparación á las que separan las lenguas de Oceanía. Y es que en esa región el estado salvaje ha acentuado de un modo inconcebible sus efectos de desunión y división. En fin, en las razas que representan el último grado de la escala humana, el lenguaje nada tiene de constante y es ni más ni menos que un procedimiento sin tradición, cuya identidad ya no se percibe al cabo de unos cuantos años (1).

Un hecho notorio en casi todas las familias de lenguas establece de un modo sorprendente la diversidad original de los idiomas y demuestra las barreras que separan las ramas de una misma familia. En las lenguas más antiguas vemos que las palabras que sirven para designar los pueblos extranjeros han sido formadas por dos procedimientos: ó de verbos que significan *tartamudear*, *balbucear*, ó bien de palabras que significan *mudo*. El pueblo vé siempre una jerga inarticulada en las lenguas que no comprende; igualmente, pues, para el hombre primitivo, el signo característico del extranjero era hablar una lengua ininteligible, que se parecía á un tartamudeo informe. Tal es el sentido atribuído á la

(1) Véanse los hechos recopilados por M. Garnier, *Traité de facultés de l'âme*, II, pág. 490.

radical *varvara* (sánscr.), βάρβαρος, formada por onomatopeya y probablemente idéntica á *balbus* (1). Tal es más ciertamente aun la significación de la palabra sánscrita *mlethha*, (*indistincte loquens*) por la cual los antiguos indos designaban á los pueblos que no hablaban el sánscrito y que parece idéntica á *walh*, *welsch*, de que se servían los germanos, desde muy antiguo, para designar á los pueblos extranjeros, en particular á los celtas y á los romanos (2); asimismo la palabra *Deutsch* significa el que habla claramente, por oposición á *welsch*, el que habla confusamente (3). Las lenguas célticas y eslavas presentan análogos ejemplos, entre otros el nombre de los valacos (*Vlah*), que se parece á la palabra *walh* precitada, ó á la *vlatch*, tartamudo, idéntica por la raíz á *mlethh* (4). Las lenguas semíticas, en fin, han seguido la misma analogía: en hebreo: *laeg loez* (balbuceando) para designar un pueblo bárbaro (5); en árabe *adjem* (hablando

(1) Kuhn, en los *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*, I, 381-384.

(2) Leo, en la misma colección, II, 252 y sig. M. Stenzler y M. Kuhn habían llegado cada cual de por sí al mismo resultado (*ibid.*, pág. 269).

(3) Pott, *Ibid.*, pág. 114; Leo, *ibid.*, pág. 255 y sig.

(4) *Id. ibid.*, pág. 114, Leo, *ibid.*, pág. 255.

(5) Gesenius, *Lex man.*, pág. 533-34.

confusamente ó mudo) para designar á un pueblo extranjero, en particular á los persas (1); la palabra *Timtim*, que significa propiamente un hombre de idioma bárbaro é ininteligible, ha servido para designar á los himiaritas y á los abisinos (2); de esta palabra propuse yo derivar el nombre del pueblo salvaje de los *Zomzommim* (*Deut.*, 2, 20).—Las denominaciones relacionadas á las palabras que significan *mudo* no son menos numerosas. No trasladaré aquí todos los ejemplos recogidos por M. Pott (3); solamente recordaré *αγλωσσοσ*, sinónimo de *βάρβαρος* entre los griegos, y la palabra *Niemiec*, por la cual los pueblos eslavos (y á su lado los bizantinos (4), los turcos y los húngaros) designan á los germanos, mientras que el nombre mismo *eslavos* parece significar *los parlantes*. El mismo significado se ha atribuído al nombre de los vascos

(1) Freytag, *Lex. arab. lat. s. h. v.*

(2) Véase mi *Hist. génér. des lang. sémit.*, págs. 33 y 291.

(3) *Indogermanischer Sprachstamm* (en la *Encyclop.* de Ersch y Gruber), pág. 44; *Die Zigeuner*, II., 339; en la *Zeitschrift* precitada, II, 113-114, y *Die Ungleichheit menschlicher Rassen*, pág. 70, nota. En uno de los idiomas de Guatemala, la palabra que significa *mudo* sirve igualmente para designar á los bárbaros (comunicación oral hecha á la Academia de Inscripciones y Bellas-Letras por M. Brasseur de Burburgo).

(4) *Νεμιτζος*, *Νεμιτζια*. Miguel Attaliote, págs. 125, 147 y 221 (edic. Brunet de Presle).

(*eusken*) (1). ¿Qué deducir de tales hechos que nos transportan mentalmente al estado más remoto del lenguaje? Sencillamente, que en el origen, la fraternidad lingüística era entendida en muy estrecho sentido y que el lenguaje estaba dividido en pequeñas familias que no tenían conciencia alguna de su parentesco. Es muy de notar, en efecto, que los pueblos designados por los otros con el nombre de *tartamudos* ó *mudos* eran muy próximos parientes de estos últimos, por ejemplo, los celtas de los germanos, éstos de los eslavos, los himiaritas de los árabes, etc.

Los hechos enumerados nos parecen suficientes para probar la imposibilidad de una lengua homogénea, hablada en una considerable extensión por una sociedad poco avanzada. Sólo la civilización puede unificar las lenguas en grandes comarcas; sólo las sociedades modernas pueden hacer reinar un idioma sin dialecto en todo un país, y aún las lenguas llegadas así á la universidad son casi siempre puramente literarias, como la *lingua toscana*, común á todos los hombres instruídos de Italia. Si la lengua griega, hablada por un pueblo tan pródigamente favore-

(1) W. de Humboldt, *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Spaniens*, pág. 63 y sig., (*Gesammelte Werke*, t. II).

cido por la naturaleza, ha contado casi tantos dialectos como pueblos diferentes contaba la Grecia antigua, ¿puede afirmarse que los primeros hombres, que se poseían apenas á sí mismos, y cuya razón se parecía aún á un sueño, hayan alcanzado el resultado que los más reflexivos siglos han penosamente realizado? Lejos pues de colocar la unidad en el origen de las cosas, debe considerársela como el resultado lento y tardío de una civilización ya muy avanzada. Al principio, existían casi tantos dialectos como familias, y casi diría tantos como individuos. Cada grupo de hombres formaba su lenguaje bajo una base impuesta, es verdad, por la tradición anterior, pero siguiendo su instinto y conforme á las influencias que el género de vida, los alimentos, el clima, etc., ejercían en los órganos de la palabra y en las operaciones de la inteligencia. Se hablaba por necesidad social y por necesidad psicológica; con tal que formulase de sí mismo su pensamiento y le hiciese comprender á los demás, el hombre primitivo se ocupaba poco de la conformidad del lenguaje que hablaba á un tipo general y autorizado. La superabundancia de flexiones que hemos señalado en las lenguas más antiguas no tiene otro origen que este. Una riqueza tal sólo significa

indeterminación; y dichas lenguas, si han llegado á ser ricas en formas, ha sido debido á haberse desarrollado sin trabas y límites de clase alguna. Cada individuo ha tenido el poder de tratarlas casi á su fantasía; mil formas superfluas hanse producido y han continuado empleándose hasta que ha venido á desecharlas el discernimiento gramatical (1). Con el lenguaje ha sucedido lo mismo que con un árbol de potente vegetación, al cual la cultura, lejos de escamondar, ha dejado extender libre y caprichosamente sus ramas lujuriosas. La obra de la reflexión, al contrario, será siempre negativa: lejos de aumentar dicha superabundancia, no hará más que escamondar y limitar. La eliminación alcanzará las formas inútiles; las superfetaciones serán destruidas para siempre; y la lengua será determinada, reglamentada, y, en cierto sentido, empobrecida.

Así, las lenguas primitivas parecen haber

(1) Herder ha dicho, en su *Traité de l'origine des langues*, que cuanto más bárbara es una lengua, más conjugaciones tiene: lo que significa que, en las lenguas abandonadas á sí mismas, cada uno tiene derecho á hacer á su manera las conjugaciones y que el uso no se ha constituido en árbitro para consagrar una forma y eliminar otra. Se hallarán buenas opiniones sobre la coexistencia de formas múltiples en el seno de las lenguas populares, en el *Essai sur le pali* de MM. Burnouf y Lassen, pág. 173.

sió ilimitadas, caprichosas, variadas; y si se conviene en aplicar á las variedades que se produjeron entonces el nombre de dialectos, en lugar de suponer antes de los dialectos una lengua única y compacta, deberá decirse al contrario que esa unidad sólo es la resultante de la extinción sucesiva de las variedades dialécticas. ¿Quiere esto decir que todas las individuales aparecidas más tarde en cada familia de lenguas se manifestaron desde entonces distintamente? Nó, ciertamente: sólo en una época muy posterior, tales ó cuales propiedades gramaticales, agrupándose, han llegado á ser el rasgo característico de tal ó cual dialecto, propiedades que existían desde un principio en una mezcla, fácil de ser tomada por una unidad perfecta, pero que en realidad no era más que una confusión. El espíritu humano comienza por el sincretismo. Todo está incluído en sus primeras creaciones, pero de modo como si no estuviere, porqué está en ellas sin existencia separada de las partes. Sólo en el segundo grado del desarrollo intelectual es cuando las individualidades principian á destacarse con nitidez, y, aun así, hay que confesarlo, á expensas de la unidad, de la cual el estado primitivo ofrecía al menos alguna apariencia. Entonces es la multiplicidad, la división

la que domina, hasta que la síntesis reflexiva acopla los elementos aislados, que, habiendo vivido aparte, tienen en adelante consciencia de sí mismos; y los asimila de nuevo en una unidad superior. En una palabra:—existencia confusa y simultánea de las variedades dialécticas,—existencia aislada é independiente de los dialectos,—fusión de estas variedades en una unidad más extensa: tales son los tres grados que corresponden, en la marcha de las lenguas, á las tres fases de todo desarrollo, sea individual, sea colectivo.

Por lo demás, numerosos hechos establecen dicha promiscuidad primitiva de los dialectos en cada familia de lenguas. Los textos hebreos más antiguos encierran particularidades que llegan más tarde á ser propiedad exclusiva de las lenguas arameas, y que en época remota, parecen haber flotado entre los diversos dialectos semíticos (1). Los poemas homéricos presentan simultáneamente usados idiotismos que se juzgan pertenecer al eólico, al dórico y al ático. Si la distinción de los dialectos hubiese sido perfectamente determinada en la época de la composición de dichos poemas, una mezcla de tal índole

(1) Véase *Hist. génér. des langues sémit.*, págs 103 y 104 (2.^a edic.).

hubiera estado en contra de las reglas del buen sentido. Debe pues admitirse para esos siglos remotos un estado de indecisión, en que coexistían las diversas particularidades que han después llegado á ser posesión exclusiva de cada dialecto (1). Así se explica que las palabras francesas, caídas en desuetud en la lengua cultivada, hayan sido conservadas en algunas provincias, como asimismo que palabras de uso común en el antiguo alemán no se empleen hoy día más que en los patués locales.

(1) Véase Matthiæ, *Grammaire raisonnée de la langue grecque*, t. 1. (trad. francesa), pág. 9 y sig.; Am. Peyron, *Origine dei tre illustri dialetti greci paragonata con quella del eloquio illustre italiano*. (Mem. de la Acad. de Turin, 2.^a serie, t. 1).

IX

Los caracteres de la lengua primitiva eran pues los mismos que los del pensamiento primitivo: una riqueza sin límites, ó mejor sin reglas, una síntesis obscura y comprensiva, todos los elementos agrupados é indistintos. En cada época aparece la maravillosa armonía entre la psicología y la lingüística; estamos pues autorizados para considerar las lenguas como las formas sucesivas que ha revestido el espíritu humano en los diferentes períodos de su existencia, como el producto de las fuerzas humanas obrando en momento y medio dados. La armonía no menos perfecta entre las lenguas y los climas confirma nuestra opinión. Mientras que las lenguas del Mediodía abundan en formas varias, en vocales sonoras, en sonidos fuertes y armoniosos, las del Norte, en comparación más pobres y creándose sólo lo necesario, están cargadas de conso-

nantes y de articulaciones rudas. Es sorprendente la diferencia que producen en este concepto algunos grados de latitud. Los tres principales idiomas semíticos, por ejemplo, el arameo, el hebreo y el árabe, aunque diseminados en un espacio poco considerable, están en relación exacta, por su riqueza y belleza, con la situación climatérica de los pueblos que los han hablado. El arameo hablado en el Norte, es duro, pobre, sin armonía, pesado en su construcción, sin aptitudes para la poesía. El árabe, al contrario, hablado en la otra extremidad, se distingue por su admirable riqueza. Ninguna otra lengua posee tantos sinónimos para ciertas clases de ideas, ni presenta un sistema gramatical tan complicado, de suerte que se estaría tentado algunas veces de ver sólo una superabundancia en la extensión casi indefinida de su diccionario y en el laberinto de sus formas gramaticales. El hebreo, en fin, colocado entre esos dos extremos, representa igualmente un término medio entre las cualidades opuestas de éstos. En él hay lo necesario, pero nó lo supérfluo; es armonioso y fácil, pero no por eso alcanza la maravillosa flexibilidad del árabe. Las vocales están en él dispuestas harmónicamente y de modo que eviten las articulaciones demasiado rudas, mientras que el arameo,

perfeccionando las formas monosilábicas, nada hace por evitar las colisiones de consonantes, y en el árabe, al contrario, las palabras parecen verdaderamente nadar en un río de vocales, que las desborda por todas partes, las sigue, las precede, las une, sin soportar ninguno de los sonidos crudos que toleran todas las lenguas, aún las más armoniosas. Si el lector se extraña de encontrar tan grandes variedades de carácter entre idiomas idénticos en el fondo, y hablados bajo climas cuya diferencia es después de todo muy poco considerable, que considere los dialectos griegos, que, en un espacio más limitado aún, presentan difencias no menos profundas: la dureza y grosería del dorio al lado de la suavidad del jónico, tan rico en vocales y diptongos, son los contrastes hallados entre algunas leguas de distancia, en un pueblo eminentemente dotado del sentimiento de la diversidad.

Es, en efecto, en la diversidad de razas donde deben buscarse las causas más eficaces de la diversidad de idiomas. El espíritu de cada pueblo y su lengua están en la más estrecha conexión: el espíritu hace la lengua, y la lengua á su vez sirve de fórmula y de límite al espíritu. La raza religiosa y sensitiva de los pueblos semíticos ¿no tiene un fiel retrato en las lenguas *fisi-*

cas, desconocedoras de la abstracción y de la metafísica? Siendo la lengua el módulo necesario de las operaciones intelectuales de un pueblo (1), los idiomas designando todos los objetos por sus cualidades sensibles, casi faltos de sintaxis, sin sabia construcción, privados de las múltiples conjugaciones que establecen entre los miembros del pensamiento relaciones delicadísimas, debían estar eminentemente apropiados á las enérgicas declamaciones de los profetas y á la pintura de fugitivas impresiones, pero debían al contrario rehusar toda especulación puramente filosófica. Imaginar á un Aristóteles ó á un Kant con una lengua como ésta es tan imposible como concebir un poema como el de Job escrito en nuestras lenguas metafísicas y reflexivas. Igualmente se buscarán en vano en los pueblos semíticos tentativas indígenas de análisis racional, mientras que, por lo contrario, sus literaturas abundan en profundas expresiones de sentimientos morales, de afo-

(1) El doctor Wiseman (*Disc. sur. le rapp. etc.* Primer discurso, segunda parte) ha hecho notar que la filosofía transcendental sólo podía nacer en Alemania, es decir, en un pueblo cuya lengua, más que ninguna otra, permite ó sugiere emplear objetivamente el pronombre de la primera persona. No obstante, la expresión *el yo* es familiar en los escritores del siglo XVII (Pascal, *Pensées*, edic. Havet, págs. 26, 70, 80; Fénelon, *Lettre II au duc d'Orléans*.—*Logique* de Port-Royal, 3.^a parte, cap. XX., § 6). Locke dice igualmente *el sí*. *Essais*, I, II, capítulo XXVI, § 9.

rismos prácticos. La semítica es por excelencia la raza de las religiones, destinada á darlas nacimiento y propagarlas; y, en efecto, las tres religiones que hasta hoy han jugado el principal papel en la historia de la civilización, religiones imbuídas de un especial carácter de duración, de fecundidad, de proselitismo, y por otra parte ligadas entre sí por relaciones tan estrechas que parecen ser tres ramas de un mismo tronco, tres traducciones igualmente bellas y puras de una misma idea, han nacido las tres en los pueblos semíticos. Organos de una raza monoteísta, destinada á simplificar el espíritu humano y á fundar en el mundo, por la triple predicación, judía, cristiana y musulmana, una religión más razonable, las lenguas semíticas carecen igualmente de perspectiva, de agudeza. Evitando los *círculos* de frases (*circuitus, comprehensio*, como les llama Cicerón), bajo los cuales los griegos y los latinos juntan con arte inimitable los detalles múltiples de un solo pensamiento, los semitas sólo saben hacer sucederse las proposiciones unas á otras, empleando por todo artificio la simple conjunción *y*, que constituye el secreto de sus períodos y les evita casi todas las demás conjunciones. Las lenguas semíticas casi ignoran el arte de subordinar unos á otros los miembros de una frase.

Llanas y sin inversiones, no conocen otro procedimiento que la yuxtaposición de ideas, á modo de la pintura bizantina. El estilo les falta enteramente. Unir las palabras en una proposición es su último esfuerzo; no saben nunca verificar esta misma operación con las mismas proposiciones. La elocuencia no constituye para los semitas más que una viva sucesión de giros empeñados, de imágenes atrevidas: todo lo que puede llamarse número oratorio le es desconocido.

Por el contrario, la investigación reflexiva, independiente, severa, valiente, en una palabra, filosófica, de la verdad, parece haber sido patrimonio de la raza indoeuropea que, desde el centro de la India hasta las extremidades del Occidente y del Norte, desde los siglos más remotos hasta los tiempos modernos, ha se propuesto explicar Dios, el hombre y el mundo por la ciencia y ha dejado tras de sí, como escalonados en los diversos grados de su historia, sistemas siempre y en todas partes sometidos á las leyes de un desarrollo racional. Las lenguas de la familia indoeuropea parecen haber sido creadas para la abstracción y la metafísica; pues poseen una flexibilidad maravillosa para expresar las relaciones más íntimas de las cosas por las flexiones de sus nombres, por los tiempos y los

modos tan variados de sus verbos, por sus palabras compuestas, por la delicadeza de sus partículas. Poseyendo ellas solas el admirable secreto del período, saben ligar en un todo compacto los diversos miembros de la frase; la inversión les permite conservar el orden natural de las ideas sin perjudicar la determinación de las relaciones gramaticales; todo se convierte para ellas en abstracción y categoría. En una palabra, son las lenguas del idealismo y no podían aparecer más que en una raza filosófica y una raza filosófica no podía desarrollarse sin ellas. La China y el Egipto, en apariencia tan lejanas entre sí, pero aproximadas por sin fin de rasgos comunes, darían lugar á análogas observaciones. La antigua lengua de Egipto, hoy día representada por el copto, parece haber sido una lengua del mismo género que la china, monosilábica, sin gramática definitiva, supliendo las flexiones por exponentes agrupados, pero nó aglutinados, junto á la raíz. Así pues, para hablar solamente de la China, cuya lengua y civilización conocemos mejor, ¿no representa la lengua china, con su estructura inorgánica é incompleta, la imagen de la sequedad de espíritu y de corazón que caracteriza á la raza de aquel imperio? Suficiente para las necesidades de la vida, para la técnica

de los artes manuales, para una literatura ligera y superficial, para una filosofía que no es otra cosa que la expresión casi siempre justa, pero nunca elevada, del buen sentido práctico (1), la lengua china excluye toda filosofía, toda ciencia, toda religión, en el sentido en que entendemos nosotros estas palabras. El nombre de Dios no consta en ella (2) y las cosas metafísicas se expresan vagamente por locuciones tergiversadas: á punto fijo, aun ignoramos el sentido que dichas locuciones presentan en el espíritu de los chinos. Nada conocemos acerca la antigua sabiduría de Egipto, para poder decir como encontraba su límite en la lengua misma del país. Nótese, no obstante, que la analogía que existe entre la historia social de Egipto y la de China es imposible que haya sido casual: la ausencia de libertad individual, de espíritu público, de instituciones políticas, la tendencia hacia una administración, si se quiere perfeccionada, pero sofocante, la ausencia de aptitud militar son comunes á ambas. Añadamos también que los dos ejemplos de escritura primitivamente ideográfica que nos

(1) La filosofía de Lao-Tseu parece contradecir nuestra aserción, pero esa filosofía constituye una reacción contra el espíritu positivo de la China y no parece estar exenta de influencias extranjeras.

(2) Véase *Journal Asiatique*, Agosto 1848, págs. 168-169.

ha legado la antigüedad son precisamente propiedad de las dos lenguas que, por su estructura, exigían, por decirlo así, tal género de anotación. Una lengua acostumbrada á dar cada idea y á cada relación su expresión aislada debía verse obligada forzosamente á elegir un sistema gráfico análogo, expresando las cosas y sus relaciones por un signo indivisible.

X

¿Precisa afirmar algo más para demostrar que, en las diversas razas y en cada país, el lenguaje fué el producto de la originalidad y del carácter individual del hombre? Buscar la unidad del lenguaje fuera del espíritu humano y de los procedimientos que empleó, suponer, por ejemplo, que todas las lenguas han nacido por derivación de una sola, es traspasar los hechos y entrar en el terreno de las conjeturas. Nada más cómodo sin duda que tal hipótesis para explicar las semejanzas de las producciones del espíritu humano. Relacionar á un mismo origen los pueblos entre los cuales se encuentra algún elemento común, y, como se encuentran en toda la humanidad elementos de esta naturaleza, deducir de ahí la unidad primitiva, es la idea que se formula desde un principio, pues antes de investigar las causas psicológicas el espíritu humano se

fija siempre en las exteriores. La unidad material de la raza es una hipótesis seductora, pero la unidad del espíritu humano, concibiendo y sintiendo por todas partes bajo una forma única, es una suposición impenetrable. En cierto sentido, la unidad de la humanidad es una proposición sagrada y científicamente incontestable; puede decirse que sólo existe una lengua, una literatura, un sistema de tradiciones simbólicas, pues que los procedimientos que han presidido á la formación de todas las lenguas, los sentimientos que en todas partes han alimentado las literaturas, las ideas que se han traducido por símbolos diversos, han sido los mismos. Pero hacer de esta unidad psicológico el sinónimo de una unidad material de raza (falsa ó verdadera, no importa), es reducir una gran verdad á las ínfimas proporciones de un pequeño hecho, sobre el cual la ciencia quizás no pueda nunca decir nada cierto.

Tal es la causa del enorme error que persiste casi siempre en las discusiones relativas al origen común de la especie humana. Esta unidad es evidente á los ojos del psicólogo y del moralista, como acabamos de demostrar, como también lo es á los del naturalista, pues que todas las ramas de la especie humana pueden tener relaciones

sexuales entre sí, indefinidamente fecundas. Pero, ¿significa esta doble unidad que la especie humana ha salido de una pareja única, ó, en un sentido más amplio, que ha aparecido en un punto único? Hé aquí lo que sería temerario afirmar. Un velo casi impenetrable cubre para nosotros los orígenes de la especie humana; las legítimas inducciones de la ciencia se detienen muy pronto en esta cuestión, y, en todo, poco nos dicen referente á la circunstancia particular de que se trata en este momento. La imaginación misma se niega á aventurar hipótesis sobre los misterios de los primeros días del mundo.

A primera vista, la ciencia de las lenguas parece aportar á la balanza una tesis decisiva. Si se trata, en efecto, de un resultado incontestable, es que la red de las lenguas que han sido ó son aún habladas en la superficie del globo se divide en familias absolutamente irreductibles. Suponiendo (lo que no admito en modo alguno y que la verdadera filología está en camino de desechar) que la familia semítica y la familia indoeuropea puedan un día ser reducidas á una sola; suponiendo (lo que tampoco admito) que las dos familias africanas representadas la una por el copto y la otra por el bereber ó mejor por el tuareg, puedan un día ser reunidas á las lenguas precitadas,

puede al menos afirmarse de antemano que será del todo imposible derivar de un mismo grupo el chino y las lenguas del Asia Oriental. En el estado actual de la ciencia no se explica cómo el sánscrito haya podido transformarse en hebreo, ó el hebreo en sánscrito: pero, sobre todo, no se explicará nunca cómo el sánscrito ó el hebreo hayan podido llegar á ser el chino, el annamés ó el siamés. Entre unos y otros existe un abismo que ningún esfuerzo científico es capaz de salvar. Sean cuales fueren las hipótesis futuras de la ciencia sobre las cuestiones de origen, puede sentarse como un axioma la proposición de que el lenguaje no tiene ningún origen único y sí, al contrario, que se ha producido paralelamente en varios puntos á la vez. Pueden esos puntos haber estado muy próximos, pueden las apariciones del lenguaje haber sido casi simultáneas, pero ciertamente han sido distintas y el principio de la antigua escuela «todas las lenguas son dialectos de una sola» debe ser abandonado para siempre.

¿Pero, puede deducirse de esta verdad fundamental que no existe ningún lazo de parentesco entre los pueblos que hablan lenguas de familias diversas? Hé aquí un problema sobre el cual el lingüista no debe aventurar por ahora opinión

alguna. La filología no debe imponerse de una manera absoluta á la etnografía, pues las divisiones de lenguas no implican necesariamente divisiones de razas. En tal caso, podría concebirse que una sola especie humana, dividida desde su origen en varias ramas, hubiese creado el lenguaje bajo varios tipos diferentes. El principio, muy de mantener, de que la humanidad no ha existido nunca sin palabra, no puede entenderse evidentemente más que de una manera general y en sentido contrario á la hipótesis de que el lenguaje fué inventado después de un largo período de mutismo. Es necesario abstenerse de todo cuanto pueda llevar á tales problemas un grado de precisión de que no son susceptibles. No obstante, hay un hecho que aporta á la hipótesis del origen único de la especie humana un argumento de incontestable valor. El hecho es que las divisiones á que se llega por la filología comparada no coinciden con aquellas á que conduce la antropología propiamente dicha. La división entre los semitas y los indoeuropeos, por ejemplo, ha sido creada por la filología y nó por la fisiología. Aunque los judíos y los árabes tengan un tipo muy pronunciado, que impide confundirlos con los europeos, jamás los sabios que consideran el hombre bajo el punto de vista de la histo-

ria natural hubieran soñado en ver en aquéllos un rasgo de raza, si el estudio de las lenguas, confirmado por el de las literaturas y de las religiones, no hubiese hecho reconocer en ellos una distinción que el estudio de los cuerpos no revelaba. Así pues, desde que se admite que el semita y el indoeuropeo hablan lenguas de origen diferente, sin que por esto se relacionen á razas fisiológicamente diversas, ¿no se está autorizado para concluir que una misma raza ha podido en su origen dividirse en varias familias, que han formado su lenguaje aparte y sin relacionarse unas con otras ó, en otros términos, que los pueblos pueden ser hermanos, aun hablando idiomas absolutamente distintos?

Nos apartaríamos de nuestro plan ensayando demostrar aquí la tesis que hemos supuesto en las páginas precedentes, esto es, que existen entre las diversas familias de lenguas líneas de demarcación imposibles de borrar. Tal proposición resulta del conjunto de estudios de filología comparada hechos en nuestro siglo. En efecto, el *criterium* de la distinción de las familias de lenguas es la imposibilidad de hacer derivarlas una de otra por procedimientos científicos. Por diversos que sean entre sí los grupos que forman la familia indoeuropea, nos explica-

mos muy bien cómo todos se relacionan perfectamente á un tipo idéntico y han podido salir de un idioma primitivo. Jamás se conseguirá llegar á derivar el sistema de lenguas semíticas del de las indoeuropeas ó viceversa (1). Comparadas bajo el punto de vista gramatical, estas dos familias se nos aparecen como radicalmente distintas, según opinión misma de los filólogos que han tentado fundirlas en una sola; las sutiles semejanzas gramaticales que se notan entre ellas se explican suficientemente por la identidad del espíritu humano, obrando de la misma manera en varios puntos á la vez. Comparadas bajo el punto de vista del diccionario, ofrecen á primera vista algunas relaciones seductoras. Pero, además de haberse exagerado singularmente el número de dichas relaciones, fundándose en las más superficiales é insuficientes analogías, existen pocas que no se expliquen por razones intrínsecas, sin que sea preciso recurrir á la comunidad de origen. En efecto, la mayoría de las raíces comunes pertenecen á la clase de las formadas por onomatopeya; y aun cuando la ciencia se halla en la imposibilidad de dar la razón particular de cada detalle, basta sólo que haya logrado explicar la

(1) Véase mi *Histoire générale des langues sémitiques*, t. V, c. II.

identidad en un cierto número de casos, para que se le permita establecer la inducción general de que, en todos los casos no explicados, existe una causa secreta, aunque de difícil apreciación. No habiendo el capricho ejercido la menor influencia en la formación del lenguaje, tal como lo hemos establecido en el párrafo 6, la elección de cada palabra ha debido tener su razón suficiente. ¿Es pues extraño que la misma razón haya existido á la vez en lugares muy lejanos entre sí, y que haya producido un mismo signo para una misma idea en familias diferentes?

Ciertamente no es que pretenda negar que las lenguas semíticas y las indoeuropeas no ofrezcan en su sistema más general alguna semejanza y no acusen un mismo modo de considerar y resolver el problema del lenguaje. Tales analogías llegan á sorprender si se comparan las dos familias citadas al chino. En frente de esta lengua singular, fundada en principios radicalmente distintos, lo que era desemejanza es casi fraternidad. Por más diferentes que aparezcan una de otra las dos familias semítica é indoeuropea, tienen al menos entre sí una grande y profunda analogía, la existencia de una *gramática*. Si se recuerda que los semitas y los indoeuropeos, considerados por su lado físico, no forman

más que una sola raza; si se considera además que, en la historia del espíritu humano han jugado el mismo papel y que han contribuído una y otra por igual á la obra de la civilización general, forzoso es reducirlas; sin dejar de mantener su distinción, á una misma categoría, aunque en un sentido más amplio y más extendido. Quizás dos fracciones de una sola raza, separadas desde su nacimiento, han producido paralelamente, bajo el imperio de causas análogas, siguiendo datos psicológicos casi idénticos, y quizás con cierta conciencia recíproca de su obra, dichos dos sistemas de lenguas, cuyo aire familiar nos asombra apesar de la radical diversidad que impide reunir las en un solo grupo natural. El hecho de los nacimientos gemelos parecen surgir cuando se trata de las razas: una misma emisión de vida puede dividirse en dos seres animados de un mismo soplo y no obstante distintos desde el primer día.

Un parecido fenómeno se presenta en el Asia oriental. Todos los idiomas de esa región llevan impreso el mismo carácter: monosilabismo, ausencia de flexiones gramaticales, importancia del tono para diferenciar las sílabas. Y no obstante el chino, el coreano, el annámico, el siamés, etcétera, son, en su fondo, lenguas profundamente

diferentes, nó en su sistema, que sufre pocas variedades, pero sí en el material de sus sonidos. Diríase que una sola familia de la especie humana, predestinada por su constitución intelectual á formar su lenguaje bajo el mismo tipo, ha creado separadamente dichos idiomas en diversos puntos del globo. Añadamos también que la raza china parece relacionarse por sus caracteres fisiológicos á la tártara, mientras que por su lengua no tiene con esta última casi nada de común.

El estudio del copto, del bereber, del tuareg, del galla, del harari, y en general de las lenguas del Africa septentrional y oriental, conduce á un orden de concepciones análogas (1). El fondo del vocabulario de esos idiomas es radicalmente distinto del de las lenguas semíticas, y no obstante hay en su sistema miembros enteros que parecen derivados del edificio de estas últimas lenguas, por ejemplo, los pronombres, los nombres de números, particularidades esenciales del mecanismo de la conjugación. Difícil sería admitir que estas derivaciones tuvieron lugar en una época histórica y hayan sido efectuadas de intención reflexiva. Las derivaciones lingüísticas que

(1) Véase en particular R. Burton, *First footsteps in East Africa* (London, 1856), apéndice II.

nos ofrece la historia no han en modo alguno alcanzado tales proporciones: el turco, una de las lenguas más alteradas por el contacto exterior, ha conservado perfectamente pura su gramática; el persa ha tomado al árabe piedras secas, por decirlo así, y nó la argamasa que las unió; los japoneses y los coreanos han introducido en su lenguaje casi todo el material de la lengua china, sólo porque ésta les parecía inseparable de las ciencias y las artes que copiaban de la China (1). Pero, jamás ha sucedido que una nación haya tomado de otra elementos sin los cuales su idioma hubiera sido incompleto, ó más bien, no hubiera existido. ¿Cómo concebir que antes de sus relaciones con los semitas, los pueblos del Egipto, del Atlas, de la Etiopía no tuviesen pronombres, ni nombres de número, ni conjugación regular? Los hechos mencionados deben pues ser considerados como saliendo del orden de las revoluciones históricas, y perteneciendo á una época en que las lenguas conserva-

(1) El pehlvi ó huzwaresch presenta un caso de mezcla mucho más íntimo, operado en una época bastante moderna. Pero todo induce á suponer que este idioma extravagante no ha sido jamás hablado y que sólo hay que ver en él un estilo artificial, creado bajo la influencia de ciertas pretensiones ó necesidades literarias. Véase Spiegel, *Grammatik der Huzwareschsprache* (Viena, 1856) p. 165.

ban aún su naturaleza fusible y maleable. Nos es muy difícil precisar la naturaleza de las relaciones que debieron existir en el origen para producir parecida mezcla. Digamos solamente que la constitución suave é impresionable del hombre primitivo permitía combinaciones, hoy imposibles á causa de que la naturaleza humana ha contraído, envejeciendo, una especie de rigidez.

La Oceanía ofrece un nuevo ejemplo de esa propiedad de combinarse de una manera orgánica, que la mayoría de lenguas han perdido, pero que ciertas familias han podido conservar por más tiempo que otras, precisamente porque hanse detenido en el estado esporádico y sin constitución definitiva. Las lenguas polinesias y las malasias ofrecen entre sí una gran desigualdad de desarrollo y no obstante es fácil distinguir su parentesco primitivo. Diríase que una familia humana se ha escindido desde una época prehistórica en dos ramas, una de las cuales ha encontrado circunstancias mucho menos favorables que la otra y ha totalmente degenerado. La vida no ha vuelto á manifestarse en los idiomas en cierto modo empobrecidos y descuidados de la Polinesia más que por una fuerte infusión de las lenguas más nobles de la Malasia, que, en épocas relativamente modernas, han ejercido en todo el Archi-

piélago una influencia decisiva, y han introducido en los idiomas oceanios distinciones de género, modalidades, giros que les eran antes desconocidos (1).

De ahí la explicación del fenómeno, en apariencia contrario á todos los principios, de las lenguas intermediarias, que parecen ser el paso de una familia á otra, como el copto y el bereber en los confines del semitismo y el tibetano y el birmano en el límite de los idiomas monosilábicos. Deducir de la existencia de esas lenguas intermediarias que las familias no tienen límites determinados y que se fundan una en otra por graduaciones insensibles, sería desconocer otros hechos no menos ciertos. Una sola hipótesis es posible: la de una fusibilidad primitiva del lenguaje, en que los idiomas, como cuerpos simples perfectamente distintos, pudieron contraer entre sí soldaduras profundas, y penetrarse uno en otro, en un grado casi inconcebible por el espíritu humano en su estado actual.

La cuestión de independencia original de los dilerentes grupos de lenguas no es pues tan simple como parece á primera vista. Por el con-

(1) Logan, *Journal of the Indian Archipelago and Eastern Asia*, (Pinang) 1850-1853, y, en particular, Diciembre de 1852, pág. 665 y sig.—A. Mauri, *Revue des Deux Mondes*, Abril de 1857, pág. 912.

trario, admite grados: algunas familias de lenguas aparecidas aisladamente han podido tener contactos fecundos, en una época en que eran aún susceptibles de reformarse. Imposible distinguir con demasiada precisión, tratándose de lenguas, el estado embrionario durante el cual accidentes indiferentes á la edad adulta han podido tener una importancia capital, del estado perfecto, en que han quedado, por decirlo así, definitivamente modeladas. El estado embrionario de las lenguas debió durar muy poco tiempo; pero ha existido sin duda, y en aquel momento en que se formaba la individualidad de las razas, la naturaleza humana, aún flexible, debió recibir para la eternidad huellas profundas. Podemos afirmar sin reparo que la suerte de cada sér se determina en el seno de su madre, del mismo modo que, en el pico de las montañas, en el momento mismo en que tiene lugar la separación de las aguas, un pliegue del terreno decide del curso de los ríos más grandes y les predestina á llevar sus aguas á tal ó cual mar.

En resumen, el lenguaje se ha formado bajo varios tipos diferentes y el número de lenguas-madres puede haber sido bastante considerable (1). Pero

(1) Los hebreos, que, entre los pueblos de la antigüedad, tuvieron

nada definitivo podría concluirse de ahí sobre el origen material de la especie humana: pues el lenguaje representa, nó el primer momento de existencia material de la humanidad, sinó solamente el primer momento social; las familias irreductibles del lenguaje representan, nó razas fisiológicamente diferentes, sinó grupos primitivos que bien pueden no haber sido únicamente regulados más que en la fisiología. Las lenguas-madres creadas aisladamente hanse diferenciado desde un principio de una manera muy marcada. Tan pronto han sido obra de razas congéneres, como ha sucedido con las lenguas indoeuropeas y las semíticas, y entonces han aportado á su diversidad cierto aire general de semejanza; como tan pronto han sido obra de razas totalmente separadas, como ha sucedido con el chino y las demás familias, y entonces la desemejanza ha sido

las más extensas ideas sobre la historia general del mundo, presintieron vagamente este hecho. El mito de la torre de Babel parece ser en cierto modo el resultado de un esfuerzo para conciliar la diversidad de lenguas con la unidad primitiva de la especie humana, dogma esencialmente inherente al monoteísmo semítico. M. Grimm ha hecho notar que no se encuentra ninguna idea de esta naturaleza en la antigüedad indoeuropea; sólo ha hallado comparable al mito hebreo una leyenda estoñiana muy desfigurada. *Ueber den Ursprung der Sprache*, pág. 29. Cf. Pott, *Die Ungleichheit menschlicher Rassen* (Legmo et Detmold, 1856), pág. 88.

absoluta (1). Tal es en efecto, la riqueza de los procedimientos del espíritu humano, que entre las dos lenguas que más difieren, el chino y el sánscrito, no existe de común más que una sola cosa, el fin propuesto. Y este fin, que es la expresión del pensamiento, el chino lo alcanza tan bien como las lenguas gramaticales, aunque por medios completamente diferentes (2).

(1) Estas opiniones están perfectamente de acuerdo con las que un lingüista eminente, M. Pott, ha recientemente emitido: *Die Ungleichheit menschlicher Rassen*, pág. 202 y sig., 242 y sig. y 271 y sig. La tentativa de MM. Bunsen y Muller para establecer la posibilidad de un origen común de todas las lenguas, la he juzgado ya en otra parte (página 40 y sig.)

(2) Véanse las curiosas reflexiones del chino Hiuen-Thsang sobre la naturaleza de la lengua sánscrita en la *Histoire de la vie de Hiuen-Thsang*, traducción de M. Estanislao Julien, pág. 166 y sig.

XI

¿Es posible determinar algunos de los puntos en que apareció por vez primera el lenguaje? Sí lo es, con bastante verosimilitud, para la raza indoeuropea. Por atrevida que pueda parecer á primera vista esta aserción, es preciso, antes de desecharla como á quimérica, valorar los hechos en que creemos poder apoyarla (1). Entre las diversas ramas de la raza indoeuropea, existen dos cuya historia nos proporciona, sobre el objeto que nos ocupa, inducciones precisas y convergiendo todas á un mismo resultado: tales son las ramas inda é irania. Si estudiamos el *Rig-Veda*, que es el compendio más antiguo de los cantos de la raza indoeuropea, vémonos obligados á asignar por morada del pueblo que los compuso,

(1) Véase sobre todo Lassen, *Indische Alterthumskunde*, I, pág. 511, y sig.; Obry, *Du berceau de l'espèce humaine* (Paris, 1858).

nó los bordes del Ganges, sinó una región mucho más septentrional y occidental. Las partes más antiguas de dicho libro parecen haber sido creadas en el Penjab ó quizás en el Cabul (1). Las riveras del Sarasvati (2), que son la localidad precisa más antiguamente designada en los himnos del *Rig*, nos conducen igualmente hacia las fronteras del Penjab. Que la raza que habla sánscrito no sea indígena de la India, que se haya extendido por ésta procediendo de norte á sur, como una raza aristocrática y conquistadora, diferenciada por su color blanco del tinte colorado de los antiguos habitantes, es éste un punto sobre el cual las demostraciones de M. Lassen no dejan absolutamente lugar á duda. El origen del sánscrito y de la raza que lo hablaba debe de relacionarse á un punto situado fuera de la India, de donde hayan podido surgir igualmente las demás ramas de la familia indoeuropea.

Un hecho capital, constatado por primera vez por MM. Burnouf y Lassen (3) y que después ha

(1) Weber, *Akad Vorlesungen über indische Literaturgeschichte* (Berlín, 1852), pág. 3.

(2) Río conocido en los mapas por *Caggar* ó *Gagur*, que se pierde en la arena antes de llegar al Indus.

(3) Burnouf, *Commentaire sur le Yagna*, t. I, págs. 78, 424, 527, etc.; Lassen, *op. cit.*, pág. 516 y sig. Cf. Spiegel, *Avesta* (trad.), página 5 y sig.

sido objeto de sólidas confirmaciones, presenta aquí á la crítica un verdadero rayo de luz; me refiero á la íntima afinidad que debió existir en épocas remotas entre la raza irania, cuya mansión primitiva era la Bactriana, la Sogdiana y las comarcas vecinas (1), y la raza brahmánica. Muchedumbre de mitos y de expresiones sacramentales se encuentran en las dos partes con sorprendente identidad. ¿Puede citarse ejemplo más evidente que la coincidencia perfecta del mito iranio de Yima (el Djemschid de los persas modernos), el fundador de la agricultura y el primer civilizador, con lo que los brahmanes cuentan de Yama (2)? Los trabajos de M. Hang sobre la parte métrica del *Yasna*, en el que debe verse, según él, un resto de los vedas de Persia, establecerán mejor, frente á la crítica, esa comunidad de origen, y nos harán evidenciar las causas de la ruptura religiosa de las dos familias, que una convirtiése en alma de la India brahmánica, y la otra en la de la Persia irania. El problema queda así reducido á una sola cuestión, la de hallar el punto en que las razas irania é inda hayan podi-

(1) Toda la geografía del *Zend-Avesta* se refiere á esas regiones.

(2) Lassen, *l. c.* y Westergaard, *Beitrag zur altiranischen Mythologie*, traducción de Spiegel, en los *Indische Studien* de Weber, t. III, pág. 402 y sig.

do cohabitar. La Bactriana, ó una región más septentrional aun, satisface toda exigencia: combinando los datos de la geografía y de la historia, se es llevado casi forzosamente á suponer que la raza brahmánica entró en la India hacia Attok, por los pasos occidentales del Indo-Kusch, que más tarde han abierto el valle del Ganges á Alejandro, á Mahmud el Gaznavide, y en general á todos los conquistadores y viajeros venidos del noroeste.

Importa no obstante observar que la fuerza de los razonamientos que preceden no reposa en modo alguno en el valor intrínseco de las tradiciones indas ó iránias relativas á la cuna de la especie humana. Tales tradiciones pueden ser consideradas como fábulas concebidas *a priori* y sin la menor realidad histórica, que nuestras inducciones conservarían en toda su integridad, pues que se fundan únicamente en hechos geográficos y lingüísticos científicamente establecidos. Si ahora examinamos las tradiciones en sí mismas verémonos obligados á establecer una gran diferencia entre las de la raza inda y las de la raza irania. Las tradiciones de la primera sobre el origen de la humanidad no ofrecen ningún carácter preciso. Sin duda, la raza inda parece siempre decantar su mirada hacia el norte: allí

está para ella la mansión de los dioses, allí ¹ monte Merú, punto de partida de toda la geografía brahmánica; allí el *Uttara-kuru*, especie de Edén primitivo. Pero M. Lassen insiste, no sin motivo, en ver en esos datos míticos las huellas de un hecho real: cree que la veneración que se refiere á la cadena del Himalaya y otras causas independientes de los sucesos de la historia han podido inducir á los brahmanes á relacionar al norte la idea de todo lo primitivo y sagrado (1). No obstante, más recientemente, el Barón de Eckstein ha ensayado demostrar por ingeniosas combinaciones que varias tradiciones brahmánicas y en particular las de *Uttara-kuru* y del mismo monte Merú, tienen un valor histórico y nos transportan hacia la Serica de los antiguos (2). Sea lo que fuere, las tradiciones iránias conservan un carácter de nitidez que les asigna un puesto aparte entre todas las leyendas primitivas. La cuna de la raza aria, el *Airjanem-Vaêgô*, está evidentemente localizada en un región septentrional, donde Ahrimán hace reinar diez meses de invierno; de ahí la raza aria, que, para huir del frío, desciende hacia Sughdha (la Sogdiana)

(1) *Op. cit.*, pág. 511 y sig.

(2) *De quelques Légendes brahmaniques qui se rapportent au berceau de l'espèce humaine* (Paris, 1856), págs. 40, 47, 53, 153 y sig.

y hacia comarcas más meridionales (1). La montaña y el río sagrados de los iraníes, el Berezad (Bordj de los persas modernos) centro del mundo y nacimiento de las aguas, y el Arvand, que fluye de él, nos transportan á los orígenes del Oxus y del Yaxarta. Burnouf ha demostrado, de una manera que apenas da lugar á duda, que el Berezad es el Bolor ó Belurtag y que el Arvand es el Yaxarta (2). Verdad es que los nombres de Berezad y Arvand han servido más tarde para designar montañas y ríos muy lejanos de la Bactriana: se les encuentra sucesivamente aplicados á montañas y á ríos de la Persia, la Media, la Mesopotamia, la Siria, el Asia Menor, y no es sin extrañeza que se les encuentra en los nombres clásicos del *Oronto* de Siria y del *Berecinto* de Frigia. Pero tal fenómeno es sólo un efecto de la mudanza que sufren todas las localidades de las geografías fabulosas. Las razas llévanse consigo en sus emigraciones los nombres antiguos á los cuales se relaciona su historia, y los

(1) Véase K. Ritter, *Erdkunde*, VIII, *Asien*, VI, 1.^a parte, págs. 29-31 y 50-69; Haug, *Der erste Kapitel des Vendidad*, en Bunsen, *Ägyptens Stelle in der Weltgeschichte*, últm. vol., págs. 104-137; Kiepert, en los *Monatsberichte der Kön. preuss. Akad. der Wiss. zu Berlin*, Dic. 1855, págs. 621-647; Spiegel, *Avesta* (trad.) t. I; pág. 4 y sig. y 59 y sig.

(2) *Comentaire sur le Yaçna*, I, pág. 239 y sig. y CXI y sig.

aplican á las montañas y á los ríos nuevos que encuentran en los países en que se establecen. La geografía primitiva de los pueblos semíticos, de que hablaremos á continuación, ofrece un admirable ejemplo de este procedimiento de transposición.

M. Kiepert (1), aceptando como demostrada la posición del *Airjanem Vaêgô* en el Belurtag, en los alrededores del nacimiento del Oxus y del Yaxarta, hace, es verdad, una salvedad que hay que tener muy en cuenta: nada prueba, según el docto geógrafo, que la región á que la raza irania ha relacionado sus más viejas tradiciones sea su cuna primitiva; bien pudiera haber sucedido que, por un espejismo de que hay más de un ejemplo en las geografías tradicionales, la raza irania hubiese tomado por punto de partida la más antigua mansión de que se acordó. No puede negarse que muchos indicios inducen á remontar el punto de aparición de los arios más al norte y más al este aún. Pero nuestro objeto es determinar con tanta precisión como nos sea posible, nó el punto en que dicha raza nació á la vida material, sinó el en que nació á la conscien-

(1) *Monatsberichte der Kön. preuss. Akad. der Wiss. zu Berlin*, Dic. 1856, pág. 630 y sig.

cia; y así pues la determinación del punto á que se relaciona su historia más antigua es, debe confesarse, de un interés capital para nuestros propósitos.

Se llega así á constituir, en la región alpestre que los antiguos designaban con el nombre de Ymaus, una cuna primitiva, cuyos pueblos se llamaban *Arios* (venerables) (1), por oposición á las razas inferiores (*Mletchha*, *Welsches*) de que estaban rodeados. El nombre *Ario* designó enseguida países mucho más meridionales, á medida que la raza de que hablamos descendió hacia el sud; pero es cierto que los progresos de la ciencia inducen á remontar cada vez más el Aria primitiva hacia el norte. Las poblaciones de la vertiente oriental del Belurtag y del Mustag, las de Kuschgar, Aksu, Iarkand y Khoten, fueron en la antigüedad y son aún arias (2). La vasta meseta de Pamer ó Pamir, sobre todo, atrae de modo particular la atención del etnógrafo. Burnouf deducía su nombre de *Upamerú* (país encima del Merux, el Merú de los hombres, denomi-

(1) Burnouf, *op. cit.* pág. XCIII y sig. y CV y sig.

(2) Lassen, *op. cit.* pág. 527; Burnouf, *op. cit.*, pág. CV y sig. M. Kiepest cree, es verdad, que los iraníes de Kashgar y otras ciudades de la pequeña Bucaria provienen de emigraciones modernas (*loc. cit.*, página 630, nota).

nación paralela á *Su-merú*, el Merú superior, el Merú de los dioses, y á *Kumerú*, debajo del Merú, el infierno) (1). En toda Asia, la meseta de Pamir es considerada como la *cima*, la *cúpula del mundo* (*bami-dunia*), el punto medio entre el cielo y la tierra. Los más grandes ríos de Asia tienen su origen en las montañas en que está situada la meseta, y antiguos relatos suponen en ésta pueblos blancos, de pupilas azul-verdosas, en los cuales M. A. de Humboldt ve á los arios (2). Parece que hemos llegado así al punto de partida de toda esa geografía mítica, que se encuentra con admirable identidad en los pueblos que han conservado su historia antigua.

Un hecho muy notorio es, en efecto, el que algunas inducciones, sin duda no tan sólidas como las que acabamos de exponer, nos obligan en cierto modo á suponer en el mismo lugar la cuna de la raza semítica (3). El segundo capítulo del Génesis nos presenta una geografía tradicional, que no tiene relación alguna con la ordina-

(1) D'Eckstein, *mem. cit.*, pág. 40. Compárese el mito paradisiaco de los *Μέρορες* en los griegos y la expresión *μέρορες άνθρωποι*, (que bien pudiera significar *originarios del Merú*). Quizás el Kumerú sea igualmente el *Κιμμήριοι*.

(2) *Asie centrale*, II, 389 y sig.

(3) *Hist. génér. des langues sémit.* I, V, c. II, § 3.

ria de los hebreos, y que ofrece al contrario semejanzas sorprendentes con el sistema de los iraníes. El Fisón, que nace del jardín del Edén, situado al Oriente, es muy probablemente el alto Indo, y el país de Havila, en que se encuentran el oro y las piedras preciosas, parece ser el país de Darada (hacia Cachemira), célebre por sus riquezas. El Gihon es el Oxus, y es sin duda por una substitución de nombres más modernos que encontramos el Tigris y el Eufrates, situados al lado de los dos ríos precitados. ¿Quién sabe si también el reino de *Udyâna*, ó *del jardín*, situado hacia Cachemira, nos oculta el origen del nombre semitizado de *Edén*? Todo nos induce pues á suponer el Edén de los semitas en el punto de separación de las aguas del Asia, en ese ombligo del mundo á que todas las razas parecen decirnos se refiere su historia primitiva. ¿Se objetará que las tradiciones hebreas de que acabamos de hablar están tomadas del Avesta? Sería muy difícil sostenerlo, pues la influencia de las ideas del Avesta no comenzó á sentirse en los judíos sinó á partir de su sujeción á los príncipes acheménidas. Antes de esta época la religión de Zoroastro no había hecho aún ninguna aparición importante fuera de la Bactriana. Así pues, es imposible suponer la última redacción de los

primeros capítulos del Génesis después del cautiverio. Estos antiguos relatos fueron sin disputa redactados en la forma en que los poseemos mucho antes de que Israel entrase en relación con el alto Oriente.

Saludemos esas cumbres sagradas, en que las grandes razas que llevaban en su seno el porvenir de la humanidad contemplaron por primera vez el infinito, é inauguraron los dos hechos que han cambiado la faz del mundo, la moral y la razón. Cuando la raza aria, después de miles de años de esfuerzos, llegue á ser dueña del planeta que habita, su primer deber será explorar la región misteriosa de la Bucaria y del Pequeño-Tibet, que oculta quizás á la ciencia tan preciosas revelaciones. ¡De qué rayo de luz no se iluminarán los orígenes del lenguaje el día en que se halle frente á frente de esos lugares en que fueron proferidos por primera vez los sonidos de que nos servimos aún, y en que fueron creadas las categorías intelectuales que dominan el ejercicio de nuestras facultades! Al igual que los años de la edad madura no pueden compararse en fecundidad á los primeros meses en que la consciencia del niño principia á despertar, ningún lugar en el mundo ha jugado un papel comparable al de la montaña ó del valle sin nombre en

que el hombre llegó á reconocerse. Enorgullecámonos tanto como nos plazca de los progresos de nuestra reflexión, pero no olvidemos nunca que esos progresos no nos dispensan de recorrer, para expresar nuestro pensamiento, á los sonidos y á las formas gramaticales adoptadas espontáneamente por los patriarcas antiguos que, desde el fondo del Imaus, sentaron los fundamentos de lo que nosotros somos y seremos.

No nos es dado hablar de las demás razas, cuyas relaciones primitivas con los arios y los semitas no son aún determinadas. Digamos solamente que las razas mongoles remontan sus orígenes al Thian-Chan y al Altai, y que si las razas finesas parecen mejor designar el Ural es sin duda porque esta cordillera les priva la vista de una extensión de montañas más lejanas. Estando, por otra parte, las razas aria y semítica destinadas á conquistar el mundo y á fundir la especie humana en un tipo único, las demás no representan frente á ella más que un ensayo, un obstáculo ó un auxiliar, y haber hallado sus orígenes es verdaderamente haber hallado los de la humanidad.

Aun mucho menos nos es dado hablar de época, cuando se trata de un fenómeno que parece relegado para nosotros en las brumas de un pa-

sado sin límites. No obstante, la reflexión destruye algún tanto sobre este punto el espejismo en que querría perderse la imaginación. En presencia de lenguas tan intactas como el zend y el sánscrito, es difícil admitir que la tribu aria primitiva, que palpamos casi históricamente, haya tenido largos siglos de existencia reflexiva prehistórica. Cuando comparamos el sánscrito védico al pali, nos asombramos de la potente acción que el tiempo ha podido ejercer sobre el metal, no obstante tan duro, del idioma brahmánico. Parece que si el mismo idioma de los vedas ó el zend fuesen formas corrompidas de lenguas anteriores, nos encontraríamos en presencia de idiomas mucho más desfigurados y diferentes uno de otro, como son el persa moderno y el indostánico. Los caracteres comunes que observamos entre las religiones de los pueblos indoeuropeos y, sobre todo, la comunidad primitiva de las instituciones religiosas de la raza brahmánica y de la irania, bruscamente interrumpida por una especie de cisma, del cual nosotros sufrimos las consecuencias, dan lugar al mismo razonamiento. En fin, si la raza indoeuropea fué tan antigua en la historia como se la supone, imposible comprender cómo algunas de sus ramas más activas, la germánica, por ejemplo, han entrado tan tarde

en la escena del mundo, y cómo otras, tales como la eslava, sólo llegan en nuestros días á la conciencia. Supongamos á la raza aria desarrollada desde una época tan remota como la china, la egipcia, ó la indígena de Babilonia; parece que hubiera llegado mucho más pronto á dominarlas: pues bien, antes del imperio acheménida no encontramos ningún gran imperio ario, verdaderamente conquistador. Piénsese que en aquella época la raza chamítica había ya perdido toda virtud y que la China había llegado desde hacía mucho tiempo al grado de absorción administrativa del cual tenemos un magnífico cuadro en el *Tcheu-li*, y que tanto se parece á la decadencia. Había ya en el mundo civilizaciones materiales brillantes, reyes, imperios organizados, cuando nuestros antepasados eran aún inhábiles criaturas, análogas al campesino alemán ó bajo-bretón. Y eran no obstante esos austeros patriarcas que, en medio de su familia casta y sumisa, gracias á su soberbia, á su culto del derecho, á su sujeción á las costumbres, á su poder, fundaban para el porvenir. Sus ideas, sus palabras debían llegar á ser la ley del mundo moral é intelectual. Creaban las palabras eternas que, cambiando constantemente de matiz, debían un día ser el *honor*, la *bondad*, la *virtud*, el *deber*.

Lo repetimos aún: imposible tratar en este párrafo de los orígenes físicos de la humanidad, que una espesa nube oculta á nuestra vista, y de los cuales sólo debe ocuparse el fisiólogo. Nosotros sólo hemos creído deber de hablar del momento en que el hombre nació á la reflexión, momento que fué sin duda contemporáneo á la aparición del lenguaje. Creemos haber demostrado que no es muy temerario designar de un modo aproximado las regiones centrales del Asia como el punto del globo en que tuvo lugar dicho hecho decisivo, al menos para la raza que creó las lenguas de que nos servimos, así como casi todas las de los pueblos civilizados.

XII

Tales son las principales inducciones que el estado actual de la ciencia permite deducir de los procedimientos que el espíritu humano ha seguido en la creación del lenguaje. Sea cual fuere el alcance de esas inducciones, debe confesarse que sinnúmero de cosas quedan y quedarán para siempre inexplicables en el problema de los orígenes, á causa de la imposibilidad en que nos hallamos de concebirlas y formularlas. «¿Cómo expresar un punto de vista espontáneo en lenguas cuyos términos son fuertemente determinados, es decir, fuertemente reflexivos (1)?» La humanidad, en aquellas épocas remotas, estaba sujeta á influencias que en nuestros días ya no tienen análogas, y que no sabrían producir ya los mismos resultados. Frente al producto extra-

(1) Cousin, *Fragm. philosoph.*, t. I, pág. 361, (3.^a edic.).

ño de la actividad de las primeras edades, frente á tantos hechos que parecen fuera del orden actual del universo, estamos en la tentación de suponer en el mundo primitivo leyes particulares, hoy día sin manifestación alguna. Pero, en la naturaleza, no existe ninguna ley temporal; las leyes que rigen hoy el mundo son las que han presidido á su nacimiento. La formación de los diferentes sistemas de planetas y de soles, la aparición de los seres organizados y de la vida, la del hombre y de la consciencia, los primeros actos de la humanidad, no fueron más que el desarrollo de un conjunto de leyes establecidas de una vez para siempre, sin que jamás el agente supremo que conforma su acción á estas leyes haya interpuesto una voluntad especial y excepcional en el mecanismo de las cosas. Sin duda, todo es resultado de la causa infinita; pero ésta no obra por motivos parciales, por *voluntades particulares*, como decía Malebranche (1). Lo que ella ha hecho es y sigue siendo lo mejor; los medios que ha establecido son y siguen siendo los más eficaces. El milagro (y toda intervención particular de la divinidad en la serie de los hechos de la naturaleza ó de la historia sería un milagro), el

(1) *Méditations chrétiennes*, 7.^a meditación.

milagro, digo, lejos de ser una prueba de potencia divina, sería una confesión de impotencia, pues que la divinidad corregiría por él su primer plan y demostraría así su insuficiencia. ¿Cuál es el reloj más perfecto, el que necesita que la mano del obrero intervenga á cada instante, ó el que una vez construído continúa indefinidamente su marcha, por la sola fuerza de su mecanismo interior?

Por lo demás, la experiencia es, en cuestión semejante, el sólo procedimiento que debemos invocar. Ella es quien ha desterrado definitivamente del mundo de los hechos (las consideraciones de substancia escapan á ella) los agentes intencionales y las voluntades libres, fuera de la del hombre. Los pueblos antiguos explicaban la naturaleza por causas personales: para el ario, los elementos eran otras tantas fuerzas vivas; para los semitas, un director supremo lo había creado todo y continuaba gobernándolo todo. La ciencia, al contrario, parte de la hipótesis de que el mundo está regido por leyes invariables, y que todos los hechos de la naturaleza pueden ser rigurosamente calculados sin miedo á equivocarse. Esta hipótesis, imposible de demostrar por razonamientos abstractos, no ha sido una sola vez desmentida por los hechos. Supongamos un gru-

po de hormigas establecidas en los parajes poblados por el hombre, y capaces de especulaciones racionales sobre el pequeño mundo que se ofrece á sus percepciones: la regularidad de los fenómenos naturales las sorprendería como á nosotros, pero sus teorías serían algunas veces desbaratadas por fuerzas desconocidas que les aparecerían fuera de toda previsión: el hombre sería para ellas lo que la divinidad en la teología vulgar, una causa variable, obrando por designios imposibles de sondear. Nosotros estamos plenamente autorizados para afirmar que una tal causa no existe más allá del hombre. El hombre solo, en muy estrechos límites sin duda, pero que irá ensanchando cada vez más, cambia el curso de las cosas y las obliga á ser en detalle lo que no hubieran sido sin él. Las leyes de la física y de la química no han sido una sola vez alteradas. Desde que la escuela jónica, heredera sin duda de las más viejas tradiciones, comenzó á observar la naturaleza, ningún agente libre se ha revelado en ésta; ningún milagro se ha producido en condiciones verdaderamente científicas, en presencia de jueces competentes. Así pues, si la acción de una voluntad superior, ejerciéndose independientemente de las leyes ordinarias, hubiese tomado la menor parte en el gobierno del

universo, dicha acción se descubriría por ciertos hechos que harían fracasar los cálculos. Claro que los fenómenos de la naturaleza están lejos de ser todos explicados, pues la ciencia está aún en estado de niñez: pero todos serían cuando menos explicables si nuestros conocimientos fuesen más extensos. Han sido necesarios dos ó tres mil años de reflexión científica para conocer la causa del rayo, la electricidad; sin embargo, Tales de Mileto tenía ya derecho á sonreír cuando oía atribuir los fenómenos meteorológicos á la voluntad caprichosa de Júpiter.

Pero, se objetará, ¿cómo explicar por un mismo sistema de leyes efectos tan diversos? ¿Porqué los hechos extraños que tuvieron lugar en el origen del hombre no se reproducen ya, si las leyes que los rigieron subsisten aún? Las circunstancias no son las mismas: las causas ocasionales que determinaban las leyes á producir aquellos grandes fenómenos, ya no existen. En general, no formulamos las leyes de la naturaleza más que tal como existen en el estado actual; y el estado actual sólo es un caso particular. Es como una ecuación parcial deducida por una hipótesis limitada de una ecuación más general. Aplicada en medios diferentes, una misma ley produce efectos totalmente diversos; que se representen

las mismas circunstancias y reaparecerán los mismos efectos. Si algo resulta, en efecto, del trabajo de revisión á que las principales leyes de la física han sido sometidas desde algunos años á esta parte, es que esas leyes no son verdaderas más que en cierto estado medio y que cesan de verificarse en los casos extremos. Lo mismo sucede con las leyes de la vida: las condiciones más esenciales de la generación y de la fijeza de las especies vense fracasadas cuando se trata de seres colocados en los límites del reino animal. Así pues, la naturaleza de las épocas primitivas debió ser en relación á la naturaleza actual poco más ó menos lo que el mundo de los pólipos y de los acaefos es al mundo de los vertebrados.

No existen pues dos órdenes de leyes, alternándose entre sí para llenar recíprocamente sus lagunas y suplir sus insuficiencias; no hay nada de *interim* en la naturaleza: la creación y la conservación se operan por los mismos medios, obrando en circunstancias diversas. ¡Qué de inauditas combinaciones no debieron producir las revoluciones que nuestro globo lleva impresas, y cuya sorprendente fecundidad nos revela la paleontología! Y cuando el hombre apareció sobre el suelo creador aun, sin ser amamantado por mujer alguna ni acariciado por una madre,

sin las lecciones de un padre, sin abuelos ni patria, calcúlense los hechos extraños que debieron producirse en su inteligencia, á la vista de la naturaleza fecunda, de la que comenzaba á separarse. Forzosamente debió de existir en el despertar de la actividad humana una energía, una espontaneidad de la que es imposible formarnos idea hoy. La necesidad es la causa ocasional del ejercicio de toda facultad. El hombre y la naturaleza crearon mientras existió un vacío en el concierto de las cosas; y olvidaron de crear tan pronto como la necesidad interior ya no les forzó á ello. No es que desde entonces hayan contado una potencia menos; pero las facultades creadoras, que en el origen se ejercían en inimaginable intensidad, privadas en adelante de objeto, se han hallado reducidas á un papel obscuro, y como relegadas á un rincón de la naturaleza. Así, la fuerza organizadora, que hizo aparecer todo cuanto vive hoy (1), se conserva aún en

(1) Esta aserción no está fundada en ninguno de los hechos más ó menos controvertidos entre los naturalistas que se acostumbra citar. Reposa en un razonamiento muy sencillo: ha existido una época en que nuestro planeta no poseía ningún germen de vida organizada. La vida organizada ha comenzado pues en él sin germen anterior. Todas las apariciones nuevas que han tenido lugar en el mundo han sido producidas, nó por la intervención incesantemente renovada de un sér creador, sino por la fuerza íntima surgida de una vez para siempre en el seno de las cosas. En cierto momento, la vida apareció pues en nuestro planeta por el solo desarrollo de leyes de orden natural.

proporciones imperceptibles en los últimos grados del reino animal; así, las facultades espontáneas del espíritu humano se encuentran hoy en los hechos del instinto, aunque atenuados y casi anulados por la reflexión; así el genio creador del lenguaje es aún el que preside á sus revoluciones: pues la fuerza que produjo el nacimiento es la que da vida, y desarrollar es en cierto sentido crear. Si el hombre perdiese la facultad del lenguaje, lo inventaría de nuevo. Pero, encontrándolo todo hecho, desde un principio, su potencia creadora, sin objeto ya, se atrofia por falta de ejercicio. El niño goza igualmente de un alto grado de facultad expresiva; pero la pierde tan pronto como la educación exterior inutiliza la fuerza interior que posee.

Que no se pregunte pues: si el hombre ha inventado el lenguaje, ¿por qué no lo inventa de nuevo? La respuesta es muy sencilla: porque ya no hay nada que inventar; la era de la creación ha pasado ya. Las grandes obras de los tiempos primitivos, improvisadas bajo el imperio absoluto de la razón y del instinto, en medio de la excitación producida por las primeras sensaciones, nos parecen ahora imposibles, porque están por encima de nuestras facultades reflexivas. Pero esto prueba únicamente la debilidad del espíritu

humano en pleno estado de esfuerzos y de afanes que atraviesa para cumplir su misterioso destino. A la vista de los prodigios efectuados á la luz de los tiempos antiguos, se está tentado de llorar la pérdida de los instintos, para convertirse el hombre en un sér racional; pero nos consolamos pensando que, si en el estado actual supotencia ha disminuído, sus creaciones son tanto más personales cuanto que posee más eminentemente sus obras y es el autor de ellas en un sentido más elevado; y soñando sobre todo en que el progreso de la reflexión hará nacer otra edad en que será de nuevo creador, pero libremente y con consciencia. Amenudo la humanidad, pareciendo alejarse de su fin, no hace otra caso que aproximarse más á él. A las instituciones potentes pero confusas de la infancia, sucede la facultad del análisis, inhábil para fundar: pero al análisis sucederá una síntesis sabia que hará con pleno conocimiento lo que la síntesis ingénua hacía por una ciega fatalidad. Un poco de reflexión ha podido ahogar el instinto, pero la reflexión completa hará revivir sus maravillas en un grado superior de nitidez y determinación.

FIN

TABLA ANALITICA

PREFACIO

Objeto de este libro. Objeciones que pueden oponérsele. Posibilidad de resolver el problema del origen del lenguaje. Ensayo de M. Jacobo Grimm sobre el mismo objeto. Objeción contra la ley de progreso que M. Grimm cree reconocer en el lenguaje. Objeciones contra un estado monosilábico pregramatical. La complejidad de los idiomas no está en razón de la cultura de los pueblos. La ley de cada familia de lenguas fué fijada desde un principio. Argumento que la comparación de las lenguas semíticas y arias parece ofrecer en favor de la hipótesis de un primer lenguaje rudimentario. Reservas con que deben ser admitidas las antedichas leyes. Reservas análogas sobre lo que entendemos por espontaneidad. Las obras espontáneas son á la vez obra de la muchedumbre y de los individuos. Acción de una aristocracia intelectual en la formación del lenguaje. Acción de las diversas clases y quizás de los diversos sexos. Sentido en que debe entenderse la unidad de una lengua.—Ideas de M. Steinthal sobre el origen del lenguaje. Puntos en que se hallan de acuerdo con las mías.—Ideas de M. Heyse.—Ideas de M. Max Muller y de M. Bunsen. Objeciones contra la hipótesis de una familia turaniense. Las lenguas no pasan jamás de uno á otro sistema: prueba deducida de la unidad de las familias. El

lenguaje de cada familia era completo en el momento de la escisión de ésta. El lenguaje fué creado en grupos de hombres poco numerosos. Ejemplo deducido de la lengua aria primitiva: esta lengua fué enseguida análoga á las que de la misma familia conocemos. Imposibilidad de las revoluciones seculares: la producción de cada familia de lenguas es un hecho primitivo. La familia aria no es una fracción de un conjunto más extenso.—Ideas de M. H. Ritter. Contestación á algunas objeciones. Concepto en que deben entenderse las leyes de la naturaleza y las fórmulas de la ciencia. 5

I

Posibilidad de una *Embriogenia* del espíritu humano. Medios útiles para crearla.—El lenguaje considerado como documento de las épocas prehistóricas. Límites en que puede concebirse el lenguaje primitivo. 47

II

Opiniones diversas sobre el origen del lenguaje: la antigüedad, el siglo XVIII. Hipótesis de una invención artificial y reflexiva: lagunas de esta teoría.—Reacción filosófica de principios del siglo XIX. El lenguaje considerado como una revelación. Concepto en que puede admitirse esa expresión: imposibilidad de una revelación en el sentido material: pretendidos argumentos teológicos invocados en favor de esta opinión. Creación de la filología comparada; nuevos aspectos del problema del origen del lenguaje: Federico Schelegel. Guillermo de Humboldt. 53

III

El lenguaje ha sido creado por todas las facultades humanas obrando espontáneamente. La palabra es natural

en el hombre; de la distinción entre los lenguajes natural y artificial. Jamás ha existido en la historia de la humanidad un período de mutismo. No existe nada reflexivo en la creación del lenguaje: en qué sentido es á la vez humano y divino. Jamás han habido tanteos ni operaciones artificiales en el desarrollo de un sistema de lenguas. Impotencia de la reflexión para reformar el lenguaje: imposibilidad de una lengua científica: barbarie y dureza de las lenguas artificiosas. Cómo los dones espontáneos están en razón inversa de las facultades reflexivas. La palabra *dificil* no tiene sentido aplicada á lo espontáneo. El lenguaje no se ha creado por yuxtaposiciones sucesivas y si por la evolución de un germen conteniendo el principio de todos los desarrollos ulteriores. 67

IV

Confirmación histórica de los principios anunciados. No existe ejemplo alguno de una lengua que haya sido completada paulatinamente. La gramática de cada raza ha sido formada de una vez. Excepción aparente que presentan las lenguas semíticas: hipótesis de una lengua semítica primitiva, monosilábica y sin flexiones; refutación de esta hipótesis. En qué sentido viven y se desarrollan las lenguas; inmutabilidad de las familias consideradas en su conjunto: revoluciones en el seno de las familias. 79

V

Caracteres del lenguaje primitivo. Diversidades que debió ofrecer. Predominio de la sensación. Forma concreta del pensamiento primitivo. La sensación explica las palabras, pero nó la gramática. Ejemplo del hebreo: carácter sensitivo del vocabulario de esta lengua. Manera en que han sido expresados los sentimientos morales y las ideas abstractas. Armonía primitiva entre los mundos físico y moral. Elemento de razón pura en el lenguaje:

distinción entre las palabras *llenas* y las palabras *vacías* ó sea entre las objetivas y las subjetivas. 91

VI

La onomatopeya, ley del lenguaje primitivo. Facilidades que presentó á los primeros nomencladores: casos de unión que estableció entre las diversas familias. Delicadeza que tenía la facultad apelativa en los primeros hombres. Imposibilidad en que nos hallamos para recobrar el carácter de sus sensaciones. La onomatopeya no ha sido el solo procedimiento de nomenclatura. De la relación entre el nombre y la cosa: la elección del nombre jamás es arbitraria ni necesaria; es siempre motivada. 105

VII

Otro carácter de las lenguas primitivas: síntesis. La simplicidad no es anterior á la complejidad. Ejemplo deducido de la formación de las categorías gramaticales. Otro ejemplo deducido de la conjugación. Confirmación de este principio por la filología comparada, en particular en el dominio de las lenguas indoeuropeas. El análisis, principio de descomposición en el seno de esta familia. Restricciones con las cuales la misma ley se aplica á las lenguas semíticas. Del monosilabismo considerado por algunos como ley absoluta del lenguaje primitivo. 119

VIII

Exhuberancia de formas en las lenguas primitivas. empobrecimiento sucesivo de las lenguas. Libertad y aparente irregularidad de las lenguas antiguas. Efectos de la cultura gramatical en el lenguaje. División é individualidad del lenguaje en su origen. Observación sobre las palabras que en todos los pueblos significan *bárbaro*. La

homogeneidad del lenguaje es resultado de la civilización. Origen de los dialectos. Ley que presenta el desarrollo del lenguaje bajo el concepto de las variedades dialécticas. Hechos que establecen la promiscuidad primitiva de los dialectos. 135

IX

Justificación de la creación humana del lenguaje por el paralelismo riguroso del mismo con el espíritu humano. Relación entre las lenguas y el clima. Relaciones entre las lenguas y las razas: ejemplos sacados de las lenguas semíticas y de las indoeuropeas, de China y de Egipto. 151

X

De la unidad primitiva del lenguaje. Sentido en que debe entenderse la unidad de la humanidad. Síntesis sobre la misma deducida del estudio de las lenguas: familias irreductibles. El lenguaje ha producido en diversos puntos. ¿Puede deducirse de ello una consecuencia antropológica? Hipótesis de una raza escindida antes de la creación del lenguaje. Las divisiones de razas deducidas de la filología comparada no son las mismas que establece la fisiología. Imposibilidad de derivar el sistema de una familia del de otra: insuficiencia de las tentativas hechas hasta hoy. Afinidad lejana de las lenguas semíticas y de las indoeuropeas; su explicación. Hechos análogos sacados de las lenguas del Asia oriental y de la Oceanía. Lenguas mixtas en apariencia, copto y bereber. Límites en que las lenguas se mezclan. Hipótesis de un estado primitivamente fluido del lenguaje: contactos embrionarios. Grados en el no parentesco de las familias. 161

XI

Posibilidad de determinar aproximadamente en cuanto á la raza indoeuropea, el lugar de la aparición del lenguaje. Inducciones sacadas de los libros indios y persas. La raza brahmánica procedente del noroeste. Su primitiva unión con la raza aria. Necesidad de un punto de partida ario hacia la Bactriana. Tradiciones indias y persas sobre la estancia primitiva de la humanidad: Uttara-Kuru, monte Merú, Airjanem Vaëgô, monte Berezat, río Arvanda. Cuna de los arios en el Bolor: meseta de Pamer. Coincidencias entre las tradiciones semíticas y las de los pueblos indoeuropeos: Edén, Fisón, Gihón. El Ymaus, punto de partida de las grandes razas civilizadas. Importancia de una exploración científica de estas regiones. Observaciones sobre las demás razas. De la edad relativa de las lenguas indoeuropeas: reciente aparición del sánscrito: entrada tardía de los pueblos indoeuropeos en la historia. . 177

XII

Misterios impenetrables de las apariciones primitivas. Hechos que no tienen ya análogos. En la naturaleza no existen milagros ni leyes interinas. Diferencia de los efectos debida á la diferencia de las causas ocasionales. Las leyes de la naturaleza calcúlense solamente por determinados medios. Porque el hombre y la naturaleza crean solamente en un paso imperceptible: el plan de las cosas está ya perfectamente determinado. La libertad consueta al hombre de la pérdida de la espontaneidad. El hombre volverá á ser creador. 193

FIN DE LA TABLA ANALÍTICA

BIBLIOTECA DE AUTORES ILUSTRES

OBRAS PUBLICADAS:

- 1.—STENDHAL.—**Vida de Napoleón** . . 2 ptas.
- 2.—RENAN.—**Origen del lenguaje** . . 2 „

EN PREPARACIÓN:

- STENDHAL.—El amor. (Única edición española completa.)
„ Roma, Nápoles y Florencia.
„ Cartas íntimas.
- HAECKEL.—El reino de los protistas. (Ilustrada).
„ El origen del hombre.—El monismo.
- TAINÉ.—Ensayo sobre Tito-Livio.
„ Viaje á los Pirineos.
- W. ERSELNORD Y L. JERSTENNY.—Ibsen y sus obras.

*Para pedidos dirigirse á los Sres. Castells y
Compañía, LIBRERIA ANTIGUA Y MODERNA
Ronda Universidad, 13 —Barcelona.*